Ricky de Flema

El último Punk

La decisión instantánea de Ricky, el cantante y líder de Flema y Flemita, de arrojarse por una ventana, no nos da la certeza de que su intención fuera la de morir. Entonces mucho menos podríamos asegurar que él estaría de acuerdo con este libro que cuenta su vida, en ocasiones como narrada desde un helicóptero, a una distancia increíblemente atractiva; o como un estudiante de cine -desde una distancia exageradamente cercana- filmaría anécdotas y situaciones que en algunas oportunidades lo coloca casi en el lugar legendario del héroe, y en otras lo muestra desde sus perversiones sexuales, desde sus contradicciones y falsedades, desde su agresividad casi demencial, que casi nunca distinguió claramente entre amigos y enemigos.

Hasta es posible que Ricky no confiara totalmente en el autor de esta obra, tal como lo insistía Sebastián Duarte. Lo cierto es que rara vez tendremos oportunidad de escuchar las vicisitudes de una tragedia (la vida de Ricky fue casi una puesta en escena de Sófocles) tal como es narrada en este libro. Las voces que se suceden continuamente en el relato van proyectando -como si fuera un filme y no una biografía- el vértice abismal de una vida que siempre estuvo debatiéndose en las sombras, la historia de un rebelde inaudito, los dilemas de un niño ingenuo sumergido en una trama existencial que siempre le resultó incomprensible y detestable.

Sebastián Duarte consigue en este libro, casi usando el mismo lenguaje de su biografiado, instalarnos en el relato de una de las vidas más asombrosas que ha destellado en el sereno y mediocre panorama del rock nacional.

Enrique Symns
Periodista, escritor y monologuista.

3° Edición + Fotos interiores



Sebastián Duarte

SEBASTIÁN DUARTE RICKY de FLEMA EL ÚLTIMO PUNK

Ricky de Flema
El último Punk

3° Edición + Fotos interiores

ediciones baobab

Sebastián Duarte

Ricky de Flema

El último Punk

3º Edición + Fotos interiores

Sebastián Duarte

Ricky de Flema

El último Punk

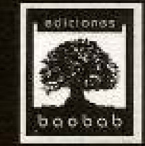
La decisión instantánea de Ricky, el cantante y líder de Flema y Flemita, de arrojarse por una ventana, no nos da la certeza de que su intención fuera la de morir. Entonces mucho menos podríamos asegurar que él estaría de acuerdo con este libro que cuenta su vida, en ocasiones como narrada desde un helicóptero, a una distancia increíblemente atractiva; o como un estudiante de cine -desde una distancia exageradamente cercana- filmaría anécdotas y situaciones que en algunas oportunidades lo coloca casi en el lugar legendario del héroe, y en otras lo muestra desde sus perversiones sexuales, desde sus contradicciones y falsedades, desde su agresividad casi demencial, que casi nunca distinguió claramente entre amigos y enemigos.

Hasta es posible que Ricky no confiara totalmente en el autor de esta obra, tal como lo insistía Sebastián Duarte. Lo cierto es que rara vez tendremos oportunidad de escuchar las vicisitudes de una tragedia (la vida de Ricky fue casi una puesta en escena de Sófocles) tal como es narrada en este libro. Las voces que se suceden continuamente en el relato van proyectando -como si fuera un filme y no una biografía- el vértice abismal de una vida que siempre estuvo debatiéndose en las sombras, la historia de un rebelde inaudito, los dilemas de un niño ingenuo sumergido en una trama existencial que siempre le resultó incomprensible y detestable.

Sebastián Duarte consigue en este libro, casi usando el mismo lenguaje de su biografiado, instalarnos en el relato de una de las vidas más asombrosas que ha destellado en el sereno y mediocre panorama del rock nacional.

Enrique Symns
Periodista, escritor y monologuista.

3º Edición + Fotos interiores



Sebastián Duarte

A Ricky de Flema lo conocí en el año 1988. Me lo presentó un amigo de sobrenombre Pepe Frula, con quien alguna vez zapé con la guitarra en Vómito Veloz, su conjunto. Por esa época, Flema ensayaba en una casa deshabitada, propiedad de otro amigo nuestro llamado Sebastián Visciano, en Sarandí. Yo tenía catorce años y recuerdo que me generaba un poco de temor estar allí con el grupo de Ricky en pleno ensayo. Todo era un caos y él llamaba la atención constantemente porque siempre estaba ebrio y decía cosas que parecían boludeces pero que en el fondo eran verdades. En uno de los ensayos, Ricky se puso a pintar una pared medianera con aerosol rojo. "Este tipo está re loco", pensé. También fui testigo de algunos shows de aquellos años, que se realizaron en Avellaneda, barrio al que pertenecíamos todos nosotros. Era la época en que el punk era adoptado por muchos adolescentes como contracultura. Lo llamativo de la escena era que entre sus seguidores había desde chicos con crestas enormes, cadenas y muñequeras hasta minas finas de colegios privados.

Cuando dejé de ver a Pepe Frula, perdí el rastro de Flema. Sólo me enteraba cosas de rebote por amigos que de vez en cuando seguían asistiendo a sus recitales.

Recién en 1995, cuando empecé a trabajar en periodismo, volví a conectarme con Ricky. Yo escribía para el suplemento de rock del diario El Expreso, de Gerardo Sofovich. Conseguí el teléfono de Ricky a través de un conocido y arreglé con él para hacerle una entrevista que titulé El punk nuestro de cada día.

Al año siguiente, me llamó por teléfono Mercedes, una chica que era amiga mía, para contarme que se había puesto de novia con Ricky. Por eso, desde 1996, el único lazo entre nosotros fue su novia.

Le realicé tres entrevistas más al cantante de Flema: en 1997 para el suplemento No del diario Página/12. La nota consistía en reunir a integrantes de grupos conocidos que contaban a su vez con bandas paralelas -Ricky había formado Flemita-.

Ricky de Flema
El último Punk

Sebastián Duarte

ediciones baobab

Ricky de Flema
El último Punk
de Sebastián Duarte

ISBN Nº 987-552– 077 - 6

3º Edición de 1.000 ejemplares

Foto de Tapa y Contratapa: **Fabián Resakka**

Fotos interior: **Gentileza Topos, Titi, Fabián Resakka, Chucho y archivo personal Sebastián Duarte**

Corrección: **María Graciela Muñoz**

Para contactarse con el autor:
sebasduarte@yahoo.com.ar

Editado por ediciones baobab
Amambay 3570
C1431GCB - Ciudad de Buenos Aires
República Argentina
Telefax: 011-4542-4179
edicionesbaobab@ciudad.com.ar
www.edicionesbaobab.com.ar

Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Impreso en Argentina

INTRODUCCIÓN

Yo no creo en nada. Ni siquiera en el anarquismo. Puede resultar un poco contradictorio, pero creo en la independencia personal. En el fondo soy un anarco, si hay que ponerle un nombre. No creo en nada en conjunto. Ni siquiera puede funcionar por un tiempo una pareja.

Yo no encajo en ninguna parte. Todo está programado a nivel social para pintar para un lado. No entro en ninguna; ni en un grupo, porque quiero mandar yo. Y cuando te juntás con gente, cada uno tira para su lado. Los de los grupos de rock dicen: "Hago esto por el bien común". Yo creo que cada uno hace las cosas por su propio bien. De paso puede ayudar a otro.

Los medios fueron los primeros en llamarme punk anarquista. Yo me dedico a hacer lo mío, no me interesa arrastrar a la gente para el lado que voy, aunque coincido en algunos aspectos con las definiciones punks anarquistas.

Al principio nos tomaban por punks porque hacíamos lo que nos parecía, como ahora. Queríamos hacer lo nuestro sin importarnos dónde encajara.

Soy el único que queda de la formación original de Flema. No es capricho, es perseverancia. Me gusta y voy a seguir hasta que no me guste más.

Empecé a tocar la guitarra cuando tenía quince años, hace quince, pero en esta etapa de Flema decidí sólo cantar porque tuve un problema en el brazo. Me basta con cantar.

La cicatriz que tengo en el brazo es de una pelea con mi viejo. Yo estaba solo en mi casa, me había duchado y había dejado el baño mojado porque no me gusta secarlo. El llegó y protestó por eso. Yo estaba escuchando música a todo volumen y él vino y la bajó a los gritos. Yo la volví a subir porque las cosas de prepo no me van. Entonces se calentó y me revoleó la bandeja de discos. En ese momento, agarré el teléfono y lo revoleé: era el instrumento de trabajo de él. Luego él me revoleó el amplificador y yo, antes de pegarle, me incrusté el brazo contra un vidrio, cortándome dos tendones.

No me llevo bien estando mucho tiempo con la gente. Me canso. Al rato ya no quiero hablar. No hablo más. Por eso salía solo. Porque estaba solo aunque algunas veces estuviera rodeado de gente. Yo hago la mía. Todos dicen "mi amigo este", "mi amigo aquel". Yo no creo en la amistad. No tengo amigos. Amo a Gerli y por ende a El Porvenir, el club de mi barrio. El Porve siempre tuvo pica con Arsenal de Sarandí. Durante un tiempo, paré en una placita

donde confluían los de Gerli, los de Sarandí, los de Dock Sud, y a todos nos unían los mismos vicios. En esos momentos, la cancha no nos importaba un carajo.
Un día estaba borracho y me llevaron preso. Me cagaron a golpes y cubriéndome le saqué el gorro a un policía; el cana se enojó y me apuntó con una itaka en la cabeza. Pensé que me mataba. Preparó el arma para gatillar, escuché el click, y los otros canas lo agarraron del brazo, lo frenaron. Me siguieron pegando y después me llevaron a la calle. Me fui gateando hasta la casa del baterista de Flema. Estaba todo desfigurado.
Los skinheads están mal, entonces tienen que canalizar el odio hacia algún lado. A mí ellos no me quieren porque soy punk. Para ellos, yo soy un descontrolado y ellos son los limpiadores. Soy un mal ejemplo, soy lo que ellos están en contra, lo que ellos quieren destruir y piensan que tienen derecho.
Escribo lo que me sale. Cuando estoy bien, disfruto y me río; no escribo. Cuando estoy mal, me pongo a escribir; es mi desahogo. No creo que nosotros hagamos apología de la droga y el alcohol, como dicen muchos; es la soledad la que te lleva a buscar una salida por ese lado.
La mayoría ve el punk como una pendejada. Cumplen veinte años y ya no lo pueden escuchar. Para mí no es así. A veces me cruzo con gente que antes venía a ver a la banda y me dicen: "Ahora me casé y estoy laburando". Los absorbió el sistema.
La hipocresía del sistema me causa risa. La falsedad que hay. El caradurismo me enferma. Por eso no me interesa la política. Para qué ponerme mal al pedo; no da, si yo no puedo solucionar nada. Aunque por momentos me digo que quiero ser un guerrillero y cagarlos a bombas porque hablando no llegás a nada.
Los recitales a beneficio son puro comercio, es una mentira, a nosotros nunca nos invitaron para hacer algo a beneficio. No iríamos porque no creo que fuera a beneficio de nadie, eso es publicidad para los grupos.
No pensar en mañana, vivir el día como si fuese el último, disfrutarlo es mi consigna. Yo pienso todos los días distinto. A veces cuando estoy mal me quiero matar y en el mismo día algo se resuelve y tengo ganas de vivir de nuevo. Extremos. Todos los muertos son buenos. Hasta yo voy a serlo cuando ya no esté. El día que me muera espero que los que visiten mi tumba se tomen una birra a mi lado y en mi honor...

Monólogo construido sobre la base de un reportaje que le realicé a Ricky para la revista Cerdos & Peces, publicado en enero de 1998.

El autor

CAPÍTULO I

La vida

Marzo de 1981. Eran los primeros días de clase en el colegio Ángel Gallardo de Avellaneda. Muchos alumnos del segundo curso no se conocían aunque el año anterior habían compartido el establecimiento. La razón del rejunte llegó como producto de la fusión de los seis cursos de primer año, por la deserción de muchos chicos que no soportaban el rigor educativo que existía en la época del proceso, más aún tratándose de una escuela industrial. De repente sonó el timbre del recreo y un grupito de pibes se dirigió al patio. Julio César, más conocido como Chucho, le comentó al Cabezón Alamino que estaba buscando una segunda viola para su banda de rock, en la que cantaba y tocaba el bajo. Y el Cabezón le solucionó el tema de inmediato. Volvieron juntos al aula y le presentó a un pibe que Chucho conocía sólo de vista pero que sabía que tocaba la viola. Según el preceptor, su nombre era Manuel Ricardo Espinosa, aunque ante Chucho se presentó como Ricky. Parecía simpático y además lucía impecable: cabello corte taza -por eso sus compañeros luego lo apodarían Rabanito, cosa que le molestaba-, anteojos grandes, blazer azul, camisa celeste y pantalón pinzado gris con rayas finitas. Llevaba consigo un cuaderno de tapa dura que contenía dibujos de diferentes modelos de guitarras y algunas canciones compuestas por él mismo. Una de ellas, titulada Dockera, hablaba de una chica que vivía en Dock Sud, que tenía ciertas ínfulas, ya que era medio conchetita, pero en definitiva todos sabían que era del Docke. También había otra llamada Oxido:

Es un punk que no tiene para pan,
que se saca la careta para ir a bailar,
que no tiene para sopa, pero eso no le importa,
disimula su historia,
y todos saben que él es un charlatán,
que de punk sólo tiene la opción capilar...

Semejantes letras impactaron por completo a Chucho, quien no dudó en invitarlo a uno de los ensayos de su banda y de inmediato incorporarlo como miembro estable. Conformados como cuarteto, bautizaron al grupo con el nombre Stress.
Fue un sábado por la tarde cuando Chucho llevó a Ricky para su

cuadra por primera vez, porque ensayaban en la casa del batero, quien vivía en la calle Cevallos -entre 25 de Mayo y Sarmiento, muy cerca de Plaza Alsina, de Avellaneda-, y se lo presentó al resto de los integrantes. Ellos eran: el Enano, en batería, y Bati, que se desempeñaba como guitarrista líder. Enseguida pegaron onda y a medida que transcurrieron los ensayos se fue estableciendo una linda amistad entre los chicos y la segunda viola.
Los profesores de segundo año tenían un buen concepto de Ricky, porque era un chico muy aplicado. Prácticamente no faltaba a clase. Por aquel entonces no bebía alcohol, era un adolescente sano en comparación con alguno de sus compañeros de la escuela y más aún de su banda de rock. Sin ir más lejos, Chucho ya andaba fumateando y tomando una que otra birra en la vereda de su cuadra.
Con pocos ensayos encima, Stress consiguió tocar durante casi dos años en Supercoop, un desaparecido supermercado que quedaba en la calle Italia de Avellaneda y en el que hoy funciona un Coto. Los shows se realizaban los viernes a las seis de la tarde. Los primeros temas del grupo eran covers de Vox Dei, Pescado Rabioso y una que otra canción de Ricky, a quien los chicos apodaron el Negro.
En enero de 1983, hubo un impasse musical. Bati, que también iba al Gallardo, organizó un viaje a Mar del Plata junto a sus compañeros y algún amigo del barrio. En total eran quince, de los cuales cuatro paraban en el departamento que su padre tenía cerca de la peatonal San Martín. Otros lo hacían en departamentos prestados por algún familiar o en hoteles de cuarta categoría. El Negro cayó a la costa con dos de sus compinches del curso con los que se relacionaba desde primer año: Silvio y el Gordo Gómez. Los tres se instalaron en una hostería barata que quedaba frente a la terminal de micros, en la calle Sarmiento. Por lo general, todos se juntaban en donde paraba Bati con el resto de la barra.
La cuestión es que, por discusiones absurdas, el grupo de amigos terminó peleándose a pocos días de haber arribado a la costa y quedaron divididos en dos bandos.
La estadía en Mar del Plata consistió siempre en lo mismo: ir a la Bristol durante el día y caminar por La Rambla o por la peatonal San Martín de noche. Deambulaban con una que otra birra en la mano y juntaban latas que utilizaban a modo de percusión, intentando sonar como una batucada. Se manejaban sólo entre varones: cero minas. A Ricky siempre se lo veía con shorts de color negro aunque hiciera un calor de morirse.
Al regresar a Buenos Aires, y durante todo el resto del año, retomaron los shows en Supercoop y tocaron en un montón de cumpleaños de amigos cercanos. A fines de 1983, la banda se separó y durante aquel verano no le dieron mucha bolilla a la música. De todos modos, se produjo una reunión a principios de 1984, con la intención de resucitar Stress. Decidieron sumar un nuevo integrante al grupo. Su nombre era Mariano Braco y su función era la de cantar. El flaco imitaba muy bien a Ozzy, y junto a Ricky y a Bati le otorgaron a la banda un perfil de rock duro. Claro, si Ricky ya estaba escuchando Iron Maiden y V8, mientras Bati se castigaba con Black Sabbath. Fue así que el cambio de rumbo musical trajo consigo un nuevo nombre en el mes de abril: pasaron a llamarse Armagedón.

Como el Negro era muy sociable, también se había hecho de amistades en Gerli, el barrio que lo vio crecer. Uno de sus nuevos amigos se llamaba Fabio (se conocieron en 1982, pero se profundizó la amistad entre 1983 y 1984), un chico que estudiaba en el ENCA (colegio comercial) y que solía tomarse el colectivo en la misma parada y horario que Ricky. De tanto encontrarse en el mismo lugar, al poco tiempo pegaron buena onda. Ricky vivía en la calle Casacuberta y Elizalde, y empezó a aparecer seguido en la esquina en la que Fabio paraba con los amigotes, en Anatole France y De la Serna. Solía llegar con una guitarra criolla y juntos cantaban temas de Vox Dei y de Pappo, hasta altas horas de la noche. También pasaban sus ratos gozando a Pepito, un kiosquero del barrio que era de baja estatura. Es más, Ricky le compuso una canción que luego se la dedicó: Pepinius rock. Esas juntadas duraron unos buenos meses y Ricky los invitaba a comer a su casa. El mismo cocinaba y su plato preferido era el huevo frito. El aceite que le sobraba de la sartén lo echaba sobre la yema y se lo comía así. Por las noches, algunas veces hacían tanto despelote en la calle que los vecinos llamaban a la policía para que los increparan porque, según ellos, no podían dormir tranquilos. Un par de vueltas se los llevaron hasta la 6ª, pero para su suerte nunca los metieron al calabozo.
Durante los primeros años de la secundaria, Ricky iba a bailar a Le Paradice, una disco de zona sur. Se había hecho tarjetero sólo para que no lo rebotaran en la entrada. Aunque a medida que crecía su compromiso con la banda, el interés por bolichear iba desapareciendo. Al principio tenía apariencia medio chetona cuando salía de noche: pantalones tipo Friends -con las botamangas anchas- y camisolas afuera, como se usaba en aquella época.

Luego, tanto él como Fabio empezaron a diferenciarse del resto en la vestimenta. No es que fuera un cambio abrupto, pero pasaron a usar jeans rotos y gastados, Topper blancas -ni siquiera negras- y remeras de grupos metaleros: Judas Priest, Motorhead, Ozzy Osbourne y la de Iron Maiden, que recién había editado El número de la bestia. Inclusive dejaron de lado los viejos discos de rock nacional para pasar a escuchar heavy metal. La pilcha y los compactos los compraban en la disquería John Lennon, que quedaba en Av. Rivadavia 1800, en el centro. Esos vinilos se vendían a precios exorbitantes, pero Ricky y Fabio se las ingeniaban juntando las monedas para poder llevarse alguno de ellos a sus casas. También frecuentaban Bonete, otro local de música, que a principios de los ochenta quedaba en Av. Santa Fe y Montevideo y luego se trasladó a Florida y Lavalle, pleno microcentro.

Ya para la época de Armagedón, Ricky se había dejado crecer el cabello y a su vez aparecía por los ensayos con alguna de esas remeras de rock, que eran halagadas tanto por Chucho como por el resto del grupo, quienes no tenían ni idea de dónde las conseguía. Así como transformó por completo su apariencia, también sucedió lo mismo con su carácter y sus ganas de estudiar. Poco había quedado de aquel pibe con notas ejemplares. De golpe se cansó de la doble escolaridad, del uniforme y de tanto profesor milico. Su primer boletín con notas bajas y en rojo lo dejó en la casa del Enano para que se lo escondiese, tesoro que el batero aún conserva.

Armagedón no duró mucho, aunque ensayaron arduamente durante un par de meses. Al principio solían hacerlo en la casa de un amigo de Mariano, un tal Daniel, que les prestaba una pieza. Quedaba en Sarandí, en la esquina de Agüero y Deheza, a un par de cuadras del cementerio de Avellaneda. Daniel era híper fanático de la música heavy y tenía un amigo con quien escuchaba seguido los discos de Kiss. Su nombre era Alejandro Boffelli-luego formó parte de Flema- y vivía a media cuadra de su casa. Cuando había ensayo, Ale estaba firme como un soldado para no perderse detalles de la banda devenida en heavy.

La casa de Dani contaba con una particularidad. Su padre tenía una vinoteca. Allí había cientos de botellas de vino de todos los colores. Y los chicos por lo general ensayaban en ese lugar. Por esas casualidades, una vuelta descubrieron un cajoncito de botellitas de whisky. De inmediato consiguieron un cortante, lo abrieron y se las bajaron todas. Esa tarde salieron ebrios y a Dani se le

pudrió todo con su viejo. Finalmente, los ensayos se retomaron en lo del Enano, en una pieza que solía usar su hermano mayor, que también era músico.

Armagedón se presentó pocas veces en vivo, pero hay una anécdota graciosa. Resulta que los invitaron a tocar en un cumpleaños de quince en el salón 12 de Octubre de Avellaneda -en la calle General Paz, casi Mitre-. Esa noche todo fue un caos, desde sus ropas hasta sus comportamientos: Bati se comía el centro de mesa floral enfundado en riguroso cuero negro con tachas, el Enano molestaba a los invitados con una calavera real con la cual adornaba su batería, Mariano entraba y salía del salón con amigos tan extraños como los propios integrantes del grupo, Chucho parecía un vikingo por cómo estaba vestido y encima se había bajado todas las botellas de cerveza que llegaron a su alcance, y Ricky caminaba desafiante y asustaba a tías y abuelas con unas botas de plataforma parecidas a las que usaban los Kiss. Además, llevaba mechones de su cabello teñidos de blanco con talco, como solía hacerlo el cantante de Wasp.

Tras las cortinas del escenario pasó de todo: las minas corrían de un lado para el otro y algunos quías fumaban porros al costado de los baffles, generando confusión entre la gente que llegó a pensar que la humareda era producto de algún cortocircuito en el lugar. De más está decir que para un cumpleaños de quince de principios de los ochenta, la banda de Ricky, más que gustar, espantaba, pero ellos igual se divertían y se cagaban de risa de todo y de todos.

Las composiciones eran compartidas y algunas estaban ligadas con lo místico, como el caso de La última hora antes del Armagedón, que hablaba de un flaco que le proponía a una chica hacer el amor sin pérdida de tiempo porque se venía el fin del mundo. Ese tema fue escrito entre Ricky, Mariano y Bati.

A medida que pasaba el tiempo, la relación entre los integrantes del grupo se iba deteriorando. Hasta que un día estalló el mayor conflicto. Y fue entre Ricky y Bati. Ambos tenían diferencias desde hacía bastante y aunque Ricky tenía personalidad fuerte, Bati tampoco se quedaba atrás. Fue una discusión fuerte y subida de tono. En eso Bati se calentó y amagó con golpear al violero con su guitarra. Y Ricky saltó como leche hervida, abalanzándose con intención de trenzarse a las trompadas. Chucho tuvo que intervenir como mediador, logrando que la discusión no pasara a mayores, pero fue casi en vano, porque a partir de aquel episodio Armagedón duró poco y nada.

CAPÍTULO II

Metamorfosis adolescente

I

En Casacuberta 1060, con sus diecisiete años, Ricky se iba transformando de a poco en la oveja negra de la familia: le gustaba la música y había abandonado sus estudios en el Gallardo en agosto de 1984. Esa decisión le trajo serios problemas y feroces enfrentamientos con sus padres, Orlando y Sofía. Su familia además estaba compuesta por dos hermanos: Claudia, de seis años, y Daniel, de once, quien dedicaba su tardes a las tareas escolares y era totalmente diferente en personalidad a Ricky. Lo asombroso era que sus hermanos eran de piel más clara que la suya y además tenían ojos verdes.

Por las tardes, el Negro salía a vagabundear por el barrio o bien se iba de gira por Avellaneda. Toda la movida del rock tenía dos paradas obligatorias. Por un lado estaban los adolescentes con inquietudes artísticas y culturales, que se juntaban en el mástil de la bandera de la Plaza Alsina. Y por el otro estaban los de la galería Vía Roma. En realidad, los últimos eran un grupo de jóvenes que se reunía en Giotto, un pool que quedaba en el primer piso de la galería. Al principio eran sólo cuatro pibes, pero al poco tiempo terminaron siendo veinte: todos de diferentes barrios, como Dock Sud, Gerli y Avellaneda centro. Se caracterizaban por ser quilomberos, callejeros, borrachos, consumistas, chorros y punteros. Encima eran muy mal vistos por los vecinos de la zona. Entre los que sobresalían había uno a quien apodaban Ardilla. Era un puntero famoso que les vendía merca a todos los faloperos del barrio.

Como no podía ser de otra manera, Ricky se hizo amigo de Ardilla y del resto. Juntos se pegaban sus buenos viajes. También dentro de la barra de la Roma paraba un flaco, cinco años mayor que el Negro, quien tocaba el bajo y venía del palo heavy. Se hacía llamar Juan Falopa o Juanfa, un personaje lleno de leyendas a quien se le atribuían poderes sobrenaturales y que practicaba el ocultismo. El mismo solía decir que era un "sacerdote satánico" y que en nombre de Lucifer podía desaparecer de un lugar y aparecer en otro al mismo tiempo en medio de una situación jodida. Supuestos testigos afirmaban haber presenciado su desaparición alguna vez dentro de una casa mientras bebían unos vinos, aunque nunca nadie ates-

tiguó que haya desaparecido de la celda alguna de las tantas veces que cayó en cana.

Falopa vivía con sus viejos en un departamento en la calle Montes de Oca, a una cuadra de Av. Mitre y a otras pocas de la galería. Su padre era catador de vinos. Siempre estaba vestido de traje. Su madre era una señora pituca y también de muy buen aspecto. Juanfa además tenía una hermana que pintaba cuadros y un hermano mayor que era músico pero que no vivía con la familia. El fue el único que salió diferente: drogadicto y encima brujo.

Cierto día, a Ricky se le metió en la cabeza armar una banda metalera y al primero que convocó fue a su amigo Fabio para que se hiciera cargo de la voz. Aunque a Fabio al principio no le daba la cara porque nunca en su vida había cantado. Sólo lo había hecho en los viejos tiempos en que zapaban canciones de Vox Dei en la esquina de su casa o quizás en la ducha mientras se bañaba. "Vamos a Avellaneda que esta misma noche te presento al bajista", le dijo Ricky una tardecita, y a eso de las ocho de la noche se subieron al 95 y bajaron en la sede del club Independiente. Caminaron hasta la calle Chacabuco, dieron la vuelta en Lavalle y pegado a la vieja Municipalidad de Avellaneda había un grupo de pibes que escabiaba medio a escondidas, dentro de un agujero enorme de una pared que pertenecía a un antiguo hotel de la zona. Precisamente a la parada la denominaban El Agujero. Ahí estaba quien sería el bajista, nada más y nada menos que Juan Falopa. Y Ricky no tardó en contarle sobre lo que tenía en mente:

-Tengo una banda de rock. Acá te presento al cantante. ¿Sabés que ando buscando un bajista? Y desde el primer momento pensé en vos. ¿Qué me respondés?

-¿Te parece, loco? Hace rato que no toco. No sé si da. Además no consigo bajo ni a palos...

-Quedate tranquilo que yo me encargo de todo, aseguró Ricky.

-¿Y la bata qué onda? ¿Tenés baterista?, se interesó Juanfa.

-Hay que ir a buscarlo. El chabón vive en Villa Diamante.

Dicho y hecho, al otro día los tres fueron hasta lo del baterista.

Roger resultó ser un flaco de la misma edad que Ricky y Fabio, fanático de Nico Mc Brian, batero de Iron Maiden, y que la tenía bastante clara con los parches. Cuando llegaron a su casa, justo estaba ensayando con otros pibes. Conformaban un trío sin cantante. Sin embargo, Ricky le propuso sumarse a su banda:

-Mirá, somos un grupo de rock onda Iron Maiden y Megadeth. Sé que a vos te va esa onda y te tenés que sumar sea como fuere.
-¿Pero no te das cuenta que ya tengo banda?
-Pero veo que no tenés cantante, arremetió Ricky.
-¡Loco, ellos son mis amigos y me cabe que toquemos juntos!
-Por qué no ensayamos un día y te fijás si te gusta. Estoy seguro que te vas a enganchar.

Luego de tanta insistencia, el baterista accedió y apareció por un ensayo a la semana siguiente, prepararon un tema sobre la marcha y se enganchó de lleno con la banda heavy. Entonces Ricky -que se hacía llamar The Kill dentro del ambiente de Avellaneda- y Falopa se abocaron a buscar rápidamente un nombre para el grupo. No tardaron en bautizarse como Overkill, que significa la capacidad de destrucción que tiene uno sobre el otro.
Con el satanismo como pancarta, Juan se dispuso a marcar el camino ideológico del grupo, aunque los temas los componía junto con Ricky. Sus canciones más taquilleras eran Demencia, Niño maldito y La estrella. Esta última decía así:

Ilumina mi camino
para llegar a mi destino.
Quiero conocerlo, pero a tu lado, por tu luz.
Estrella... siempre quiero estar en tu camino inmortal.
Y fuerzas recuperar para poder yo llegar hasta ti.

Sin dudas, una poesía con significados diabólicos desde el punto de vista subliminal.
Con Overkill llamaban la atención dos visiones adelantadas del Negro: una eran unos ángeles o demonios hermafroditas con senos y genitales de hombre que solía dibujar por todos lados, como forma de promoción de su grupo, sin que todavía existiese Marilyn Manson. La otra era el nombre de black metal a su música, por macabro y porque tenían influencias de Black Sabbath, cuando todavía los subgéneros del heavy prácticamente no existían ni en Inglaterra.
Todos los equipos que usaban eran prestados. Juan solía tocar con un bajo Faim. Y como Fabio no tenía equipo de voz, Ricky le mangueó uno de dos columnas a un tal Alemán de Avellaneda. A su vez, también consiguió un equipo prestado para su viola. Roger era el único al que no le faltaba nada. Sin embargo, al Negro se le puso

en la cabeza que Roger tocara con dos bombos. Al principio, el batero se resistió, hasta que un día Ricky apareció en el ensayo con otro bombo en la mano. Encima eran de diferentes tamaños. Roger se opuso rotundamente a usarlo:

-Yo no toco con dos bombos. Estoy acostumbrado a tocar con uno. Así que no me vengas con cosas extrañas...
-¡Si vos me dijiste que sabías hacerlo! ¿O me habías mentido? ¡Dale, che, no arruges!, machacó Espinosa.

Roger, sin perder la calma, no se apichonó y optó por darle casi una clase sobre batería. Pero fue en vano, porque al final Ricky se salió con la suya y Roger terminó tocando con los dos bombos a pesar de sus ganas.
Al ser única viola, el Negro se vio obligado a perfeccionar su manera de tocar. Hasta aquel entonces se encerraba durante horas en su habitación y sacaba de oído punteos difíciles de grupos heavy de aquella época. Tal era el caso de un tema de Quiet Riot, que le salía a la perfección.
Tomó tres meses de clases con Marcelo Roascio, guitarrista de Dr. Rock, quien vivía en un departamento en Sarmiento 72, a veinte metros del Teatro Roma de Avellaneda. El profesor contaba con un mini estudio de grabación en una de sus habitaciones. Y Ricky, aprovechando la confianza que había logrado con él, logró que Overkill entrase a grabar un demo de tres temas, en cuatro canales y a cinta abierta. Como nunca pagaron la grabación, apenas consiguieron arrebatarle a Roascio una cinta que contenía sólo un tema de los que grabaron y que aparte era un instrumental.
Durante los primeros meses de 1985, los padres de Ricky presionaban para que su hijo retomara a toda costa la secundaria. Por esas casualidades, a principios de marzo, el Negro se cruzó con Chucho en una esquina frente a la Plaza Alsina. El también había dejado el colegio industrial un año antes porque repitió. Pero no abandonó los estudios y retomó las clases en un comercial, el Liceo J. M. de Estrada, alias el Arcamendia, que era una escuela sin tanta exigencia como el Gallardo. La cuestión es que convenció al Negro de que se anotase en ese colegio que quedaba en el barrio de Barracas para evitar que sus viejos lo siguieran presionando.
Su paso por el Arcamendia fue en un abrir y cerrar de ojos, porque lo echaron en menos de un año. Sin embargo, allí se había hecho nuevos amigos en su división de cuarto año: Sebastián Corona,

Pebete y Daniela Gómez se habían transformado en sus compinches.
Por lo general, entraba al curso escabiado y se mandaba jodas con las que sus compañeros se destornillaban de risa. Por ejemplo, atrapaba una mosca con su mano, luego se arrancaba un cabello y le ataba una pata al insecto. Después se paseaba por todos lados con la mosca como si se tratase de una mascota llevada por una correa. En otra oportunidad, había juntado unas palomas de la calle, las metió en una caja de zapatos y las lanzó en el medio del aula.
Algunas veces se rateaba con varios chicos del colegio, entre los que nunca faltaban Chucho y Sebastián -aunque ellos eran rivales ya que ambos pertenecían al centro de estudiantes y competían para ser delegados-, con quienes se metía en el bar del Gallego, que quedaba en la esquina de la escuela, y allí pasaban el tiempo jugando al pool y bebiendo cerveza. Cuando querían pegar faso, iban hasta la Plaza Colombia porque había un puntero que era conocido de un chico de la división que vivía por la zona.
Por lo general, las rateadas eran en grupo, pero luego Ricky desaparecía y todos desconocían su paradero. Después alguien se enteraba de que había hecho quilombo en algún lugar y que la policía lo había llevado a la Comisaría 26ª, ubicada sobre la Avenida Montes de Oca. La barra de chicos, encabezada por los de su división, iban una y otra vez a rescatarlo.
También fue en el Arcamendia donde conoció a su primer amor. Se llamaba Karina Lamagna, tenía trece años y estaba en primer año. La chica vivía en Acha y Belgrano, Sarandí, y Ricky solía ir seguido a la puerta de su casa. Al principio, los padres de ella no sospechaban que era el novio de su hija, puesto que ella solía decir que "es sólo un amigo". Es que el Negro pasaba inadvertido porque tenía cara de muy jovencito y encima usaba el pelo muy crecido. Cuando se conocieron, la chica tenía un perfil más cheto: usaba cabello cortito y se vestía a la moda. A medida que pasó el tiempo, Karina empezó a adoptar la misma forma de vestir de su novio: jeans achupinados y zapatillas Topper abotinadas. Incluso se subió al mismo tren de descontrol. Iban juntos a todos lados y compartían toda clase de vicios.
¿Cómo echaron a Ricky del Arcamendia? Resulta que en uno de sus tantos entredichos con los profesores, una tarde se mandó una de las suyas. Todo comenzó con una discusión con Manucci, la profesora de Geografía. La mujer faltaba siempre y sus alumnos la catalogaban como una hija de puta, porque cuando aparecía los

volvía locos. Esa vez, después de ausentarse durante varias semanas, llegó e hizo pasar al frente a Ricky para tomarle lección:

-Bueno, Espinosa, hábleme de la Antártida.
-Si yo tuviera que hablar por lo que usted enseña, lo único que le podría decir de la Antártida es que hay hielos y pingüinos, después no sé nada más, respondió Ricky a modo de gaste.

Semejante acusación enfureció a Manucci, quien no dudó en echarlo del aula a los gritos. Ricky no se resistió, salió cabizbajo y entró en crisis, se puso a llorar, tomó carrera y le pegó una patada a un busto de Güemes que cayó rodando por el piso y por poco se rompió a pedazos. En ese momento, empeoraron las cosas para el rockero. La directora tomó cartas en el asunto y lo expulsó del Arcamendia.
Con quien siguió viéndose a pesar de no ir más para Barracas fue con Sebastián Corona, quien iba muy seguido a los ensayos de Overkill. Al poco tiempo, Ricky lo nombró manager de la banda, aunque en realidad el grupo se manejaba por sí solo. Tocaban en reductos pequeños y para pocas personas. Al principio, Ricky se pintaba los pómulos de negro o se dibujaba cruces invertidas, como el bajista de Motley Crüe, Nikki Sixx, y Fabio se delineaba los ojos de negro. Con el tiempo, los dos se maquillaban tanto la cara y salían a pasear pintados, aunque no tuvieran que tocar, que la gente se daba vuelta y los miraba como si fuesen bichos raros. Por las noches, iban a lugares en donde pasaban videos de heavy metal. Eran bares oscuros con pantallas grandes, que por lo general quedaban en Capital. Es que ellos no querían perder puntada dentro del ambiente metalero.
Fabio y el Negro fueron a los tres shows que ofreció Barón Rojo en Buenos Aires, a mitad de los ochenta. En una de esas oportunidades, tocó Riff y se presentó Jaf como cantante. Y Ricky, que no lo conocía, esa noche le preguntó a Fabio: "Este puto que canta, ¿quién es?". Tampoco se perdían los shows de V8. Iban vestidos con pantalones rotos y cinturones gruesos con hebillas enormes. Allí se encontraban a los metaleros de otras zonas con quienes compartían vicios, hazañas y sumaban anécdotas. Tenían un amigo heavy de Villa Soldati que tenía una banda trash y se llamaba La Concha de tu Madre.
También frecuentaban un bar en la Avenida Pavón de Avellaneda, que se llamaba El Salón del Oeste (donde después se abrió el cono-

cido cabaret Yamila). En ese lugar, una vez cantó Mario Ian, entre otros tantos del palo. Como solían presentarse artistas reconocidos del género, Ricky y Fabio al final se hicieron habitués. Una de esas tantas noches en las que los chicos estaban escabiando en la barra, el Negro se mandó una de las suyas. Estaba callado y muy escabiado. De repente salió corriendo hacia la calle, cruzó Pavón y cayó en el medio de la avenida, estrellando su rostro contra el pavimento. Los autos frenaron de golpe y casi se produjo un múltiple choque. Los porteros del bar no podían entender cómo ninguno lo pasó por encima.

Ricky era una persona capaz de hacer cualquier cosa. Cerca de la casa de Roger había una especie de laguna con agua estancada y él se sumergía y nadaba como si fuese una pileta de natación. Buscaba lo profundo, pero el agua siempre le llegaba hasta las rodillas porque el fondo era todo llano. Aunque hiciera frío, se metía igual con la excusa de darse "un chapuzón". Embarrado, mojado y totalmente ebrio, Fabio solía subirlo al colectivo y lo llevaba hasta su casa. Una de esas tantas veces en las que viajaban en el bondi, el Negro, que estaba pasado de whisky, vomitó sobre un asiento trasero y justo en ese momento un hombre se acercó hacia donde estaban ellos para sentarse. Cuando vio lo que estaba sucediendo, se detuvo de golpe. Y Juan, enfadado, le preguntó: "¿Te da asco?". Y luego corrió el vómito de Ricky hacia el piso con una de sus manos. El hombre, aterrorizado ante lo que estaba viendo, prefirió sentarse de igual manera por miedo a que los chicos tomaran algún tipo de represalia.

Los ensayos siempre se hacían en la casa de Roger, en Villa Diamante. Era un barrio asfaltado y rodeado de villas miserias. El ambiente en la calle era complicado. Cada dos por tres se comían una que otra secuencia. Como una tarde en la que estaban escabiando unas birras en la esquina del batero y de pronto cayó un mocoso con una caña de pescar y una escopeta. Acto seguido, apareció un hombre con un revólver calibre 38 y enfurecido gritó que le habían robado la bicicleta a su hijo y que no iba a parar hasta encontrarlo y cagarlo a tiros. Mientras los Overkill ensayaban en la casa de Roger, era costumbre que escucharan disparos a mansalva provenientes de la calle.

Cuando aparecían fechas para tocar, en muchas oportunidades le alquilaban la camioneta al tío Franco, pariente de un amigo de Ricky que era fletero. Era un tano bruto que no entendía nada de lo que hacían los chicos pero tenía buena onda. Y con su Dodge

viejo, que por poco se caía a pedazos, los llevaba a todos lados. Falopa se sentaba al lado del conductor mientras fumaba como veinte porros seguidos. El tano no decía nada pero también terminaba de la cabeza, producto del humo que invadía el vehículo.

Los recitales más recordados de la banda fueron dos, por lo escandalosos que resultaron. Uno se realizó en una peña de un colegio en las calles Güemes y Belgrano, del barrio de Crucecita. La madre de un amigo de Falopa estaba en la comisión interna del colegio organizador y por eso lograron tocar. Apenas llegaron, la gente murmuraba y se espantada por la apariencia de los integrantes del grupo. Había muchas madres y abuelas de los alumnos. Los Overkill salieron a escena y tocaron un tema de Ricky que se llamaba La monja:

Ven conmigo a casa, pierde tu pudor,
bebe y fuma, hermana, olvídate, Señor,
dame de tu cuerpo y ruega por tu salvación.

Al principio, Fabio se opuso a cantarlo por vergüenza a las personas mayores, pero Ricky lo presionó tanto que consiguió que el vocalista se mandara igual al escenario. Al final, los organizadores terminaron cortándoles el sonido y echándolos a patadas.

El otro concierto fue en una fiesta de varios colegios, que se rea lizó en el Salón 12 de Octubre de Avellaneda, y Overkill cayó al lugar con toda la monada de Villa Diamante. Esa noche, el sonido fue desastroso. El micrófono acoplaba. No lo podían dejar enchufado porque chillaba y casi dejaba sorda a la audiencia. De todos modos se mandaron al escenario. Fabio, mientras cantaba, miró para un costado y vio que un pibe de los de Diamante tenía el cable de su micrófono desconectado y en la mano. Por lo que él estaba haciendo mímica. Ricky se había pintado de blanco dos mechas de sus cabellos, como Rudy Sarzo, bajista de Quiet Riot y Whitesnake. También utilizó rimmel plateado para generar brillo en su rostro. En eso, el pibe del cable encontró por ahí tirado el rimmel y empezó a colorearse la cabeza de puro loco que estaba. Al finalizar la fiesta, los chicos partieron a la pizzería La Real (quedaba en Sarmiento y Mitre), para tomar unas birras. Lógicamente, salieron peor de lo que ingresaron.

En aquellos tiempos, Ricky comenzó a colgarse de golpe con cualquier tipo de droga, aunque todavía no era de esos faloperos de los que se morían por salir a comprar. Al contrario, nunca lo hacía;

consumía lo que conseguía y lo que le convidaban. Si Falopa u otros estaban tomando Roche, él se enganchaba con eso; si era merca, mejor aún. O si no le daba duro al escabio. Bajo los efectos del alcohol, se transformaba en el verdugo de sus amigos. Se mostraba resentido y enojado. Solía decir que nunca iba a llegar a ser una estrella de rock porque era petiso y negro.

A medida que crecía el interés de Ricky por las drogas, su amistad con Fabio comenzaba a dañarse porque nunca le había confesado que curtía. Cuando Falopa se enteró de eso, le preguntó a Fabio: "¡Cómo!, ¿el boludo no te contó que se droga?". Fue ahí que Fabio se calentó e increpó a su amigo apenas lo encontró: "Boludo, ¿por qué te escondés de mí?". Como no le quedaba otra, Ricky trató de excusarse y después replicó algo fuera de contexto: "¿Vos qué te pensás, que tu familia alguna vez va a saltar por vos si te pasa algo?". Dijo eso porque evidentemente cargaba con algún rollo familiar que sólo él conocía. Así y todo, nadie se percataba de que tuviera problemas graves con sus padres. Si hasta solía utilizar el equipo de discos de su viejo a modo de amplificador cuando ensayaba en su casa porque no contaba con uno propio. Inclusive en una oportunidad se enganchó a una brasileña en la calle y se la llevó para un cuartito que había en el patio del fondo de su casa mientras su papá aparentemente estaba apolillando. En eso, el hombre se levantó de su cama y fue hasta el patio, golpeó la puerta de la piecita y le entregó a Ricky un preservativo.

En los últimos tramos de Overkill, la química entre sus integrantes se disipaba de a poco. El tema de no contar con equipos siempre les traía problemas. Una vez estaban en un ensayo y Falopa no tenía bajo. Siempre había un grupito de chicos conocidos de Roger que solía ir a los ensayos. Había un chico de nombre Lucas, que era el menor de todos y contaba con un bajo. Muchas veces le prestaba de onda su instrumento a Juanfa. La cuestión es que aquella vuelta, el pibe no apareció por el ensayo, y Ricky junto a Juan decidieron mandarse hasta la casa del chico para pedirle el bajo porque de lo contrario les era imposible ensayar. Por esas casualidades, Lucas no estaba en su casa, pero sí estaba su madre, quien atendió la puerta cuando los músicos tocaron timbre. Ricky inventó que el chico lo había mandado a pedirle prestado el bajo a ella. Como la mujer no le creyó y se negó a hacerlo, se desencadenó una discusión que finalizó cuando Falopa y Ricky, impacientados, empujaron a un costado a la mujer e ingresaron a la casa de prepo y se llevaron igual el instrumento del chico. Una hora más

tarde, Lucas cayó muy enojado donde estaban ensayando y les recriminó que habían golpeado a su madre. Por tal motivo, Roger saltó en defensa de Lucas y entró en discusión con el guitarrista y el bajista del grupo. Pocos días después, llamó a Ricky para comunicarle que no pensaba continuar en la banda.

De igual manera, Overkill siguió reuniéndose aunque sin baterista. Una vuelta, Ricky y Juanfa querían participar en un festival que se hizo en Lanús donde no estaban invitados. Se empecinaron con que querían tocar de cualquier manera. De hecho, se mandaron, aunque Fabio se borró porque no compartía la idea. Al día siguiente, Ricky fue hasta la casa del vocalista y le pasó factura. Para Fabio fue la gota que rebalsó el vaso y también decidió dar un paso al costado. Falopa y Ricky se vieron obligados a dejar de lado el proyecto musical a mitad de año.

A fines de noviembre, Ricky intentó resurgir a Overkill de entre las cenizas. Para lograrlo, convocó a Alejandro Boffelli en bajo y a Sebastián Corona, en batería. Pero sólo fueron cuatro ensayos, porque Ricky no supo encontrarle el rumbo al asunto. A lo mejor, su nuevo interés por bandas como los Beatles y los Rolling Stones fue el detonante para que su Overkill perdiese el rumbo por completo. El, por ejemplo, se sabía las letras de todo el primer disco de los Beatles. Y solía cantarlo con Alejandro, otro fanático, mientras compartían una birrita helada en la vereda de algún kiosco de turno. Por otro lado, Ricky también empezó a interiorizarse sobre grupos de rock locales que se inclinaban hacia el punk.

La única vez que tuvieron chances de tocar en vivo antes de la disolución definitiva fue en el cumpleaños de dieciocho de un tal Larry, amigo de Alejandro. Resulta que los padres del chico habían alquilado una chopera y la mitad del barril se la bajaron entre Ricky, Sebastián y Alejandro. En un momento, el Negro se descontroló y generó desorden en plena fiesta. Se puso a discutir con un señor mayor y cuando la madre de Larry se dio cuenta empezó a los gritos pelados. En eso, Ricky se paró sobre la cama de la habitación, abrió una ventana que daba a la calle y saltó hacia el otro lado. Huyó de la fiesta totalmente borracho, cagándose de risa y sin saludar a nadie. Ya para fines de 1986 su interés por las bebidas alcohólicas se acrecentaba a pasos agigantados.

2

Los recuerdos de Juan Falopa

A Ricky lo conocí mucho antes de que surgiera Flema. Me acuerdo que al principio de la banda, casi todos los temas los hacía él. Me agradaban. Una vez estábamos tocando en un departamento familiar que alquilaba con mis padres al lado de la sede de Independiente. Era de noche. Resulta que teníamos unas petacas de más y Ricky cae sobre un vidrio de la ventana que se rompe a pedacitos. Producto del ruido, mi viejo se levantó:

-Lo único que me faltaba, ¡pagar los vidrios rotos!, dijo.
Entonces Ricky se paró y mintió:
-No, acá no se rompió ningún vidrio.
Levantó su petaca de ginebra y le convidó a mi viejo, que abrió los ojos y refunfuñó indignado:
-Este tipo está loco...

Era un buen momento de la Argentina, y más para los adolescentes. Nos sacamos la mordaza otra vez, aunque antes ya habíamos tocado en La Plata. Una vez iban a participar unas bandas en Avellaneda y al final no tocó nadie. Estaba el escenario con los equipos preparados. Nos subimos con el Negro y el Seba (Corona). Nunca habíamos tocado los tres y subimos igual. No nos importó nada. Ese fue uno de los orígenes de Flema, cuando ellos también por primera vez tocaban juntos. Fue en el mástil de la Plaza Alsina. Me acuerdo de haber cantado un estribillo que dice: "Si yo soy así, no es por culpa de las drogas ni tampoco por el alcohol...". Lo cantamos ahí y el tema todavía no existía en esa época. Lo tenía compuesto Ricky para su banda punk, que ya la tendría programada en su cabeza.
Un día de mi cumpleaños cayó a mi casa en Solano. Yo me había ido para allá porque me junté con una chica. Quería que viniese a mi cumpleaños. Hablé por teléfono con su hermana. Le dejé la dirección: calle tal, número tal. En el fondo, creía que nunca iba a venir. ¡Y apareció el hijo de puta! Vino con Sebastián Corona. Llegaron a las diez de la noche de un viernes y se fueron un lunes a las siete de la tarde. Nos pegamos una joda linda. Mucho vino y otras yerbas...
A mí la familia me conocía, pero no teníamos buena relación. Pensaban que yo llevaba a Ricky por el mal camino. Hasta aquellos momentos, justo cuando nos conocimos, él tenía una juventud sobresaliente. Tenía mucha capacidad intelectual. En la casa me veían como "el demonio". La hermana era un puente lindo entre nosotros. Si ella atendía el teléfono era una buena noticia para mí; si lo hacían los padres, todo mal. Con Orlando, el papá, al principio estaba todo bien hasta que la mujer le comió la cabeza. Me acuerdo que una vez Ricky quiso hacerse una pieza en la terraza de su casa. Y yo me estaba haciendo la casa en Dock Sud. Me embalé con su idea porque sabía que podía ayudarlo a construirla. Eran boludeces para mí. Entre los ladrillos que restaban de mi construcción, unos quinientos más que él debía comprar y chapas que me sobraban para usar de techo, la levantábamos en una patada. Estaba entusiasmado. Hasta que apareció el ogro de la madre y le quemó la cabeza al padre:
"Se quiere ir ahí arriba, encima quiere hacerse una escalera externa". Otra vez le regalé unas cuerdas Labella, que eran importadas. Las encargué en la casa Blues, ahí en Capital. Las quise conseguir para un 31 de diciembre, porque era mi regalo de cumpleaños para el Negro. Cuando se lo dije, encima me cargó: "¡Tomátela, flaco, que no tenés ni para comprarte puchos!". Cuando se las llevé, no lo podía creer. Se emocionó. ¡No sabés la cara que puso! ¡Se le abrieron los ojos! ¿Viste la cara de un nene con un juguete nuevo? Igualito... De inmediato sacó el encordado nuevito que tenía puesto en su viola y puso el que le regalé. Las cuerdas que sacó no las puso en una bolsa para conservalas. Las tiró a la mierda. Siempre le gustó el sonido que daban esas cuerdas: medio acid, acuchillado. En Overkill, Ricky se pintaba la cara. Todos nos pintábamos. Una vez me hizo una cruz invertida. El en cambio prefería hacerse una máscara blanca. Como no había base, se ponía leche en polvo o harina. No le importaba nada. Cuando se le ponía algo en la cabeza, andá a sacárselo. Decía: "Vamos a tocar acá", y nosotros no le creíamos, pero a la semana estábamos tocando en ese lugar. El arreglaba todo. Nosotros íbamos a la sala y Ricky programaba. En aquella época, Ricky tuvo intentos de suicidios. Una vez lo agarré. Casi nos caemos los dos de una ventana. Fue en un templo umbanda en la calle Alberti, en Crucecita. El hijo de la mai andaba con nosotros. El pibe tenía mucha guita. Y claro, la madre afanaba que daba calambres. Un día le tuvimos que dibujar tipo un tablero de ajedrez verde y blanco en el techo. Nos subimos a la escalera. Yo

lo tracé y con los pibes lo pintamos. Ese día era el cumpleaños del hijo de la mai. Se armó un lindo e intenso asado. Mucho postre y todo. En un momento, Ricky dijo: "Soy Paul Stanley, la estrella del rocanrol. Yo me tiro acá, reboto y entro de nuevo por la ventana". Y el tipo se mandó nomás. Cuando vi eso, me arrojé para que no se cayera. Lo agarré cuando ya estaba en el aire. Los dos estábamos agarrados de las muñecas. Yo hacía fuerza para que no se cayera y él encima se cagaba de risa y se soltaba de mis manos. "Ves, me suelto, ves, me suelto", decía. ¡El hijo de mil puta nos cargaba! Me costaba sostenerlo. Es más, casi me voy yo primero a la mierda hasta que vino el pibe que cumplía años y nos sacó prácticamente de los pelos a los dos. El tipo tenía una tendencia suicida, aunque quizá sólo cuando estaba de mambo. En aquella casa ensayamos varias veces. Con las mujeres era un gran encarador. Se le ponía al lado a una mina y le decía: "Sos la más rica de todas". Y la chica se daba vuelta. Ganaba. Nosotros no lo hacíamos. El era el más caradura. Ponía la carita. Tenía labia. Sabía hablar.

Recuerdo que le pasaba mucha música. Le regalé por ejemplo Pappo III, que él nunca lo había escuchado. Cuando escuchó el tema Sucio y desprolijo le rompió la cabeza. Y no tuve posibilidad de prestárselo: ¡me lo robó!

Sin embargo, él también me hizo escuchar mucha música nueva que yo no conocía. Cuando me junté con mi entonces mujer, una vez Ricky vino a buscarme para rearmar Overkill, fue antes de Flema, pero yo tenía otros problemas. Parábamos en un montón de lugares. Uno era La reja de enfrente, que no existe más. Un bodegón en el que vendían vino de damajuana en jarra pingüino y empanadas salteñas. Quedaba en Mitre casi esquina Beruti. Era un localcito al fondo de un pasillo.La última vez que nos encontramos fue en la disquería Rocarola, una tarde, a eso de las cuatro. Ricky fue a dejar unos discos. Después fuimos a tomar unos vinos por ahí... nunca más nos volvimos a ver.

CAPÍTULO III

El nacimiento de Flema

1

A principios de 1987, el mástil de la Plaza Alsina se transformó en el único lugar simbólico por parte de la juventud de Avellaneda. Hospedaba a chicos y chicas que hacían radio, fanzines, teatro y a todas las bandas nuevas de rock del barrio. Integrantes de los grupos Flujo, Mobuto, Dragster y Tu Vieja, se juntaban alrededor de las seis de la tarde para hablar de música, literatura o bien de experiencias con drogas. Como Sebastián Corona vivía a unas ocho cuadras, empezó a familiarizarse con ellos y logró ser uno de los que más sobresalía por su condición de intelectual. Por lo general, Ricky se acercaba hasta esa parada para ver a su amigo y de paso para relacionarse con los rockeros de la zona. Esto era así: si un integrante de un grupo tocaba en algún lado, todo el resto lo iba a ver. Un método de apoyo que resultaba eficaz a la hora de sumar público. Pero Espinosa se enganchaba hasta ahí nomás con la movida de Avellaneda. Más bien se interesaba por conjuntos que empezaban a hacerse conocidos dentro de todo el under.

A mediados de febrero, la ascendente banda Comando Suicida ofreció un show en un local capitalino que se llamaba La Alcantarilla. Y Ricky, esa vez como tantas otras, pagó su entrada para verlos. La música de Comando se inclinaba hacia el punk, aunque por sus letras y la manera de pensar del grupo se la denominaba Oi! La mayoría de sus seguidores eran skinheads, aunque había una porción grande que sólo iba porque el grupo sonaba bien y no por su forma de plantear las cosas. Y ese era el caso del Negro, quien, con sus chuzas largas, aquella noche hizo pogo a rabiar sin importarle lo que pensaran los cabezas rapadas que dominaban el sitio. En uno de esos choques de cuerpo contra cuerpo se topó con un pibe petisito y de ojos verdes, a quien le vio cara conocida. En realidad, los dos parecían conocerse de algún lugar. Entonces, Ricky le dijo: "A vos te conozco". Y el flaco le respondió: "Yo a vos también. De Avellaneda". Al final resultó que se habían visto varias veces en la Plaza Alsina y hasta habían compartido algunos porros en el mástil. Juan Fandiño era el nombre del flaco y era cuatro años menor que Ricky. Hacía unos meses que había formado una banda con compañeros de su colegio, el Cristo Rey de

Dock Sud. Pero prácticamente no podía contar con ellos porque solían dejarlo plantado en los ensayos. Entonces no tuvo mejor idea que convocar a un amigo suyo llamado Fernando Cordera para que cantase (era el primo del cantante de La Bersuit). Con Fernando se conocían desde los cinco años, porque habían compartido jardín, primaria y primer año de la secundaria en el colegio Pío XII de Avellaneda, hasta que a Juan lo echaron por hacer lío en el aula. Al grupo le pusieron Flema, por sugerencia de Sabrina, la hermana de Juan. El nombre sonaba bien: era corto y agresivo como la música punk que tenían en mente. Como su idea era la de rearmar el grupo, antes de que finalizara el show de Comando tentó a Ricky, quien en Avellaneda era famoso por su habilidad con la guitarra, para que se acoplara a su proyecto. Acordaron juntarse a ensayar en una casa vieja que era propiedad de los padres de Fandiño y estaba deshabitada. La apodaban La Covacha, y quedaba en Luis María Campos 2155, Sarandí. Allí se realizaron los primeros ensayos de la banda.

En aquel primer encuentro, que fue un lunes por la tarde, Ricky llegó con su Faim Les Paul y con Sebastián Corona, quien de inmediato se hizo cargo de la batería porque el batero hacía tres ensayos que no aparecía. Juan y Fernando les mostraron un par de temas que habían compuesto con anterioridad mientras que Ricky les enseñó algunas de sus composiciones de Overkill, pero modificadas hacia el punk. A la semana se incorporó un bajista en el grupo. Se llamaba Pablo Sara y vivía a veinte cuadras de La Covacha. Como se enteró que allí ensayaba un grupo, un día golpeó la puerta con una guitarra a cuestas. Los chicos le dijeron que todo bien, pero que sólo se sumaría si tocaba el bajo. El flaco aceptó y el grupo le metió para adelante, pensando en el día del debut. Contaban con un equipo pequeño para guitarra, uno para el bajo, otro para la viola y utilizaban una consolita MAC 12 por donde sacaban las voces. Por lo general, los ensayos eran largos. A veces se quedaban encerrados hasta las cuatro de la mañana. Los que sufrían eran los vecinos, que se quejaban porque no podían dormir. Hasta llegaron a romper los vidrios de La Covacha para que hicieran silencio de una vez por todas. Así y todo, los Flema mucho problema no se hacían al respecto. Seguían en la suya, con un pensamiento que se basaba en "libertinaje e irresponsabilidad".

La presentación oficial del grupo se produjo a sólo dos semanas del primer ensayo. Juan tenía un amigo en Capital que se llamaba Walter Kolm y que por entonces era manager de Comando Suicida. Se conocían del ambiente under y aparte un amigo del tipo salía con la hermana de Juan. Kolm les propuso que grabaran cuatro temas en un casete para ver de qué se trataba, pero los chicos grabaron siete porque tenían buenas canciones y de sobra: La sangre de tu hermana, Juventud decadente y Anarquía total pertenecían a Juan. Maten a su suegra, Cáncer, La monja, No nos vendimos y Buscando un lugar, eran temas compuestos por Ricky. A los tres días de haber recibido el casete, Kolm llamó a Juan y le dijo: "Toca Comando el sábado en Gracias Nena y quiero que debuten en ese show con ellos". Aquella noche tocaron con equipos de buena calidad y el lugar estaba repleto de gente. Flema llevó una buena cantidad de chicos de sus colegios y del barrio para que les hicieran el aguante. Lo anecdótico del debut fue que cuando subieron al escenario, sonaron de primera durante todo el set, y cuando finalizaron el show, explotó la consola de luces y Comando no pudo tocar. Ante los presentes, los Flema quedaron como los reyes de la noche. Fue tal la repercusión entre el público que cuando bajaron del escenario un muchacho se acercó a Juan y le pidió el teléfono porque quería proponerles tocar en otro lado. Le dijo que era dueño de un pub donde se presentaban bandas en vivo. A mitad de semana, el hombre llamó y arreglaron para tocar el sábado siguiente en ese lugar. Era el Parakultural y quedaba en Venezuela al 400, Capital.

Durante el resto del año, rondaron por sótanos del centro, clubes de barrios y fiestas escolares. Compartían escenarios con grupos como Sekuestro, Conmoción Cerebral, Rigidez Cadavérica y además pegaron onda con un vecino rockero de Quilmes llamado Alex Enema. Este era un ser distinto dentro del ambiente. Mantenía unos seguidores anarcopacifistas. Sin embargo, él era un tipo violento: pelaba cadenas y las revoleaba en los recitales mientras se ponía a hacer pogo. También saltaba a defender a alguien cuando se enteraba de alguna injusticia. Durante los primeros años de Flema, se hizo moneda corriente visitarse y compartir shows con Enema.

2

A medida que los recitales se sucedían, dentro del mundillo punk el nombre Flema cada vez se hacía más fuerte. Tenían canciones adelantadas para la época en la Argentina. Estaban casi a la par de la onda californiana y las influencias de Metallica eran notorias.

De tanto conseguir fechas para el grupo, Walter Kolm, que por entonces tenía su sello Trípoli Producciones, se transformó en una especie de manager. Para principios de 1988, les propuso formar parte de Invasión 88, un disco en el que participó la camada punk del momento, entre los que figuraban Exeroica, Conmoción Cerebral, Defensa y justicia, Los Baraja, Rigidez Cadavérica, División autista, Comando Suicida, los recién nacidos Attaque 77 y Flema. Para la grabación de dicho material, se les presentó un inconveniente sobre la marcha. El bajista Pablo Sara se fue de la banda porque mantenía muchas diferencias a nivel pensamientos e imagen con el resto del grupo. Entonces Ricky fue hasta la casa de su antiguo amigo Alejandro (que había tocado en el último tramo de Overkill) y le propuso incorporarse de manera urgente por el tema de la grabación. El fin de semana siguiente, el bajista hizo su debut en vivo en un bar que quedaba a una cuadra de la UBA de Avellaneda (Güemes y Villegas).

Al toque de salir Invasión 88 a la calle, la revista Pelo le realizó a Flema el primer reportaje en su historia, en la casa de Gamexane, integrante de Todos Tus Muertos. Durante la entrevista, los que más hablaron fueron Ricky y Juan. También fue el momento en que el Negro empezó a hacerse fama de bardero ante la prensa: como tenía ganas de orinar y le daba vergüenza pedir ir al baño, no tuvo mejor idea que salir al balcón, que era lo más cercano que tenía, y orinar hacia la calle.

Invasión 88 fue presentado en mayo en Cemento. Flema, Comando Suicida y Attaque 77, cerraron el festipunk en ese orden. Justo cuando llegó el turno de Flema y Ricky marcó tres para dar arranque a su set, una pandilla de skinheads de tiradores rojos ingresó en Cemento y se enfrentó con otro grupo de tiradores blancos que yacían dentro desde temprano. Fue una batalla campal. Los pelados corrían pateando todo por arriba de la barra. La seguridad se encerró en el baño, Omar Chabán (dueño de Cemento), que estaba histérico, gritaba desaforado desde la boletería. Desde la calle, presionaban las puertas y un griterío dejaba adivinar que otra horda intentaba unirse al disturbio. Eran metaleros. Cuando la puerta cedió, entraron y se sumaron a la pelea castigando ferozmente a todos los cabeza rapada que se les cruzaron en el camino. Y mientras tanto, Flema sonaba de fondo. Parecía una secuencia extraída del cine under de los setenta.

Tras la repercusión y la buena venta de Invasión 88, Walter Kolm les propuso a los chicos que grabasen su primer disco. Es que pensaba que iba a llenarse de plata con el grupo. La reunión se llevó a cabo en un bar que todavía existe en la calle 9 de Julio y San Martín, Avellaneda. Esa tarde, Ricky bebió demasiada ginebra y terminó espantando a Walter. Le gritó "careta", durante un buen rato, y le arrojó la botella de ginebra pegándosela en el estómago. Así perdieron la oportunidad de lanzarse al mercado discográfico con un disco propio. Los que no desperdiciaron la posibilidad fueron los Attaque, que firmaron contrato para editar su primera placa: Dulce Navidad. Attaque 77 la venía pegando con un punk futbolero, más enfocados en hacer los típicos cantitos de tribuna. En cambio Flema se inclinaba por las cuestiones sociales, la falta de fuentes de trabajo y la represión policial. Dos parámetros totalmente distintos.

A raíz del conflicto con Walter Kolm, el grupo formado por Fandiño se desvinculó de Trípoli Producciones. Una de las últimas veces que fueron hasta la productora sucedió algo que por poco impide la salida del primer disco de Attaque 77. Resulta que Ricky fue a recuperar unas fotos que se habían usado para Invasión 88. Lo acompañaron Alejandro y Chucho (con quien todavía se vinculaba). En un momento, Chucho se dirigió al baño y en el trayecto encontró un volante con una foto de los integrantes de Attaque tirado en el piso. Lo levantó y se lo guardó. Días después llamaron a Ricky de la productora y le exigieron que devolviera ese volante porque suponían que él se lo había llevado del lugar. Entonces Ricky llamó a Chucho -quien le había comentado que había agarrado el papel- para que se lo alcanzara hasta su casa porque tenía que devolvérselo a la gente de Trípoli. Afortunadamente para Ciro Pertusi y cía. todo se resolvió, aunque ellos ni se enteraron del episodio.

Por aquella época, Ricky tuvo su primer trabajo: fue repartidor de lácteos para la empresa SanCor, que tenía un depósito en Gerli, a cuatro cuadras de su casa. Con el dinero que ahorró durante unos cuantos meses logró comprarse una guitarra Gipson nueva de color rojo. Esa misma viola casi la destruyó a la semana de haberla adquirido. Fue en un recital que ofrecieron en Underground, un boliche que quedaba al lado de donde hoy funciona el Bingo Avellaneda. Esa noche el Negro se encontraba totalmente escabiado. Sus compañeros de grupo no podían levantarlo porque estaba tirado en un rincón. Entonces intentaron despabilarlo dándole unos saques de cocaína, por lo menos para que se pusiera de pie. Al final, lograron que reaccionara pero no pegó una con la gui-

tarra. Como estaba sonando desafinado, Juan le hizo señas al sonidista para que bajara el sonido de su viola. Y como Ricky no escuchaba su Gipson, la arrojó desde el escenario para abajo. Dio justo la casualidad de que el hermano de Cordera estaba entre el público y se lanzó por el aire para que la viola no se estrellase en el piso. Después, el Negro pateó el equipo de guitarra de Juan y empezó a gritarle cosas a Barbieri, el dueño del boliche: "Dale, ¡entregá la cocaína que tenés encanutada ahí adelante!". Fue un papelón bárbaro. Igual, el dueño no se lo tomó a pecho porque sabía el estado en que se encontraba Ricky y además estaba chocho porque había vendido seiscientas entradas en la puerta y así consiguió salvar la noche.

Los chicos por lo general se calentaban en vender entradas antes de tocar. Otra vuelta en la que se iban a presentar en Underground, Ricky y Alejandro se mandaron para la esquina de la heladería El Piave, para vender entradas a la gente conocida que paraba por ahí, en el mástil o en la galería Vía Roma. En eso, unos camarógrafos de un canal de televisión se instalaron en esa vereda para realizar unas notas. Ricky y Alejandro encararon a uno y le caretearon una monedas para la birra. Luego caminaron tres metros hacia la Plaza Alsina y aparecieron de golpe dos policías que los agarraron de los pelos, los pusieron contra la pared con los brazos atrás y los metieron al patrullero a patadas limpias. Era la época en que la contravención "vagancia" estaba muy vigente en las calles, en especial en el conurbano bonaerense. Estuvieron trece horas detenidos en la 1ª de Avellaneda. Cuando entraron a la comisaría, los uniformados los revisaron y sólo encontraron las entradas que tenían para vender en su poder. Los chicos les explicaron que Flema era su banda con la que tenían que tocar el sábado siguiente en Underground. Encima, uno de los policías se burló de ellos. "Mirá, se llaman escupitajo", mientras se cagaba de risa. El otro cana lo bardeó a Ricky y él lo enfrentó y lo desafió para pelear. Fue ahí que el cana le pegó un tremendo cachetazo. El Negro se calentó y volvió a desafiarlo. "Sacate el arma y la placa que te boxeo", le dijo. Los otros uniformados, que estaban en la misma oficina de la comisaría, cargaron al policía con el que Ricky quería el mano a mano. "Mirá que el petiso se la banca...", ironizaban. Y el policía, como para no ser menos, le pegó al Negro ferozmente con su machete. Antes de trasladarlos al calabozo, los obligaron a sacarse sus cinturones y cordones. Luego ingresaron en la celda, en la que estaban apresados los que aguardaban sentencias por delitos graves.

En el trayecto, Ricky le hizo una sugerencia importante a Alejandro: "Entremos espalda con espalda, porque si nos vienen a boxear tenemos que aguantar". Apenas entraron al calabozo, un chabón de otra celda los saludó, pero los dos Flema no registraban la voz. Ambos ingresaron en guardia y del fondo escucharon nuevamente la misma voz que saludaba. Ahí Ricky preguntó: "¿Quién sos?". Era un tal Floyd, un delincuente conocido de su barrio, con mucho peso entre los malandras. A partir de esa situación, los trataron como a unos duques dentro de la cárcel. Los presos les convidaron algo de comida y los chicos hasta se dieron el lujo de dormir en un calabozo plagado de chorros y malvivientes.

Los integrantes de Flema tenían buena relación, aunque lo que más los unía era la pasión por la música y los vicios que compartían a menudo. Como la cocaína se había puesto muy cara, por aquellos años los chicos se las ingeniaban para curtir falopa. Utilizaban la sal de anfetamina, que producía los mismos efectos que la merca y la conseguían en farmacias. Por aquel entonces, también consumían unas pastillas llamadas Tamilán, que las utilizaban para despabilarse. Por ejemplo, Corona era fanático de esas pastas, en especial de unas llamadas Gador. Por eso los integrantes del grupo lo apodaron Sebastián Gador.

Fuera del ámbito de la música, Ricky se relacionaba mucho con Alejandro y Sebastián, dos flacos de familias más humildes que las de Juan y Fernando. En cambio, tanto Juan como Fernando hacían medio rancho aparte.

En lo de Seba, quien vivía en un PH cerca del mercado central de Avellaneda, solían juntarse a tomar cervezas: envolvían las botellas con papel de diario y las metían en la heladera para que se enfríen más rápido. Sin embargo, Ricky también compartía tiempo con Juan porque componían juntos. Fernando Cordera no era de acoplarse demasiado en las salidas nocturnas de los Flema. Era un tipo más bien de tendencia "cheta" (según las palabras de Ricky), pero rebelde, callado e introvertido. Debido a ello, a él también le pusieron un apodo: el Autista. Es más, el Negro escribió el tema Fernando anda en skate, en alusión a su condición de "chico moderno". La letra decía así:

Pantalones cortos, zapatillas botitas y su camiseta blanca de death. Con el flequillo largo y el skate en la mano y su camiseta de death. Fernando anda en skate... El ama California, toma el sol en la playa y se divierte por la arena en skate. También va a Mar del

Plata a saltar en la rampa, pero siempre con su tabla de surf. Fernando anda en skate...

Durante los primeros años de Flema, el Negro también compartía bastante tiempo con su novia, Karina, y no le gustaba salir de noche. Es que ya estaba muy castigado por la policía. De día consumía alcohol y otras yerbas y por las noches algunas veces se iba a dormir a la casa de su novia, luego de que los padres aceptaron la relación. Una vuelta, Larry, un amigo de Espinosa del barrio, llevó a Ricky y a Alejandro a una reunión que se hacía en la casa de un conocido en Longchamps. Toda la madrugada le dieron duro con sal de anfetas, birras y, cuando no quedaron cervezas, Ricky le pidió al dueño de casa alcohol fino. Fue su inicio en el tema. También fue la primera vez que expresó ante sus amigos su disconformidad con la vejez y sus ganas de morir joven.
Por la calle Ricky siempre se metía en problemas, como la vez en la que andaba por el centro con Juan y otros amigos después de salir de un recital. Resulta que le pidió plata para la birra a un hombre que bajaba con custodios de un Mercedes Benz. Como el tipo se negó a darle dinero, el rockero lo escupió e insultó. Entonces, uno de los custodios se le abalanzó apuntándole con una pistola 9 mm. Y Ricky, sin ningún temor, lo enfrentó. Encima le cabeceó la punta del arma y lo increpó diciéndole que disparase si era valiente. Al final, los hombres del auto se marcharon y el vocalista salió airoso de la situación sin medir su peligrosidad.
Mientras tanto, las cosas en casa de Ricky transcurrían en este orden: su hermano comenzó en la facultad la carrera de Ciencias Económicas, su hermana cursaba los primeros años de la secundaria y sus padres dedicaban sus ratos libres al deporte. Los dos corrían maratones y solían ganar trofeos a menudo. Su padre, que se dedicaba al arreglo de televisores, en las competencias llevaba puesta una remera en la que sponsoreaba el nombre de su negocio, el cual quedaba en su propia casa. La familia Espinosa estaba asombrada por el empeño con el que el Negro encaraba su carrera como músico. Y la actitud de sus viejos no se diferenciaba en nada a la de otros padres cuyos hijos también se inclinaban por la música: les parecía una pérdida de tiempo. Por eso se disgustaron cuando Ricky abandonó su laburo en SanCor, y para colmo su adicción por el alcohol deterioraba la relación con su papá. Por ende, había cero apoyo por parte de su familia para que el cantante se dedicara a lo suyo.

Durante 1988, muchos pibes de la zona de Avellaneda empezaron a pegar onda con Flema. A sus ensayos solían ir numerosos adolescentes que en especial eran conocidos del barrio de Juan. Había un chico que se llamaba Pepe Frula, tenía quince años y convocaba a su círculo para que siguiese al grupo punk. Por aquel entonces, la banda dejó de ensayar en La Covacha durante medio año y sus integrantes alquilaron una casa de madera en un terreno vacío llamado El rancho, que era propiedad de Bicho Visciano, un amigo de Pepe. Allí los ensayos eran caóticos, porque el lugar era enorme y nadie lo controlaba. Por aquellas tardes, gobernaba el alcohol más que la música. Ricky siempre aparecía con una botella de vodka bajo su brazo. Lo mezclaba con naranja y producía un cóctel poderoso que pegaba rápido y dejaba de la cabeza. O si no bebía vino de tetrabrik, que también solía mezclarlo con naranja.
La primera formación de Flema rondó por muchos reductos nocturnos y además se presentó en toda clase de eventos. Un día, Juan recibió un llamado de un amigo suyo que andaba en política. Como el tipo era radical, estaba organizando un almuerzo en un comité en Valentín Alsina, como cierre de campaña para Juan Manuel Casella, quien se iba a postular como intendente de Avellaneda. Y a propósito querían llevar a Flema porque era una banda conocida y deseaban convocar a la juventud. Era época de estado de sitio y sonaban las sirenas en las calles. Los chicos se interesaron en la propuesta, en especial porque iban a comer y a escabiar gratis. De inmediato aceptaron la invitación y fueron con un par de amigos entre los que figuraban Larry y Pablo Basura, un chico que hacía de plomo durante aquellos años. Llegaron pasado el mediodía de un sábado soleado y los organizadores les presentaron a todos los familiares de los políticos, quienes los recibieron amablemente. Luego participaron de un lunch VIP, en donde estaban todos los políticos de peso. Se sentaron juntos a una mesa larga, y a mitad del almuerzo Ricky metió las manos en sus bolsillos y comenzó a sacar huevos reventados que arrojó sobre la mesa. Pasó que antes de llegar al comité, los chicos pararon a tomar cervezas en un almacén y el Negro se afanó huevos con la idea de arrojárselos a otros grupos que también iban a tocar y que no le gustasen o bien a algún político de turno. La cuestión es que los huevos se reventaron en los bolsillos de su campera. Después de tirarlos sobre la mesa, los corrió hacia el lado de los familiares de los políticos. A partir de ahí, las caras empezaron a cambiar: del agrado pasaron al disgusto.

Antes de iniciarse el show, hubo discursos. Primero hablaron los políticos de menor grado, después tocaron Flema y otros grupos y luego fue el turno de otros grossos de la política, entre los que figuró Alfonsín. Ricky, que estaba totalmente ebrio, al subir al escenario balbuceó una canción y luego señaló: "Los políticos son todos chorros y además son todos putos". Tras cartón, los invitó a subir con él a cantar el Himno Nacional argentino, mientras repartió escupitajos. Como era de imaginarse, todo terminó mal: subieron los de seguridad y los bajaron de los pelos, los reventaron a trompadas y los echaron a la mierda. A Basura le pegaron un culatazo en la cabeza y a Larry le rompieron el tabique de una piña. Esa vez, Ricky también llevó una patineta, y como se reía de la movida skater que estaba de moda, se paseó sobre ella de un lado para el otro del escenario mientras Flema tocaba.
Un par de semanas después, Alejandro, con el disco Invasión 88 bajo el brazo, consiguió una fecha en Sur, un boliche con mucha capacidad que quedaba frente al parque de Villa Domínico. Flema reventó la disco en capacidad con su público. Cuando finalizó el concierto, los músicos partieron con los instrumentos en una rastrojera que contrataron como flete. Ricky viajó con Karina, su novia, en la parte trasera junto a los equipos. En un momento la camioneta empezó a moverse. Los chicos se dieron vuelta y vieron que Ricky mantenía relaciones sexuales con su chica sin ningún prejuicio. Luego de casi cuatro años de noviazgo, con ella se peleó tras una fuerte discusión. Un par de días después él apareció por la casa de su ex y le dejó una carta escrita con sangre a modo de despedida.
Flema varias veces se presentó como trío. Por ejemplo, en una ocasión se realizó un festival en las torres de Dock Sud, junto a otras bandas, y tanto Juan como Fernando no quisieron ser de la partida porque no les gustaba la zona. Sin embargo, el resto del grupo dio la cara igual aunque se tratase de un barrio marginal. Sebastián fue a la batería, Alejandro, al bajo y coros, y Ricky, a la guitarra y voz. Es que el Negro no perdía puntada dentro del ambiente punk y por eso quería que su banda tocase en todos lados. De hecho, ya era conocido dentro de la movida: con los de Comando Suicida tenía buena relación (aunque el público que seguía a ese grupo no apreciaba a Flema). Con Massacre Palestina también había buena onda, aunque el grupo de Willy era más de elite; y con Attaque 77 existía una relación cordial. En el caso de Attaque, con los hermanos Pertusi por lo general se cruzaban en la

galería Bond Street (punto de reunión de todos los skaters y punks de aquella época) y compartían grandes charlas. Además, los Flema iban seguido a sus shows. Una vez, Attaque dio un recital en una disco llamada Soho, ubicada en el desaparecido Shopping Sur, y los chicos fueron a verlos. Para desgracia, se le rompió la viola al guitarrista y el Negro le sacó las papas del fuego: fue hasta su casa y trajo su guitarra para prestársela de buena onda.
En otra oportunidad también fueron a ver a Attaque cuando tocó junto a otros grupos en el teatro Arlequines, en la calle Perú de San Telmo, pero no querían pagar la entrada. Justo en el momento que llegaron, Ricky se lo cruzó a Federico Pertusi (primer cantante de Attaque) en la puerta y lo careteó para entrar gratis. Pertusi primero le dio vueltas y después le dijo que no podía hacer nada. Entonces, Espinosa, que estaba borracho, se enfureció y perdió el control de sí mismo. La discusión subió de tono y de inmediato se fueron a las manos. Ricky terminó con un ojo hinchado y a Federico lo mordió y por poco le arrancó un pedazo de su mano.
Para fines de 1989, la relación entre los integrantes de Flema venía de mal en peor. Debido a los continuos excesos del primer guitarrista, que se veían reflejados en los shows -se picaba con sal de anfetas o vino-, cada vez iba menos gente a verlos en vivo. Por lo tanto, el resto del grupo de a poco empezó a dar un paso al costado. El primero en irse fue Alejandro, y lo hizo luego de tocar en un festipunk en el Teatro Independencia. Al mes, abandonaron en este orden: Fernando, Sebastián y por último Juan. De esa manera se produjo el final de la primera formación que tuvo Flema.

CAPÍTULO IV

El renacimiento

1

La deserción de cuatro integrantes de Flema dejaron a Ricky solo. Sin embargo, el Negro no se quedó con los brazos cruzados y se las ingenió para que su banda punk no desapareciera. Meses más tarde a la ruptura grupal fue hasta la casa de Corona y lo convenció para que se reintegrara aunque sea por un tiempo dentro del proceso de recambio. Paralelamente fue a buscar a Pebete -un ex compañero del Arcamendia que vivía también en Gerli- para que fuera el nuevo bajista del grupo. Ricky, por su parte, quedó como única viola y se hizo cargo de la voz. Como trío se presentaron una sola vez en vivo porque les costaba conseguir fechas. A esa altura, nadie ponía las manos en el fuego por Ricky. Es que en casi todas partes se habían quemado por sus reiteradas borracheras con los shows que ofreció con la primera formación del conjunto. Una vez tocaron en una canchita de tierra, que todavía existe dentro de un complejo de monoblocks llamado Barrio Güemes, en Avellaneda. No hubieron más de quince personas. A las dos semanas, Pebete pasó por la casa de Ricky y le comunicó que no pensaba seguir en la banda. Y no transcurrió mucho tiempo para que Sebastián también abandonara su puesto en la batería. La partida de Corona fue muy traumática para el Negro, ya que entablaban una fuerte amistad desde los comienzos del grupo. El batero se despidió un viernes en el que Ricky pasó de visita por su casa. Apenas recibió la noticia, el Negro agarró el cigarrillo que tenía entre sus labios y lo presionó una y otra vez en su brazo hasta que formó la F de Flema, a modo de tatuaje y de despedida de su amigo. Después tuvo problemas porque se le infectó la zona y no quiso ir al médico; se le llenó de pus e igualmente siguió arrancándose la piel. Aparentemente, Sebastián dejó el conjunto tras un episodio en el que Ricky se mandó una tremenda cagada con la novia del flaco. Fue borracho a la casa de la piba y le arrojó un pote de yogur a su madre por la cabeza. Eso colmó la paciencia de Corona, quien a partir de entonces tomó distancia por un largo tiempo.

Sin embargo no pasó mucho para que Ricky se las ingeniara para volver con Flema. Durante 1990 retomó la escuela secundaria. Como le faltaba rendir sólo un par de materias para finalizarla, se

anotó en el turno noche de la escuela Media 4, ubicada en Dónovan y De la Serna, pleno corazón de Gerli. Fue ahí donde la banda empezó a tomar forma de nuevo, porque en el curso del Negro estaban Fernando Rossi y Luichi Gribaldo. Estos dos eran muy amigos y además tocaban juntos en Sus Majestades Satánicas. Ricky, que solía ir seguido para lo de Fernando -porque era amigo de su hermano Santiago-, un día le ofreció hacerse cargo del bajo. Y Fer, ni lerdo ni perezoso, le hizo una contraoferta. Aceptaría ser bajista si Ricky se incorporaba como violero de Sus Majestades Satánicas. Al final hubo trato: el Negro tocó en la banda stone durante siete meses y Flema de a poco comenzó a resurgir nuevamente.

Luego de ver que Fernando se había animado al bajo, el segundo en incorporarse fue su hermano Santiago en la guitarra. Por último, tras haber probado varios bateristas, encontraron a alguien que a Ricky lo convenció de entrada. Su nombre era Alejandro Alsina y vivía en el barrio de Crucecita.

De inmediato, el nuevo Flema volvió al ruedo con los temas de Ricky a la cabeza. Durante todo 1991 se dedicaron a ensayar y consiguieron tocar cuatro veces en vivo: en un local de Lanús, en McArthur, en San Telmo (Bolívar al 1500), y hasta estuvieron por presentarse en Halley, pero al final se les cayó la fecha. Los ensayos se realizaban en el complejo musical La Viga, una sala nueva de Lanús ubicada en Sarmiento y Guido. Sus propietarios eran Pablo Podestá y Carlos Gardelini, actual guitarrista de Vox Dei

A partir de entonces, Ricky y los suyos compartieron muchos recitales con Sin Ley, un conjunto de Quilmes que caía en gracia al guitarrista devenido en vocalista. Alex Enema fue el nexo entre Ricky y el conjunto quilmeño, a fines de los ochenta.

Dudú, el cantante de Sin Ley, había tenido un accidente con una moto y se rompió la rodilla. Así y todo, se las ingeniaba para cantar con la pierna enyesada y Ricky lo solía cargar.

Hacia marzo de 1992, Alsina le consiguió un laburo a Fernando, que consistía en repartir volantes para el hipermercado Jumbo, donde él también trabajaba. A la semana se sumaron Luichi y Ricky porque les atrajo la idea. De esta manera, compartiendo más tiempo juntos, consolidaron su amistad. Un muchacho de Gerli que era amigo de Fer los alcanzaba en su camioneta todas las mañanas hasta la Avenida de Mayo, y de ahí partían a las oficinas centrales de Jumbo. Desde allí tenían que repartir volantes a lo largo de diez cuadras, ida y vuelta, entre las once y la una de la tarde. Como la empresa les daba sólo tres pesos para los viáticos y treinta pesos de

remuneración semanal, los tres no se tomaban el laburo muy a pecho: se metían a algunos edificios a dejar volantes y cuando cumplían tres cuadras, el resto lo arrojaban en la vía pública y se iban a tomar unas birras por ahí.
De todos modos, ganaron dinero, que les alcanzó para grabar un demo anterior al primer registro. Pocos meses después, lograron el ansiado primer casete. Lo llamaron Pogo, mosh y slam, y Ricky dibujó y pintó la tapita con sus propias manos. Lo presentaron en un repleto McArthur. El público de aquella noche conocía la etapa anterior del grupo y para ellos Flema era algo así como una leyenda. Y esa noche se generó mucha expectativa entre los fanáticos, que a esta altura ya tenían al grupo en un pedestal, pero todo se derrumbó porque Ricky estaba pasado de alcohol. Sólo tocaron tres temas y no dio para seguir. Esa situación generó un enojo generalizado por parte del resto de los integrantes, quienes decidieron abandonar el conjunto.
Durante un tiempo, Ricky siguió vendiendo el casete a conocidos y en diferentes locales de música de Capital y Gran Buenos Aires, hasta que un día pasó por la casa de los hermanos Rossi y les suplicó que volvieran a tocar con él. Entre tires y aflojes, los chicos terminaron por acceder.
Ricky solía sacar chapa por lo que significaba Flema dentro del circuito under. Por tal motivo, recibían propuestas para cerrar festivales punk. En esa época, los chicos tocaban por la camiseta. Ricky caratulaba a su banda como "alternativa". Así fue como definió a Flema en una entrevista que le realizaron en un programa radial under llamado Rebelión rock, que se emitía en FM Avellaneda. Pasaba que Nirvana tenía gran influencia en la cabeza del cantante. Por otro lado, acostumbraban promocionarse pegando afiches por la avenida Mitre. Ricky no participaba de las pegatinas: sólo se encargaba de llamar al suplemento Sí de Clarín para que le anunciaran las fechas en la agenda o bien se acercaba hasta las radios para dejar casetes. Como una noche en la que se mandó hasta la Rock&Pop y le dejó una cinta al Ruso Verea para que promocionara sus canciones. El Ruso fue el primero en pasar de onda un tema de Flema en una de las radios más comerciales del país. Le siguió Mario Pergolini, quien desde hacía un tiempo entablaba relación con Ricky porque el músico solía visitarlo cuando el conductor realizaba sus programas en la vieja radio de la Avenida Belgrano.
Pogo, mosh y slam vendió quinientos casetes en poco tiempo

(hacían fotocopias de la tapa original y regrababan en casetes vírgenes). Así y todo, Ricky prefería no darse manija con el asunto y frenaba el entusiasmo de sus compañeros diciéndoles que Metallica con su primer material había vendido diez mil copias de entrada.
Cuando no se trataba de algo relacionado con la banda, el punto de encuentro era en casa de los hermanos Rossi: Larrazábal 1060, Gerli, a unas ocho cuadras de donde vivía Ricky. Los Rossi eran hijos de padres desaparecidos en la dictadura militar y por eso vivían con su abuela Erminia Madeira, una jubilada ex Madre de Plaza de Mayo. El grupo de amigos solía encerrarse en la habitación de los hermanos y se castigaban con discos de los Rolling Stones, Led Zeppelin, Nirvana, los Ramones, Sex Pistols y Slayer (uno de los grupos preferidos de Ricky). Más que una habitación, el lugar se había transformado en una especie de aguantadero en donde además escabiaban a lo loco y consumían drogas. O si no se quedaban mirando la televisión hasta altas horas de la madrugada. Había un único motivo para que se juntasen allí por razones musicales: como ninguno tenía auto, cuando había algún show ponían como punto de encuentro esa casa y de ahí partían con los bártulos en colectivo.
Los fines de semana que no tenían que tocar, iban seguido a un kiosco que quedaba al lado de la desaparecida pizzería García Lorca en Avellaneda. El dueño, apodado el Turco, utilizaba el negocio como pantalla porque en realidad allí vendía merca. Entonces Ricky y los suyos se transformaron en habitués del falso kiosco. También paraban bastante tiempo en el Barrio Güemes, porque allí vivían Alejandro, Luichi y otros dos amigos del grupo: Gonzalo y Charly.
Pocas veces se juntaban en la casa del cantante de Flema. Por lo general esperaban que sus viejos emprendieran algún viaje para organizar alguna joda. Cuando esto ocurría, el grupo de amigos tomaba por asalto la casa de los Espinosa durante un par de días y por allí desfilaban toda clase de botellas de alcohol. En una de esas tantas fiestas, ya en 1992, Ricky escribió Más feliz que la mierda, canción que luego fue grabada en Nunca nos fuimos. Se inspiró en todo lo que sucedió una de esas noches dentro de su casa. Todos habían estado aspirando poxirrán, no tenían cigarrillos y armaban fasos con tabaco suelto. El más sacado era Luichi, que hasta le arrebató el poxirrán al cantante. Ricky se puso tan loco que por poco se lo comió crudo. Tuvieron que intervenir Fernando y otros

porque si no se pudría todo. En un momento, el Negro manoteó un bajo y se puso a componer. Por ese entonces estaba saliendo con una mina de Haedo llamada Laura, que en esa oportunidad no estaba presente.

Solo en la cama, mirando el techo
sin un amigo, con un Resero
pero por esto no he de sufrir
con un vinito soy feliz
Solo en la cama, mirando el techo
no está mi chica, vive muy lejos
pero por esto no he de sufrir
mirando tele soy feliz
Solo en la cama, mirando el techo
con mi bolsita de pegamento
pero por esto no he de sufrir
con mi bolsita soy feliz
Solo en la cama, mirando el techo
armo cigarrillos, fumando espero
pero por esto no he de sufrir
con mi tabaco soy feliz
mirando tele soy feliz
mirando el techo soy feliz.

(Más feliz que la mierda)

Ricky iba a la casa de Laura y cada dos por tres tenía problemas con la madre de la piba. La mujer no lo quería porque decía que llevaba por el mal camino a su hija. Como vivían bastante lejos uno del otro, no eran de verse muy seguido. Lo que unió a la pareja durante el único año que salieron fue el vicio por el vino y por las drogas. Además, Laura era punk y se vestía como tal. Ricky, cuando solía ir a verla, se tomaba el tren en Once y desaparecía de su casa durante un par de días. En Haedo, su chica tenía un grupo de amigos también del mismo palo. Todos se juntaban a escabiar con Ricky, quien de a poco comenzaba a transformarse en el estandarte del punk. Mientras duró la pareja, el vocalista era un amigo más de la barra del Oeste. Pero cuando se aburrió de la chica, no fue más para allá y empezó a parar en otros lados y a curtirse otras chicas.

En 1993, Flema entró a grabar una nueva producción. Se tituló Nunca nos fuimos, y todos los gastos corrieron por cuenta del grupo. Esta vez también lo editaron en casete pero con la tapa impresa. La primera tirada se vendió por completo a través de una disquería de Belgrano. Por eso se vieron obligados a ahorrar para reponer casetes y de inmediato seguir con las ventas.
La letra con la que Ricky dio el nombre al material decía así:

Juventud sin futuro, temprana decepción
drogas, violencia, desocupación
estado de muerte, repre-depresión
salario de hambre, locura y ambición
sabés muy bien que la máquina
sin contemplación te va a tragar
pero no te resignes y buscá venganza
te tomás mil pastillas, y con eso no alcanza
decime, explicame, cuál es tu plan?
jugar a los videos o aspirar poxirrán
nosotros con los chicos no nos aburrimos
planeamos atentados contra el presi y los milicos
o quemar alguna iglesia o robar un banco
cantar una canción que exprese nuestro asco!!!
Cuando nos sobra tiempo después de trabajar
tratamos de hacer lo que se llama pensar
no queremos a nadie si nos querés clasificar
somos de esa gente que nadie quiere abrazar
Nunca nos fuimos pero ahora volvimos
porque nunca entendiste lo que te dijimos
Somos tu muerte o tu nacimiento
nuestra negra bandera se agita con el viento
No cagué al sistema pero al menos lo intenté.

Aunque en Avellaneda eran un grupo famoso, nadie los iba a ver a sus recitales. Los únicos que nunca faltaban eran los amigos de Ricky de Gerli o los de Fernando Rossi, que paraban con ellos en Larrazábal. En cambio, en otras zonas del conurbano o bien de Capital, ya se percibía un mayor interés por el conjunto. Eso indicaba que los tres años anteriores habían servido para sembrar público en muchas partes. En sus shows se empezaban a ver remeras con el nombre del grupo que precisamente no las habían hecho ellos. Las primeras remeras de Flema las fabricó el local de ropas Locuras, que para ese año ya las exhibía en sus vidrieras al lado de otras de grupos importantes.

Otra novedad que trajo Nunca nos fuimos fue la incorporación de Gonzalo Díaz Colodrero como nuevo guitarrista. ¿Cómo cayó? Una semana antes de grabar el disco, Santiago se peleó con Ricky y decidió no tocar más en el grupo. Como Gonzalo siempre andaba con Fernando porque antes tocaba en Sus Majestades, y además conocía los temas de Flema, Ricky le ofreció participar de la grabación e incorporarse de inmediato como nuevo violero. Aunque tuvo un paso fugaz porque antes de fin de año abandonó su lugar.
Lo curioso fue que en Nunca nos fuimos terminaron grabando Gonzalo y Santiago. Pasó que Santi después se arrepintió y no quiso quedarse fuera de la historia.
Ricky y Santiago eran amigos pero no podían estar mucho tiempo juntos; de lo contrario, tenían feroces enfrentamientos, por los que más de una vez terminaron a las piñas. El Negro se caracterizaba por ser cargoso, y cuando le encontraba el costado débil a alguien, no paraba de darle manija y cargarlo hasta el hartazgo. En general, solía tornarse insoportable después de escabiar algunas birras.
En el mes de julio realizaron su primer viaje promocional junto a Sin Ley y fueron a Mar del Plata. Dudú, cantante de Sin Ley, se encargó de conseguir un micro viejo de larga distancia que supuestamente lo tenía que costear el organizador del show, un tal Gotán. Así y todo, los integrantes de Flema y Sin Ley se adelantaron y pagaron la ida especulando con que luego le retribuirían el dinero. Gotán era un delirante que organizaba recitales unders y además filmaba a grupos. Por eso lo apodaban El loco de las cámaras. Cuando arribaron a Mar del Plata, el hombre no tenía un peso encima y a los integrantes del grupo no les quedó otra que dejar a modo de seña la guitarra Fernandes de Gonzalo y un equipo Marshall para asegurarse que el dueño del micro los trajera de vuelta a Buenos Aires. El recital se llevó a cabo en el hall del cine Monumental y hubo doscientas personas presentes. En realidad, fue un viaje relámpago porque cuando finalizaron el show se subieron de nuevo al micro y volvieron a sus casas. En ese viaje, en especial durante la vuelta, hubo vicios de sobra: vino, birras, whisky, merca y faso a rolete. Y como era de imaginarse, Ricky le puso la frutilla a la torta: obligó a Laura, su chica de Haedo, a que le realizara una felatio al lado del resto de los chicos que los observaban mientras se destornillaban de risa. Luego de satisfacerse sexualmente no se quedó quieto ni por un instante. Mientras todos dormían, él no paraba de molestar al conductor del micro. A cada

rato le hacía detener el vehículo porque quería orinar. Y eso que tanto Flema como Sin Ley estaban en deuda con el hombre porque no habían pagado el regreso. Les llevó siete meses poder juntar la guita para pagarle, y recién ahí lograron recuperar el equipo y la viola de Gonzalo.
A fines de 1993, Alejandro Alsina dejó bacante su puesto en la batería. Es que se ponía a tomar merca y después no salía de su casa porque se perseguía. Por tal motivo, Flema tuvo muchos bateristas ocasionales que salvaron al grupo las veces que Alejandro faltó. A cargo de la batería estuvieron en diferentes conciertos David y Pepe Carballo, ambos de Sin Ley. Pepe, al año siguiente se sumó por completo como nuevo baterista de la agrupación de Gerli. La decisión de su incorporación fue unánime. Los integrantes de Flema desde hacía rato que lo miraban con ojos de buitres cuando se desempeñaba en Sin Ley. Y Pepe también tenía ganas de pasarse a Flema, pero nunca lo expresó. Además, desde hacía un tiempo aparecía muy seguido por la casa de Fernando y justo coincidía con que los Flema empezaban a entrar en crisis con Alejandro. Aparte, de la nada se transformó en compinche de Ricky, a quien llevaba en su auto de un lado para el otro. Era un pibe de buena posición económica y en ese sentido era marcada la diferencia entre él y el resto del grupo. Si hasta tenía un negocio propio de ropa skater en el centro de Quilmes. Así y todo, fue aceptado sin prejuicios desde el principio. Cuando se resolvió el tema del baterista ya no se les presentaba inconveniente alguno, excepto que Ricky subía totalmente zarpado a los escenarios y con la voz estropeada. De todos modos, nunca se olvidaba las letras de los temas y sus fans apoyaban su actitud. Siempre se revolcaba por el suelo con el micrófono pegado a su boca y el público lo ovacionaba igual.
Por otro lado, Ricky consiguió un trabajo en una fábrica de lápices que quedaba cerca de la cancha de El Porvenir. Allí laburó durante siete meses y llegó a ser encargado de sector. Terminaron echándolo por emborracharse en horario laboral.

2

Un año después, Flema firmó contrato con Sick Boys, un sello independiente que le editaría una nueva producción discográfica, que resultó ser el primer cd oficial. Llevó el nombre de El exceso y/o abuso de drogas y alcohol es perjudicial para tu salud, cuidate, na-

die lo hará por vos. El arte de tapa incluyó un dibujo del ying y el yang, y adentro, en los agradecimientos, Ricky mencionó a todos los kioscos, bares y clubes que solían fiarle cervezas o ginebra:

Pizzería Facundo (por las birras)-Roticería Oscar (por las birras)-Pirucho y Pirucha (por las birras)-Despensa Granja Blanca (por las birras)- Club El Expreso (por cuando me vendía, ahora no)-Club Villa Heredia (por las birras)-Club Villa Mercado (por las birras)-Bar El Torito (desayunos de ginebra)-Kiosco Mario (por las birras)-Kiosco Ariel (por las birras)-Kiosco Los mandarines (por las birras)-Kiosco FM (por las birras)-Kiosco Mari y Kichu (por las birras)-Kiosco Vila (por las birras)-Kiosco Rosemary (por las birras)-Kiosco Nelly (por las birras)-Kiosco de al lado de New Order (por las birras).

Con la salida de El exceso..., fue tal el entusiasmo de la gente del selló que al poco tiempo propusieron a Ricky reeditar Nunca nos fuimos en cd. Y fue un golazo. En el demo original había sólo seis temas, pero en el compacto figuraron dieciséis en total. Incluyeron la mayoría de canciones que habían quedado fuera de El exceso... Como curiosidad, en la tapa incluyeron una réplica de El Guernica, de Pablo Picasso.
Con dos cd bajo el brazo, Flema se empezó a ganar un lugar aún más importante dentro de la movida musical. A todos lados a donde iban a tocar, alrededor de unas quinientas personas pagaban sus entradas para verlos. Incluso en los festipunks que se realizaban en Cemento, ellos eran banda de cabecera. Pero así como les empezaba a ir mejor en convocatoria, comenzaban a sufrir algunos aprietes por parte de los skinheads. Y una tarde en una conferencia de prensa en la que también estaban presentes los Comando Suicida, a Ricky le preguntaron qué pensaba sobre la violencia que generaban los cabeza rapada y él contestó: "Los pelados son unos putos porque van a pegar de a muchos". Aparentemente, los integrantes de Comando no se hicieron cargo sobre las declaraciones de Ricky, pero de todas formas se lo comentaron a sus seguidores, quienes de inmediato buscaron a Ricky por cielo y tierra para increparlo. Inclusive se produjeron algunos enfrentamientos entre skins y punks en las afueras de Cemento. Los pelados intentaban localizar al Negro para golpearlo, pero como él siempre estaba resguardado porque lo acompañaban sus amigos de Gerli, que lo defendían, sólo una vez lo agarraron y lo castigaron: fue en La Fuente de Hurlingham, y los lastimaron a cadenazos limpios.

La presentación oficial de El exceso... fue en Arlequines. Lo organizó el sello discográfico y se hizo tiempo después de que saliera el disco a la calle. Esa decisión generó una discusión entre Ricky y la gente de Sick Boys porque estos decían que había que esperar seis meses para presentarlo oficialmente.
Cuando Santiago terminó de grabar su parte en El exceso..., que todavía no se había mezclado, se fue de Flema y pasó a tocar la guitarra en Sin Ley. Discutió con Ricky en la misma sala que era una llamada Texón, que quedaba en Monroe y Freire, en Belgrano. En realidad, no había un motivo musical para que dejase la banda, pero sus reiteradas discusiones con Ricky, por las cuales ya había amagado con irse un año antes, hicieron que esta última vez fuera definitiva. Pasaba que Santiago percibía algo que le molestaba bastante: Ricky cantaba a desgano los temas que no eran de su autoría. De hecho, el resto del grupo también se lo planteaba, pero hubo un momento en que el violero no lo toleró más y explotó. En las discusiones, Ricky no admitía que fuera así, pero después de decírselo cambiaba de actitud y por lo tanto quedaba en evidencia.
Ante la desvinculación de su hermano, Fernando se sintió como entre la espada y la pared. Por un lado respetaba a Ricky y por el otro le gustaba cómo tocaba su hermano y pensó que había tomado una decisión incorrecta. Por pensar así, Santiago sintió que Fernando no lo respaldó. De golpe, a Flema la faltaba un violero y sobre la marcha convocaron a Luichi como nuevo integrante. Su incorporación fue medio como de emergencia. Lo que lo ayudó fue que un par de veces en las que Santiago había faltado, Luichi lo suplantó. Incluso había estado presente durante la grabación del disco. Para colmo, Ricky le propuso que saliera con ellos en la foto de tapa aunque no hubiera tocado la guitarra. Luichi aceptó sin problema y ante los ojos de la gente quedó como el guitarrista del disco, aunque nunca tocó porque en realidad lo había hecho Santiago. Cuando a Santiago se le pasó la bronca, accedió a varias invitaciones que le hicieron para que tocara como músico invitado cuando no tenía fechas con Sin Ley. Su presencia era un apoyo importante para el grupo y en especial para Luichi, quien todavía no se había afianzado en su rol. Justo para esa época, Flema comenzó a tocar seguido junto a un grupo punk llamado Doble Fuerza.

3

Por Luichi, guitarrista de Flema

A Ricky y a mí nos llevaban siempre presos. Recuerdo una vuelta en Avellaneda y otra en Retiro, cuando teníamos que tomarnos el tren para ir a tocar no sé a dónde. Esa vez estábamos jugando a las piñas. Ricky estaba con su chica. Estábamos con Fernando. Yo estaba ahí muerto del día anterior, recontra fisurado. Se puso a pegar con Fernando y en eso entró el patrullero en el medio de la entrada de Retiro. Pidieron los documentos y nos llevaron a todos. A Ricky y a mí, adentro del calabozo. Los otros zafaron. Nos quedamos un día hasta que mi vieja pagó la fianza de los dos. Fueron veintiocho pesos por cada uno. Todavía Ricky se la debe. No se la pagó más. Mi vieja tuvo que sacarlo a él porque o si no el viejo de Ricky lo dejaba ahí. Es que a esa altura estaba podrido de ir a rescatarlo de las comisarías.

Una vez estábamos en San Diego, un bar de zona sur, vino la razzia con un colectivo y nos llevaron a todos a una seccional de Quilmes. Me acuerdo que cuando nos dejaron libres, los dos fuimos a comprarnos una birra y nos pusimos a tomarla en la puerta de la comisaría. En eso apareció el comisario y nos dijo: "Ehhhh... ¡ustedes de vuelta por acá! ¿Quieren que los meta de nuevo a la celda?".

Ricky cada dos por tres caía preso, y lo peor era que la cana siempre lo cagaba a trompadas. Una vez, cuando el Negro se enteró que estábamos detenidos, tuvo un gesto impresionante: nos llevó la comida hasta la comisaría. Nos dejó un estofado y también una carta, porque estábamos incomunicados. Decía lo siguiente: "Ya van a salir. Cuando salgan vamos a estar juntos de nuevo". Fue grosso porque sabíamos que él nunca quería pasar ni siquiera por la vereda de esa comisaría, porque solía caer muy seguido. Así y todo, se la jugó y fue a llevarnos la comida. Estuvimos presos desde un viernes hasta el lunes.

En la época en la que entré a Flema, antes de que vinieran los Ramones, tocábamos siempre Honky town woman, de los Stones, hasta una vuelta en la que se pudrió todo. Fue justo cuando vinieron por primera vez los Rolling, a principios de 1995 y en Cemento. Justo yo llevé una remera de los Stones. Recuerdo que me estaba cagando de calor, me saqué el buzo y quedé con la lengua expuesta. Había ochocientas personas a favor y ochocientas

en contra de nuestra postura. Nos escupían, nos tiraban botellas, pero a nosotros no nos importaba. Tocamos un blues, un rocanrolito más que no recuerdo, una canción de AC/DC, Cáncer y nos fuimos a la mierda porque si no nos mataban. Ricky estaba abajo y con el micrófono le preguntó a un fan: "¿Qué opinás de todo esto?". Y un chaboncito gritó: "¡Ustedes son unos hijos de puta!". Después cuando se calmaron, Ricky nos hizo retomar otro tema: "Chan chan chan chan, chan chan chan chan...". Y la gente otra vez: "Ehhhhh... ¡hijos de putaaaaa!". Después vino Pilsen y Piltrafa preguntó: "¿Qué es un puterío o un recital de punk rock?". Y toda la gente estaba a favor de Pilsen. "¡Andá a cagar, Pilsen!", le contestamos nosotros. "¡Preferimos los puteríos!", lanzó Ricky. Cualquiera la postura de Pilsen. Se quiso ganar a la gente así, porque siempre se mandaba mocos con todos. Hasta a los 2 Minutos los bardeaba.

Ricky no podía ver ni pintado a ANIMAL. No se los bancaba. Les tomó bronca porque una vez -estaba tocando Gonzalo cuando esotocaron con Flema y ANIMAL bardeó. Tenían que prestarnos los equipos y no lo hicieron. Cuando tocó ANIMAL, Gonzalo le prestó el equipo a Giménez. Cuando le tocó subir a Flema, los chabones se hicieron los boludos, se ortivaron, levantaron sus equipos y se fueron a la mierda. Ahí se produjo una discusión fuerte. Ricky los recontra puteó y casi se pudre todo. En realidad al que no se bancaba era a Gimenez, no lo podía ni ver. A Ricky tampoco le cabía Fito Páez porque era hippie.

Ricky era el ying y el yang, el bien y el mal. Arriba de los escenarios no le importaba nada. Yo le he visto dejar de cantar, pelar la poronga y ponerse a mear a la gente que estaba abajo. Sólo él hacía ese tipo de cosas.

4

Dos mujeres y un hijo

En 1995, en un recital que Flema ofreció en Cemento, Ricky conoció a quien sería la madre de su hijo. Su nombre era Valeria, tenía quince años y era una chica punk.

La joven, de contextura delgada, solía vestirse con ropa oscura y usaba remeras con inscripciones de Flema o de los Ramones. Vivía en Dock Sud, precisamente en un barrio al que se denomina "Entre vías". Por las tardecitas, solía juntarse con otros de su mismo palo

sonas que lo conocían bien de cerca: el Titi y el Mono, quienes también se vinculaban con Los íntimos, pero la diferencia radicaba en que conocían al cantante de Flema con mayor profundidad. Todos ellos cuentan con infinidades de anécdotas y además acompañaron de cerca el fanatismo del cantante por el club de sus amores: El Porvenir.

A continuación, los testimonios.

Por Los íntimos

"Una vez fue al puntero y le dijo: '¡Dame todo! ¡Quiero todo!'. Le dieron merca, pepa, faso. Se hizo un cóctel. Después fue a la esquina y vomitaba. Decía: '¿A ver qué comí?', y se lo volvía a tragar".

Huguito: *En los últimos tiempos a Ricky no lo dejaban entrar aquí en El expreso bar por hacer bardo. Traía a todas sus minitas. Una vuelta llevó a una mina arriba del mostrador y le empezó a tocar el culo. Aunque los viejos se re deliraron a él no le importó. Lo echaron porque se quería trenzar a trompadas con todos los viejos. Por eso no lo dejaron entrar nunca más. El era de bardear, salir re loco. Cuando estaba loco, ¡aguantate la que se venía! Nosotros le decíamos Chucky. Después de tocar en algún lugar venía con fans de otro lado, por ejemplo de Morón. Después los echaba a patadas de puro loco que estaba. La gente no entendía nada. Les empezaba a pegar y les decía que se fueran a la mierda. Sabés lo que pasa, todos lo tenían como un ídolo y cuando venían no podían creer lo violento que se ponía. Y a pesar de que los cagaba a trompadas, los chabones lo querían igual porque seguían viniendo. El decía: "Yo soy un negro de mierda pero sé más que vos y que todos. De historia, de lo que me quieras preguntar". Y era verdad. ¡Tenía cultura!*

Diego: *Un día le presté mi auto para ir a ponerla. El chabón estaba re en pedo. Andaba por todos lados. Media hora después apareció todo barrilete. Entré al auto y el asiento estaba todo mojado. Le pregunté qué había pasado. Y resulta que la meó a la minita. Según Ricky, ella le pidió que la orinase y él no dudó en hacerlo. Después de eso, nunca más volví a sacar el auto del garaje. Era fanático de El Porvenir. Por ahí estaba de gira y suspendía todo para venir a ver al Porve. Llegaba re duro al barrio.*

Huguito: *También era un tipo muy gamba. Cuando cobraba dos o tres lucas se quedaba de gira con la muchachada. Quería tener un equipo Marshall JCM 900. Decía que era su sueño. En ese momento salía una luca y media. Yo le decía: "Por qué no le das plata a Meche para que te la guarde y en un mes te lo comprás. Si no te la delirás". Es que gastaba todo a los dos días.*

Diego: *Siempre jodía con que se iba a suicidar. Una vez estábamos acá en la esquina y llegó con uno de los pibes de la banda. Estaba muy drogado. Se balanceaba para todos lados. De repente me imploró a los gritos: "¡Dame un vidrio que me corto!". Yo le decía que se dejara de joder las pelotas. La cuestión es que encontró un pedazo de vidrio de botella de gaseosa en la calle y empezó a cortarse el brazo. Se tajeaba una y otra vez. Se hizo cinco rayas enormes. Un par sangraban, otras no. Yo me cagaba de risa porque ya lo conocía. Siempre se lastimaba. Era autodestructivo. Se tiraba en la calle y nos comprometía. Se acostaba en el medio de la vereda como si fuera una cama. La gente que pasaba tenía que esquivarlo. Nosotros lo sentábamos contra la pared, le poníamos una gorra, lo dibujábamos. Después se caía y se acostaba en el piso otra vez. Se daba vueltas por el piso. Como nosotros estábamos ahí fumando unos porros, decidíamos tratar de arreglarlo para no dejarlo en banda.*

Huguito: *Cuando estaba escabiado, si pasaba alguna persona desconocida por su lado, él quería boxearlo. Una vez estábamos en el medio de Lacarra y se empecinó con que quería tomar una birra y terminamos comprando. Yo le decía que se tranquilizara porque ahí estábamos muy expuestos. El chabón igual saltó de la nada y le tiró un botellazo a un tipo que pasaba por la calle de enfrente.*

Diego: *Una vez vino el puntero y el Negro a los gritos: "¡Dame la merca! ¡Dame la merca!". Hizo un tremendo escándalo. El puntero le dio la merca y se fue rajando. Después pasó una vieja y le dijo: "¿Qué mirás, vieja?, ¿querés un pase?".*

Cristian: *Una vuelta lo crucé por acá en Lacarra. En una cuadra le pegó a cuatro chabones. Pasaba y los ponía. Decía: "Aguante el Porve". Tenía la cara pintada. Bien punk. Recuerdo que un sábado jugaba el Porve y el chabón fue a la cancha el viernes. Era de mañana y golpeaba como loco las puertas de chapa del club. Fue como tres veces caminando desde El expreso hasta allá.*

Huguito: *¡Uhhhhh! ¡Jugaba Quilmes y el Porve en la cancha de acá! Pasaban todos los de Quilmes por Lacarra. En ese tiempo*

parábamos en Flecha bar. Justo cuando estábamos por cruzar nos agarró el semáforo y Ricky mandó: "¡Aguante el Porve, hijos de puta, que nosotros tomamos Brahma!". ¡Pum! ¡Les arrojó una botella de vidrio! ¡Nos queríamos morir! ¡Ellos eran una banda y Ricky se mandó esa! No le importó nada.

Huguito: *Una vez Diego le pegó un chicle en el pelo y él se arrancó el mechón. Me lo quedé yo. Encima había fans que venían hasta acá y me lo querían comprar. ¡Increíble!*

Diego: *Traía minas de La Boca, de San Telmo, de acá a la vuelta. Lindas, feas, de todo. Se las llevaba para la terraza de su casa. Entraba, saludaba a sus viejos y se las llevaba para arriba. La mayoría eran chiquititas de edad. Como él era famoso, le resultaba fácil ganarse minitas de su palo. Una vez lo acompañé a Clarín a hacer una nota con 2 Minutos. Se realizó en un bar que está en la esquina del diario. Cuando finalizó, volvíamos en un remise de acá. Me senté con el chofer y Ricky iba detrás con una minita de La Boca con la que andaba. En un momento me tocó el hombro, me di vuelta y vi que se estaba haciendo tirar la goma en el asiento de atrás. Yo me quería morir. Siempre hacía eso: le encantaba que se la chupen y que lo vean. Me hacía cagar de risa.*

Baco: *Un día el chabón estaba re dado vuelta. Estábamos en la esquina. El había discutido con Valeria, la mamá del hijo, y me dijo: "Baco, todas las minitas son putas. Son todas putas. Mi novia, tu novia". En un tiro no le di más cabida porque estaba bardeando. Si estaba Verónica, la hermana del Mono al lado mío. Encima ella era mi novia. No tenía nada que ver lo que estaba diciendo. E insistió: "Baco, Baco!". ¡Pum! Me puso una trompada porque no le daba más cabida. Un par de veces cayó en cana yendo a ver al Porve. Lo que pasa es que siempre lo cachaban cuando estaba barrilete. Le re cabía estar loco. La hinchada tiene banderas de Flema. La voz de él sobresalía entre todas. El conocía a mucha gente de la hinchada vieja. Con el Tano de la hinchada de Independiente tenía buena onda. Compartían historias de merca y otras cosas. Compartió muchísimos asados con la barra del Porve.*

Diego: *Una vez fue al puntero y le dijo: "¡Dame todo! ¡Quiero todo!". Le dieron merca, pepa, faso. Se hizo un cóctel, igual estaba pilas. Después se fue para la esquina. Vomitaba y se comía su propio vómito. Decía: "¿A ver qué comí?", y se lo volvía a tragar. Yo había fumado y estaba un poco escabiado y no quería saber más nada. No podía entender cómo el chabón todavía estaba pilas.*

Me acuerdo cuando llegó con un tajo enorme sobre la ceja. Le pregunté: "¿Qué te pasó? ¿Quién te hizo eso?". Encima el chabón con las manos se abría más el agujero y gritaba como un perro para horrorizarme. Esa vez me confesó que era depresivo y autodestructivo.

Baco: *Tenía historias por todos lados. Lo conocía todo el mundo. Una vez fuimos a grabar a La Viga, lo acompañé, entramos a grabar y después nos tomamos unos vinos. Cuando salimos había un chabón que había venido de Morón y él le convidó de nuestra botella. Si hasta había gente que decía emocionada: "¡Me llamó Ricky!". Es que él agarraba el teléfono y llamaba a sus fans. Era increíble. Hasta les regalaba sus compactos.*

Por el Titi

"Antes de sacar el disco, una vez estábamos en una esquina sentados y me dijo: "¿Te imaginás, Titus (me decía así), si algún día llego a sacar un cd, tocar en Cemento?". Recuerdo que le respondí: "Estoy seguro de que vas a llegar. Estoy seguro porque estás caliente con eso".

Nos conocimos en 1986. A la noche nos íbamos por ahí, de kiosco en kiosco. Empezábamos siendo un grupito de diez y cuando estaba todo bien se quedaban todos, pero cuando se caldeaba el ambiente se borraban de a poco. Es que Ricky era insoportable cuando estaba escabiado. Pero lo queríamos igual. Yo siempre era el último en quedarme a hacerle la teca.

Antes de sacar el disco, una vez estábamos en una esquina sentados y me dijo: "¿Te imaginás, Titus (me decía así), si algún día llego a sacar un cd, tocar en Cemento?". Siempre supe que iba a llegar. En ese entonces, él era el único que había quedado de Flema. Ya se habían ido todos los de la primera formación. Recuerdo que le respondí: "Estoy seguro de que vas a llegar. Estoy seguro porque estás caliente con eso. Te gusta hacer música". Y el chabón llegó.

Generalmente, parábamos en la puerta de mi casa y él se perseguía mucho con la cana. A veces nos quedábamos en la esquina de República del Líbano y De la Serna (ahí parábamos con todos los pibes). El andaba medio cagado cuando estaba careta. Si estaba re loco no le importaba ni un carajo la cana ni nadie. Un día es-

taba en Quilmes, otro en Avellaneda o en Capital. Entraba a El expreso o terminaba en cualquier bar o kiosco.
Ibamos juntos a la cancha. El iba porque era el club de su barrio. Yo lo llevaba a la cancha. Con nosotros venía el Mono y mi hermano. Al principio el chabón estaba bien. Pero a lo último estaba estropeado. Entonces iba a la casa y se ponía la remera del Porve, desafiante. Salía a la calle y se iba por ahí. Gritaba: "¡Aguante el Porve!', en cualquier lado. No le importaba nada. De hecho, una vez me lo encontré un mediodía y él venía de gira. Pasaba la gente y él tenía puesta la remera del club y gritaba: "¡Aguante el Porve!". Los tipos que pasaban cerca lo miraban con temor. Y él iba y les encajaba una trompada. A cualquiera: grandes o pibes. Era un día de semana. Entonces me acerqué y le pregunté: "¿Por qué le pegás a la gente?". Y él me respondió: "Y porque yo quiero que me digan ¡aguante!, ¡aguante!". Y como no le decían nada, él iba y les daba una trompada.
Otra vuelta yo estaba haciendo un trámite dentro de un banco en Lacarra y De la Serna y se escuchaban gritos que venían de la calle. Era Ricky que otra vez estaba hecho mierda, con la camiseta del Porve puesta. Típico borracho: se bamboleaba para todos lados. Había un camión de Quilmes que estaba levantando cajas de cerveza vacías de un almacén y de repente arrancó. Entonces, Ricky, en un tiro, empezó a correrlo y encaró al chofer: "Eh, eh, ¿vos qué sos?, ¿de Quilmes?". El pobre chabón que estaba laburando lo miraba sin entender. "¡Aguante el Porve!", mandó. También era pleno día de semana. Y la gente lo miraba asombrada. Vivía sin límites. Un Día de la Primavera nos fuimos a Villa Elisa. Unos dicen que lo tiraron, otros que se cayó de un tren. Un tipo que estaba en el vagón contó que Ricky estaba colgado del tren gritando: "¡Dale Porve!, ¡dale Porve!". Estaba volviendo de Villa Elisa. Eran como las siete de la tarde y de nuestro grupo de amigos sólo faltaba Ricky. La cuestión es que después me enteré de que el chabón estaba tirado en un descampado de Berazategui con una pierna quebrada. Estuvo inconsciente durante un tiempo hasta que empezó a gritar y unas personas lo escucharon. Fueron a ver y lo encontraron en el descampado cerca de la estación. A las doce de la noche fuimos para el hospital de Berazategui. Era la época en la que tiraban a la gente de los trenes. Por eso fue un cana a tomar los datos sobre lo que pasó y le preguntó: "¿Te tiraron o te caíste?". Y él le respondió: "Qué te importa. Yo no soy buchón". El cana puso cara de culo y se fue. Cuando llegamos,

todavía estaba borracho. Fumaba en la cama del hospital. Un desastre.
Mi vieja lo apreciaba mucho. ¡Y eso que una vez le arrojó una bolsa de basura sobre la cabeza! Ella salió de casa y dejó la bolsa de basura en la vereda. Justo pasaba Ricky, agarró la bolsa y se la revoleó. Mi vieja, indignada, le preguntó: "¿Qué hacés? ¿Estás loco?". Y Ricky mandó: "Uhhh, Norma, discúlpeme, ¡estoy re loco!". Mi vieja no se enojó porque ya lo conocía.
Odiaba cuando le pedían autógrafos. Sólo le gustaba que lo saludaran, tomar una cerveza con la gente y tocar la guitarra. Si le pedían que le firmaran la remera, los sacaba cagando. No le cabía hacerse la estrella.
Hubo otra época en la que llegaba re loco a casa y me tocaba el timbre, pero yo ya medio que lo cortaba. Llegó un momento en que me pudrí porque me estaba comiendo garrones con mis viejos. Lo aguanté un tiempo. Es más, hasta algunos amigos me llenaban la cabeza diciéndome que no le diera más bola. Un día lo agarré y le dije: "Mirá, Ricky, con vos está todo bien. Podés venir a mi casa todas las veces que quieras, pero en cuanto estés arruinado te corto el rostro. Si nos arruinamos juntos, te aguanto a morir. Pero si venís re loco a mi casa a tocar el timbre, juro que te cierro la puerta en la jeta. Y no te enojes, al otro día no me vengas a decir que estás enojado conmigo. Te lo digo ahora que estás careta". Se lo aclaré. Capaz que al otro día caía igual re loco y le cerraba la puerta en la cara. "Después hablamos, Ricky, disculpame", y le cerraba la puerta en la cara. Al otro día cuando nos veíamos de nuevo y estaba careta, no se mostraba enojado, al contrario. Pasa que yo le había sido sincero.
Muchas veces que fuimos a pelear junto a la hinchada del Porve zafábamos de los ratis. Pero después en circunstancias pelotudas, como la de colarnos para entrar gratis, nos llevaban presos. Siempre en la misma celdita de la 1ª de Lanús. Dos o tres horitas, hasta que terminara el partido. Antes de entrar a la cancha, parábamos en una pizzería que quedaba en De la Serna, entre República del Líbano y Elizalde. Se llamaba El Patriarca. Teníamos una mesita con sombrillita en la vereda. Estábamos escabiando un par de horas y recién después encarábamos para la cancha. Una vez, en un enfrentamiento entre barrabravas, el Negro se comió un puntazo en la cola.
Cuando conversábamos, Ricky hinchaba las pelotas con que algún día se iba a suicidar. Es que si te ponías a hablar en serio con él te

dabas cuenta de que no había poronga que le gustara de este mundo: "La política es una mierda, el mundo es una mierda, la gente es una mierda...", solía decir. Pensaba que el sistema era una mierda. No es que pensaba sino que sabía que cualquiera lo iba a cagar.

Su familia no lo podía sostener. Los padres, zarpados de buenos, sus hermanos también. Una familia de diez. El hermano y él eran el día y la noche. Con la hermana se llevaba mejor. Yo me daba cuenta de eso porque veía cómo se trataban en su casa. Por cualquier cosa venía a casa. Cuando salía algo sobre él en el diario, cruzaba con el recorte: "¡Mirá, salí acá!". El sabía que a mí me gustaba ver cuando salía en los diarios.

Una vez nos corrieron de un cumpleaños de quince, en Villa Caraza. Fuimos de colados. Ricky estaba re pesado. Jodió tanto que la gente del cumpleaños terminó corriéndonos. Yo zafé porque me tiré en el jardín de una casa. A él lo agarraron y lo estropearon. Igual se cagaba de risa. Cuando cayó al piso se clavó un vidrio en la mano y aparte le habían roto el hueso de la ceja a trompadas. Encima les hacía chistes, los gastaba diciéndoles: "¡Pará que tengo lentes de contacto!". Otros amigos míos que andaban por ahí fueron y lo levantaron en un auto y lo llevaron a una salita. Mientras la médica le cosía la mano, Ricky se la encaraba: "¡Qué linda que sos!", le decía. La mina después nos dijo: "La próxima vez, tráiganlo bien, tráiganlo fresco". Y él no escarmentaba. No tenía límites. No es que uno podía pensar que le iba a servir de experiencia. ¡No le importaba un carajo nada!

Me acuerdo que una vuelta yo estaba entrando a casa. Hacía frío y eran como las tres y media de la madrugada. De repente escuché gritos. Pensé: "Ese es Ricky, capaz que está con los chicos en la puerta de la casa". Entonces encaré para ahí. Cuando llegué estaba Ricky en calzoncillos, envuelto en una frazada. Lo saludé y me dijo: "¿Qué hacés? Mirá, estoy solo. Tengo una birra acá. ¡Vamos a bailar a la calle!". Lo miré y le pregunté: "¿Qué decís, Ricky?". Empezó a hacer un saltito de indio en el medio de la calle. Después me dijo: "Mirá lo que hago", y se sacó la frazada, se sacó el calzoncillo y quedó en poronga bailando. Encima gritaba. A todo esto, los vecinos espiaban lo que sucedía por las ventanas. Se escuchaban los ruiditos de las persianas. Yo no le dije nada. Me senté y me empecé a cagar de la risa. Qué le iba a decir

Era estar horas en Flecha bar. Arrancábamos a las dos de la tarde y después se seguía hasta la madrugada. Yo me iba, cumplía mi

horario de laburo y volvía y Ricky todavía estaba ahí. Siempre rodeado de conocidos. Le fiaban. Una noche llevó una guitarra y se puso a cantar. Tocaba temas de los Stones. Sabía un montón de temas. No hacía canciones de Flema. Cuando escribía una canción, al primero que se la traía era a mí. Una vez le hizo una letra a una vecina que vive a tres casas de la mía. Que es una negra con pelo largo y petisa. Si la vez de atrás parece una pendeja, está re fuerte. Pero cuando se da vuelta te querés matar porque está toda arrugada. Igual está buena. Ricky estaba enloquecido con ella. Siempre decía: "¡Qué buena que está, qué buena que está!". Nosotros siempre decíamos que feo sería tener una vieja que está fuerte y te la miren todos. De ahí saco el tema Que linda nena es tu mamá:

No es que me confunda, no sé si está mal
si me arrimo a ella, me hace transpirar
su cuerpo, puedo imaginar
parece una nena pero es tu mamá
Qué linda nena es tu mamá!!
Qué linda nena es tu mamá!!
Un día fui a tu casa, para verte a vos
y me atendió ella, sólo en camisón
me sirvió unos wiskies y me los tomé
mientras te esperaba la pasé muy bien!!
Qué linda nena es tu mamá!!
Qué linda nena es tu mamá!!

Cuando pasó lo del tren le pusieron un clavo en la pierna. Así y todo iba en muletas a cualquier parte. Una vez lo llevamos a upa a una bailanta porque el chabón quería escabiar y en la casa no podía. Se llamaba Lunita Tropical. Quedaba en Lacarra y Casacuberta. El chabón pidió que lo llevaran ahí. "No Ricky, estás tomando remedios! ¡Boludo, no podés escabiar!", le decíamos. Y el insistía: "No, dale, vamos, vamos, llevame, llevame". Al final lo llevamos y se puso re en pedo. Luego quiso caminar y se cayó. Los padres después nos cagaron a pedo a todos, ya que los medicamentos que tenía que tomar eran obligatorios y el chabón le mandaba litros de alcohol encima y cortaba el efecto del remedio. Con muleta y todo, una vez se agarró a trompadas con un tipo. El chabón le pateó una muleta, se la partió, y él con la muleta rota le hizo un tajo en la cara. Ricky hizo todas las

que te puedas imaginar. Zafó que lo mataran de un tiro. Una vez le dispararon y no le pegaron. Fue un tipo del barrio. En el barrio lo invitaron a un solo cumpleaños. El chabón escabió a full. Estaba sentado y se caía de la silla. Lo terminaron echando. Era el cumpleaños de otro Ricky. Cuando terminó el cumpleaños, salimos todos a la puerta y Ricky estaba insoportable. El siempre la quería seguir. Eran las dos de la mañana. Y claro, todos laburábamos al otro día. Entonces uno se fue para la casa y los otros también. Y Ricky se quedó en el medio de la calle solo. Se entristeció y dijo por lo bajo: "Hijos de puta, se van todos y yo me quedo solo". Se tuvo que ir a la casa también. Esa noche se puso triste. Se quedó mirando. De ahí sacó un tema que decía: "Me dejaron solo como a Jim Morrison en la película". Y siempre lo repetía.

Ricky conseguía para pagar la birras con los discos que vendía, o le regalaban plata la hermana o las minitas con las que andaba. Le compraban de todo, lo que sea. Eran chicas de dieciséis años. Estaban tan calientes con él que hacían cualquiera: "¿Qué querés, Ricky, una bolsa? Vamos a comprar".

Cuando se suicidó el cantante de Nirvana, a Ricky le pareció bien. "Podrán decir que es una tontería lo que hizo, pero el tipo tendría sus motivos para hacerlo. Para mí si no querés vivir más, no vivas más y punto". Kurt Cobain, Bryan Jones, Jim Morrison... eran sus ídolos, todos los que se habían hecho mierda. Admiraba a esa gente. Un día había discutido fuerte con un chabón que le dicen el Toti, y luego lo invitó a pelear. Le dijo que se sacara las ganas y que estaba dispuesto a combatir. Es más, le insistió varias veces, pero el chabón arrugó. Ricky, de bronca agarró una piedra y se la estampó en la ceja. Se hizo un tajo terrible que le empezó a sangrar y gritaba: "¡Dale! ¡Vení a pelear! ¡Ya estoy roto!". Lo hizo porque el otro no le quiso hacer el aguante. Ricky estaba re molesto esa tarde. Todos empezaban a ir hacia El expreso. Se hacían los boludos. ¿Y quién quedó? Yo, como siempre. Me dijo: "La verdad que sos el único que se queda. Los demás son todos unos putos". Era una tarde de frío y nos quedamos en la esquina.

A principios de los noventa, se puso lentes de contacto color miel. Y en una época cuando tenía el pelo corto me decía: "Titi, ¿te acordás cuando yo era lindo? ¿Te acordás que tenía ojos claritos, pelo largo y teñido? Tenía pelo largo y mechones amarillos, rojos, verde, azul. Estaba más flaco. Mirá lo que soy ahora: estoy gordo, tengo el pelo corto, negro, tengo un diente roto y encima estoy usando anteojos".

Otra anécdota: una vez le robamos el auto al viejo. Era un Chevrolet 400. El padre había dejado las llaves arriba del televisor. Vino Ricky y me dijo: "Tengo las llaves del auto". Fuimos hasta el estacionamiento, que quedaba en la esquina de Heredia y Elizalde. Abrimos la cortina y el auto no arrancaba. Lo sacamos empujando y Ricky le chocó la puerta contra un borde de la entrada del garaje. Le abolló toda la puerta. Antes de salir ya le habíamos roto el auto. Empezamos a empujar entre los dos. Justo pasaba una patrulla que no la vimos en el momento ninguno de los dos, pero por suerte siguió de largo. Arrancó el auto y manejó hasta las chapas. Yo pensaba que nos matábamos. No frenaba en las esquinas y doblaba como venía. En un tiro, en Lacarra, el chabón venía rozando a los coches estacionados. No se daba cuenta, estaba mirando otras cosas. Gritaba: "¡Suban, suban, tengo el auto!". Nos fuimos por todos lados, manejando mal, haciendo cualquiera y el chabón no chocó. El único momento en el que rompió el auto fue cuando lo sacamos del garaje. Cuando llegó el viejo se dio cuenta al toque. Además de la puerta encontró encendedores tirados. Y Ricky le dijo que mi abuela estaba muy mal y que yo lo había ido a buscar para llevarla al hospital. ¡Mirá lo que le dijo al viejo! En el momento de mentir, Ricky era muy rápido... tenía ocurrencias raras. Tenía treinta y pico de años y hacía cosas de un chico de quince.

Reportaje al Mono

"A mi hermana y a mí nos dijo que nos iba a dejar un testamento antes de morir. Fue hace como diez años. Yo le decía: 'Dejate de joder... un testamento... ¡la concha de tu madre, boludo! ¿Qué estás diciendo?'. Aparte, ¿testamento de qué? Si el chabón dormía en un sofá, no tenía ni pieza, sus padres eran re humildes".

-¿Cómo se conocieron?

-Sus viejos eran muy amigos de los míos y porque los cuatro eran deportistas. Me quería mucho y charlábamos bastante a pesar de que yo era once años menor que él. A veces muchos se le acercaban cuando estaba mal y Ricky era un demonio. No era Ricky, se transformaba, pero igualmente era vivo, muy vivo. Al que le ponía cara de miedo, el Negro lo agarraba para la joda. Mis viejos siempre lo tomaron como a un chico con problemas. Con Ricky nos

quedábamos escuchando música y qué sé yo... Fue pasando el tiempo y él me empezó a mostrar las cosas que hacía a nivel musical.

-¿Y por dónde andaban? ¿Siempre por el barrio?

-Sí, por el barrio. A Ricky sólo lo ibas a ver en la calle cuando andaba re loco. Y no sólo lo ibas a ver vos sino todo el mundo, porque la verdad es que le gustaba llamar la atención. Y lo lograba, porque hacía unos quilombos bárbaros. ¡Cada quilombo! Pero mal: a las viejas no las podía ni ver, a los italianos les decía: "¡Tanos de mierda, hijos de puta!". Así se iba ganando la bronca de mucha gente. Pero cuando Ricky estaba careta, era el mejor: vos te ponías a hablar con él y era una persona llena de sentimientos, te decía tres palabras y en la cuarta se ponía a llorar. Era un chabón angustiado, no sabría decirte por qué, pero le gustaba mucho la droga. Y como lo habían metido tantas veces en cana, de golpe se perseguía y optaba por tomarse remises de un lado para el otro.

-¿Otras anécdotas?

-Una madrugada vino a casa haciéndose el víctima. Le pedía a mi vieja que le abriera la puerta porque había perdido las llaves de su casa. Después se puso a hablar en la cocina con mis viejos; ellos le recomendaron que se acostara. Le dieron unas frazadas para que se tirara en mi pieza y lo hizo. A todo esto, él estaba al lado mío, y yo me hacía el boludo porque si me levantaba cagaba. La cuestión es que el chabón estaba esperando que se fueran todos a acostar, y cuando no escuchó un ruido, empezó: "Diego, Dieguito... prestame diez pesos, vamos a tomar una...". Y me insistió por un rato. Como yo le decía que no y me hacía el dormido, él se levantó, les pidió a mis viejos que le abriesen la puerta y se fue. Otra historia que fue mortal: venía de caravana y se metió en el auto de mi viejo. Mi papá tenía un Renault 6, que no andaba bien y lo dejaba estacionado en la puerta de casa. Una vez que entrabas no podías salir más. La cuestión es que Ricky se metió durante la madrugada con una birra, y a la mañana intentó salir y no pudo. Encima hacía un calor tremendo. Entonces empezó a los gritos: "¡Abrime, pelado, la concha de tu madre!". El pelado era un puto que vivía en frente de mi casa. Mis viejos se habían dado cuenta y estaban cagándose de risa. Mientras, Ricky seguía pateando las puertas del auto. Después le abrieron y salió empapado, con la cerveza en la mano, re caliente, iba solo por la calle cagándose de risa y a las puteadas. Otro día escucho desde mi cuarto: "¡Aguante el Porve!". En la esquina de mi casa había pasto crecido y salí a ver de dónde venían los gritos y no veía a nadie. De repente veo que de entre el pasto

aparece Ricky con una birra en la mano y gritando: "¡Aguante el Porve!".

-¿Pasaba mucho tiempo en tu casa?

-Sí, y hablaba bastante con mi hermana Verónica. A los dos nos quería mucho y nos dijo que nos iba a dejar un testamento antes de morir. Fue hace como diez años. Yo le decía: "Dejate de joder... un testamento... ¡la concha de tu madre, boludo! ¿Qué estás diciendo?". Aparte, ¿testamento de qué? Si el chabón dormía en un sofá, no tenía ni pieza, sus padres eran re humildes. Él nunca tuvo nada, pero fijate lo que pensaba años atrás. Él sabía que iba a llegar a algo. A eso voy: Ricky sabía que lograría grabar más discos, que la gente iba a gritar su nombre, que iba a llenar Cemento. Por aquel entonces no lo hacía. No llevaba más de doscientas personas.

-¿Te contaba sus cuestiones sentimentales?

-Una de las cosas más profundas de él, que no la pudo vivir, fue su hijo, Lucas. Cuando nació el nene, se lo veía ahogado en un vaso de agua. No era "me eché un polvo con una y la dejé embarazada"... ¡era la madre de su hijo! Él seguía re loco y trataba de no tocar el tema para no angustiarse. Hasta que lo dejó de ver definitivamente, porque apareció Meche en su vida. Creo que ella influyó para que Ricky no viera a su hijo, algo que yo nunca compartí. Pero él aceptó porque estaba muy enamorado de Meche, pero bueno, era entre su enfermedad y el amor que sentía por ella. Sé que le dolió en el alma y que no lo supo manejar. Eso fue un detonante en su vida. Si él pensó en algún momento en no estar más, me parece que lo fue meditando durante el tiempo que no vio a su hijo.

-¿Ricky tuvo intentos de suicidio?

-Un par. Una vez se tomó una caja de pastillas y lo agarraron justo a tiempo. Creo que Meche y Sebastián Corona lo cachetearon para que no se durmiera, después lo llevaron al hospital y le hicieron un lavaje de estómago. Eso sucedió en 1998.

-¿Cómo se llevaba con sus hermanos?

-Con el hermano no se llevaba porque era muy careta, un pibe derecho. Y con la hermana todo bien, siempre la respetó. Lo que yo notaba era que ellos sentían vergüenza de Ricky; es más, en el casamiento de mi hermana que fue hace cinco años se armó quilombo, pero mi hermana no lo iba a dejar de invitar. Era una fiesta para gente pituca, todos de trajes, y en eso veo a Ricky con borcegos, medio duro, y con una mochila, en la que traía un short y la camiseta del Porve. Cuando empezó a hacer quilombo, la hermana lloraba indignada. Lo que pasa es que Ricky era así.

CAPÍTULO VI

Casi famosos

I

Tras la edición del disco El exceso..., en el año 1994, a la banda liderada por Ricardo Espinosa se le empezaron a abrir las puertas dentro del mercado rockero. Es que la venta del disco fue sorprendente desde el primer momento en que se editó. Sin ir más lejos, recién en esa época comenzaron a ver algo de plata después de los recitales. Cobraban alrededor de doscientos pesos por show. Mientras estaba Santiago en la banda, el dinero se repartía entre los cuatro integrantes más antiguos. Luego, sólo Ricky y Fernando pasaron a ganar a porcentaje. En cambio Luichi cobraba un fijo de treinta pesos. Y los representantes se llevaban el treinta por ciento sobre las ganancias totales. Ellos, precisamente, eran la gente de Sick Boys, encabezada por Jorge Antonio. Su labor con Flema consistió en organizar la primera gira del conjunto por el interior del país, que incluyó Tandil y las provincias de Rosario y Neuquén. A pesar de la alegría por parte de los integrantes del grupo, todo no fue color de rosas en aquellos primeros viajes. En Neuquén, por ejemplo, los trataron mal. Tocaron en el Comedor Universitario de la capital neuquina y los organizadores del show los alojaron en una casa prácticamente vacía. Como era pleno invierno, no les quedó otra que padecer un frío de morirse con temperaturas que por la noche llegaban a ocho grados bajo cero de sensación térmica, y encima no contaban con frazadas para abrigarse. Por si fuera poco, sólo les proporcionaban unos paquetes de fideos para que ellos mismos se los hicieran en una precaria cocina de la que sólo funcionaba una hornalla. El pésimo trato que recibieron generó un tremendo enojo por parte de Ricky y Fernando. Más aún cuando se enteraron de que los organizadores locales del show eran los mismos que habían llevado a tocar a Todos Tus Muertos a esa ciudad. Y esa vez, el grupo había recibido un trato totalmente diferente al de ellos. Aparentemente al conjunto de Fidel Nadal se los trató como a unos dioses: los hospedaron en una casa con mayores comodidades y hasta tenían televisor por cable. Además, cuando pedían que les consiguieran sandwiches de migas o Coca-Cola, por decir algo, enseguida se los alcanzaban.

Semejante disparidad, que también fueron notorias en otros lugares

en los que se presentaron, llevaron a que Ricky tomara la determinación de rescindir el contrato con el sello. Fue así que Flema se asoció con el Chino y Huevo, dos muchachos que se dedicaban a managerear bandas del palo y contaban con una productora llamada Maratones Producciones. A los dos meses de arreglar con Flema los nuevos representantes habían organizado un nuevo itinerario que incluía una gira por el interior y entrevistas en diferentes radios y en televisión. En principio se realizaron unos viajes que incluyeron Rosario, Mendoza, Córdoba -participaron del Festival Nuevo Rock Argentino- y San Juan. Para sorpresa del grupo, en todos los lugares que se presentaron contaron con buena recepción por parte de los organizadores y del público. Alrededor de trescientas personas pagaban sus entradas para ver a Ricky y compañía en acción. Lo notable era que todos se sabían los temas de Nunca nos fuimos y de El exceso..., pero nadie conocía el proceso que Flema vivió durante la década del ochenta. Ignoraban la existencia del disco Invasión 88, en el que participó el grupo, y hasta muchos pensaban que el tema Fernando anda en skate lo había escrito Ricky en homenaje a Fernando Rossi. A medida que iban transitando diferentes rutas, la agrupación se daba cuenta de que no se habían equivocado en elegir al Chino y a Huevo, porque a partir de entonces todo era distinto: los alojaban en lugares civilizados y eran tratados como artistas. De hecho, la vez que les tocó parar en San Juan, apenas bajaron del micro ya los estaba esperando una combi con vidrios polarizados para llevarlos al hotel. En la misma estación y antes de bajar del ómnibus, Pepe les dijo en joda a Fernando y a Ricky: "Aquellos nenes con guardapolvos nos están esperando a nosotros". Y no se equivocó, porque cuando subieron a la combi, el grupito de escolares los corrió detrás del móvil como si se tratase de los integrantes de un conjunto súper conocido.

Ricky, por su parte, se mostraba tranquilo y no bebía ni una gota de alcohol. En realidad Meche era el motivo por el cual no se zarpaba, ya que ella lo había acompañado en aquella gira. Es que Ricky le había puesto una condición al Chino: "Si vamos a tocar en algún lugar, tiene que venir Meche". Por un lado era positivo para todos porque eso significaba que Ricky no hiciera quilombo, pero por el otro era un problema porque los costos terminaban siendo muy altos: había que pagarle el pasaje y el hotel a una persona más.

Luego de la gira 95/96, la banda efectuó una serie de conciertos en

los que fueron teloneros de conjuntos internacionales que visitaron nuestro país. Los dos primeros shows fueron con Dee Dee Ramone, en New Order, un desaparecido local de Belgrano. Esa vuelta, los integrantes de Flema se habían propuesto subir caretas al escenario y sólo consumir agua mineral. El primer día lo hicieron, pero percibieron que el público tuvo una actitud fría frente a ellos mientras que duró su set. Entonces al otro día Ricky propuso una reunión para analizar el asunto: "Che, ayer tocamos caretas y la gente hacía poco pogo. Hoy vamos a tocar como somos nosotros", arengó. Cuestión que antes de salir al ruedo, Fernando le arrojó al Negro durante un buen rato agua sobre la cara para despabilarlo porque estaba doblado por la cantidad de alcohol que tenía encima. Se rescató sólo para cantar un tema y medio y luego se cayó del escenario, que medía dos metros y medio de altura. Para su suerte, justo cuando estaba por el aire, un hombre de seguridad que estaba arriba del escenario se arrojó para salvarlo, lo levantó de los pelos y lo incorporó de nuevo en escena.

Detrás llegó quizás el recital más importante en la historia del grupo: junto a los Ramones en el estadio de Obras Sanitarias. Para promocionarse como el grupo soporte, unos días antes fueron al programa de Mario Pergolini, quien luego del reportaje los invitó para que tocasen más adelante en Promúsica.

Rock&Pop fue el encargado de traer a los Ramones y, por intermedio del Chino y Huevo, Flema logró ser una de las bandas teloneras del mítico grupo de punk rock neoyorquino.

Para mitad de 1996, Flema compartió el escenario con los españoles de La Polla Records, en Cemento. Entre las dos noches se juntaron cuatro mil personas en la rockería de Omar Chabán.

Desde que Meche apareció en la vida de Ricky, al principio todo empezó a cambiar. El Negro se cortó el cabello tipo carré y hasta solía usar anteojos con aumento. Pero lo más importante fue que comenzó un tratamiento para combatir sus adicciones. Es que Meche fue fundamental porque se predispuso a alentar a su novio para que dejase el alcohol y las drogas.

Comenzó a concurrir al I.M.P.A.A. (Instituto Municipal de Prevención y Asistencia de las Adicciones), que quedaba en las calles Belgrano e Italia, Avellaneda. Bajo condiciones del tratamiento, el Negro estuvo encerrado durante tres meses sin verse con sus amigos. Como la abstención al alcohol y a las drogas se le tornaba complicado, el analista le recetó ansiolíticos, que de alguna manera le calmaban la ansiedad por falta de consumo. Igual, durante el

tiempo de recuperación, el Monito, su amigo del barrio, presenció en un par de oportunidades a Ricky bajo efectos de merca. Sin embargo, el cantante luego de ingerir la droga solía tomarse diez ansiolíticos para estabilizarse y que nadie se diera cuenta.

Ricky procuraba por todos los medios no pasar seguido por la casa de Fernando Rossi porque allí las cosas seguían en su curso normal: cervezas y cocaína a cualquier hora del día. Su actitud causó gracia entre los integrantes del grupo, quienes no podían creer la repentina transformación del bardero cantante de Flema. Si hasta solían cargarlo irónicamente: "¿Hasta cuándo vas a hacer esto por tu noviecita?". Incluso el psicólogo le había recomendado que se alejara durante un tiempo de Flema. Cuando el Negro les comentó el planteamiento de su analista, Fernando estalló de la bronca y le dijo: "Vos no estás nunca con nosotros. Si tenés una recaída no va a ser por culpa nuestra". Claro que para Ricky era más fácil responsabilizar a los otros que hacerse cargo de sí mismo.

En los primeros tiempos, Meche le ponía el hombro cuando su novio recaía. Por eso los dos primeros años de la relación fueron los mejores. Es que por ella, Espinosa hacía el esfuerzo para estar mejor, pero era prácticamente en vano. Una tarde cayeron unos punks a su casa y le tocaron el timbre. El no quería salir porque sabía que le iban a ofrecer drogas y alcohol. Después de un buen rato de charla los hizo pasar para no tener que salir y caer en la tentación. En eso, uno de los crestas le dijo: "Ricky, tengo plata, ¡vamos a tomar unas birras y un par de papeles!". El Negro de inmediato se negó y les confesó que estaba en pleno tratamiento de rehabilitación. Aun así, el cresta insistió: "Ah, bueno, está bien, ¿me acompañás al kiosco a comprame una latita de birra?". Y fueron, nomás.

2

La palabra del psicólogo

El licenciado Omar González es quien acompañó a Ricky en su período de rehabilitación en el IMPAA.

Aquí hay tratamientos individuales y grupales. Ricky se negaba a las entrevistas con familiares. El era un tipo duro pero que lo friccionabas y encontrabas dulce de leche. Tenía una gran sensibilidad. Sus mayores inconvenientes venían por el lado de la fa-

milia. Ojo que adoraba a sus padres. Venía tres veces por semana. Los lunes y jueves a sesiones grupales, desde las 18 hasta las 21. Y los miércoles por la mañana a sesiones individuales, que duraban cincuenta minutos. El se interrelacionaba con los del grupo.

Aquí vino solo, lo mandaron de su zona. Luego él también mandó a chicos con dificultades de su barrio. Acá nunca se le dio el alta. Hizo abandono del tratamiento. Después reapareció por dificultades en el vínculo con su pareja. No vino en plan de tratamiento, sino de "service". Cuando se va un paciente siempre le dejamos las puertas abiertas para que vuelva.

Ricky era un tipo simpático y entrador. Se llevaba bien con todo el mundo. Aquí exhibía los colores de su cabello teñido. Era un buen pibe, salvo cuando "trabajaba". Digo así porque funcionaba como un adolescente.

Ricky nunca pudo superar el alcohol. Su problema era de estructura emocional. El alcohol y los tóxicos se agregaban por el ambiente al que pertenecía. "¿Cómo un rockero punk no va a consumir?", solía decir. Ese era su ropaje de rockero. Decía que le resultaba imposible. Le gustaba mucho su laburo. El tema de "las juntas" es relativo. Pero el ambiente en el que se movía le resultaba tentador.

Su fuerte era la terapia grupal. Participaba con mucha soltura en el psicodrama y en las escenas. Le gustaba mucho la vida y se notaba en su relación con los otros del grupo. Había mayores y menores que Ricky. A los menores, que tendrían veinte años, él los sobreprotegía, les recomendaba que se cuidaran.

Solía decir que era feo pero lo utilizaba como método de seducción. Tenía una mentalidad de adolescente. El, como todos los músicos, no quería llegar a viejo. Nunca se presentó intoxicado en este lugar. Sólo venía con malestares de angustia. El problema era el mismo de siempre: su rol, su papel. ¿Cómo un tipo va a hablar del diablo vestido de sport? Suponía que la gente esperaba de él una "conducta bardo". Por un lado, no le importaba nada y por el otro tenía convicciones morales muy fuertes. De su hijo hizo mención recién en su segunda aparición. Ese tema también sacudía la relación con su novia; ella, aparentemente era una chica celosa.

3

Para fines de 1996, se cortó por completo la onda entre Ricky y

Pepe, el baterista. Desde hacía un tiempo que los roces entre ambos se multiplicaban. Ricky no se bancaba que Pepe se fastidiara con él cuando se zarpaba de alcohol. Incluso una tarde en la que estaban reunidos en casa de Fernando, se despachó contra el batero: "Cuando querías entrar a Flema, todo bien conmigo. Ahora que estás adentro, las mismas cosas que antes te bancabas ahora te molestan, ¿cómo es eso?". Al Negro nadie le sacaba de la cabeza que Pepe era un trepador. Con ese clima, Flema entró a grabar Si el placer es un pecado, bienvenidos al infierno, su tercera placa -que vendió siete mil copias-. Durante la grabación, ambos integrantes no se hablaron y realizaron sus tareas cada uno por su lado en salas separadas. Era más que sabido que Pepe terminaba de grabar y abandonaba a la banda, pero como había firmado un contrato con los productores junto a Ricky y a Fernando, no le quedó otra que esperar hasta el final.

La grabación fue dentro de un clima caótico y se realizó íntegramenete en los estudios Del Abasto al pasto, en la zona oeste del gran Buenos Aires. El alcohol fue el que gobernó aquellas tardes veraniegas en el predio. Al principio, el Negro se comportaba como un señorito: el primer día de la grabación almorzó una lata de atún al natural, bebió agua mineral y de postre comió un kiwi. Ante semejante cuadro, el resto de la banda no pudo evitar cagarse de risa en su cara, aunque lo respetaban. De todas formas, esa conducta le duró poco y nada porque dos días después capitaneó el desorden y descontrol que prevalecieron hasta el día que abandonaron el lugar. El disco reunía veinte temas, en su mayoría bajo la autoría de Ricky. Sólo uno, Vahos del ayer, pertenecía a Fernando Rossi. También contaron con la participación de Ricardo Iorio, cantante de Almafuerte, recitando una frase de un poema de Charles Bukowski:

"Mi alma borracha de vino es más triste que todos los árboles de Navidad muertos del mundo".

Lo notable fue que para las fotos de tapa e interior, Pepe no se prestó porque dejó la banda antes de realizarse la sesión. En su lugar posó Pablito Martínez, nuevo batero de Flema, que venía de Flemita, la banda paralela que Ricky formó en 1996. A partir de esa época, el vocalista readoptó el viejo método de pintarse la cara y teñirse mechones de sus cabellos de diferentes colores, como solía hacerlo en la década del ochenta, cuando recién se había for-

mado Flema. Además, de vez en cuando aparecía con polleras arriba del escenario. Cuando los fans del grupo veían a Ricky producido de esa manera y encima cantando el hit del disco nuevo, Nunca seré policía, al instante se producía el éxtasis.

Hoy me encuentro solo, sentado en un rincón
pensando en muchas cosas, buscando una razón.
Mirando al pasado, los días que yo viví,
traté de buscar en vano el modo de ser feliz.
Tuve mil mujeres y mil gente conocí
pero igual estoy vacío y no puedo ya fingir
Quítense la máscara y vean la realidad,
el que nunca estuvo solo no conoce la amistad.
Todos sabemos que los amigos de verdad
nunca te mandarán preso y nunca lo harán
y lo que rescato después de tanto sufrir
que sólo una cosa no voy a elegir:
nunca seré policía de provincia ni de capital,
nunca seré policía de provincia ni de capital.

(Nunca seré policía)

Durante el resto del año '97 viajaron por barrios del conurbano: San Martín, Quilmes, Morón, Temperley y Burzaco, entre otros. En invierno fueron soportes de dos grupos internacionales que visitaron el país. Primero tocaron con Offspring, en Autopista Center, y unos meses después lo hicieron con Green Day, en el Parque Sarmiento. En ambas noches, el público no tenía mucho que ver con los seguidores de raza de Flema; a lo mejor, porque los grupos de cabecera eran contemporáneos y hasta se los tildaba de conchetos en la atmósfera punk argenta. Para dichos shows, la agrupación se presentó con un integrante nuevo: Gustavo Brea, un guitarrista de Sarandí que venía de tocar en Mal Necesario, una banda que hacía covers de los Ramones. Su incorporación tuvo que ver con el abandono total de Santiago Rossi como músico invitado. De esa manera, Brea pasó a ser el acompañante de Luichi en las violas. Por su parte, Ricky pasaba sus días entre tires y aflojes por el tema de la lucha contra sus propias adicciones. Su abstinencia, que era a medias, le generaba una falta de inspiración para componer canciones. Entonces, como para no angustiarse tanto, trataba de refugiarse más aún en su novia, con quien salía a pasear por ahí, iban a los cines del Alto Avellaneda Shopping o bien solían cenar afuera bastante seguido. Muchas veces comían en La Facultad, un bar antiguo que todavía está ubicado en una esquina frente al Hospital Fiorito.

Mientras Ricky se encontraba con el dilema de cómo manejar su historia personal, a la banda le iba cada vez mejor. Claro que la fidelidad de sus fans tenía mucho que ver con el buen presente que estaban atravesando.
Una madrugada, mientras el grupo estaba esperando para salir a escena en Cemento, cayó al camarín Gotango, el videasta que los había llevado por primera vez a tocar a Mar del Plata, y les dijo: "Me robaron la cámara y como no tengo un mango voy a hacer un recital aquí para juntar plata para comprarme una nueva. Me gustaría contar con el apoyo de ustedes". Aunque los Flema siempre cobraban por tocar, esa vez accedieron porque Gotango era un tipo muy querido dentro del palo. "Está bien, poné a Flema", le respondieron. Al final, en el volante de promoción figuraban como veinte bandas. Aparentemente, el hombre había ido a hablar de la misma manera con 2 Minutos, Attaque 77 y el resto de los que aparecían en la lista. Y supuestamente todos les habían dicho que sí. Pero cuando llegó la fecha, que se realizó un domingo por la tarde en Cemento, la realidad decía otra cosa: tanto Attaque 77 como 2 Minutos estaban de gira; o sea, Flema pasó a ser la única banda grossa que supuestamente se iba a presentar.
Aquella vez, Cemento explotó en capacidad. Alrededor de mil seiscientas personas compraron sus entradas, pero como sobre la marcha se enteraron que las bandas por las que pagaron no iban a tocar y encima el inicio de los shows se demoraba porque no estaban instalados ni los equipos arriba del escenario, el grueso del público enfureció y rompió todo lo que encontró en su camino. Salieron a la calle y se desató el caos: rompieron autos y cabinas de teléfonos. Fue la gota que rebalsó el vaso para que los vecinos del local de Monserrat volvieran a tirarse en contra de Omar Chabán, porque desde hacía rato que estaban luchando por el cierre de su rockería "por ruidos molestos y por el mal ambiente que se juntaba en la cuadra los fines de semana por las noches". Al final, Flema fue la banda que cayó en la volteada y de inmediato se corrió la bola de que esa tarde el recital era de ellos. A partir de aquello, Ricky y su gente no tocaron más en Capital porque los dueños de los reductos temían a su público. Flema sólo pudo despedir el año

en el centro, fue el 13 de diciembre en el Superclub, con la presentación oficial de Si el placer es un pecado, bienvenidos al infierno.

Ricky, por todos los medios intentó conseguir fechas pero era imposible. Lo mismo sucedía con el Chino y Huevo, quienes no encontraban manera alguna para que el grupo que managereaban tocase en el circuito porteño. Como producto de la situación, el vocalista repudiaba por todos lados la actitud de quienes le cerraban las puertas y definía la circunstancia como un "boicot a Flema". En un reportaje que publicó el Suplemento Sí de Clarín fue lapidario con Chabán por adoptar la misma actitud que sus pares: "Entiendo que Chabán tenga miedo de que toquemos en su negocio. El me dijo que yo sabía que nunca discriminó a ninguna banda y yo le contesté que siempre hay una primera vez".

Sin embargo, a pesar de lo sucedido, la discográfica Polygram estaba interesada en firmar contrato con ellos, pero al final no hubo acuerdo. Por eso, una de las pocas cosas que hizo Flema durante 1998 fue editar un nuevo trabajo en forma independiente. Lo llamaron Resaka y era, según el Negro, "un trabajo de mierda". El disco estaba compuesto por canciones que habían grabado para Si el placer es un pecado... y que al final quedaron afuera. A esos registros se sumaron otros en vivo. Por eso Espinosa no quería que saliera a la calle. Prefería entrar de nuevo a estudios a grabar otros temas, pero como tenían contrato con Malasaña -uno de sus propietarios era Carlos Tórtola-, no le quedó otra que acceder. Así y todo no se privó de criticar a los cuatro vientos el propio disco de su banda para que su público no lo comprara. Lo loco era que se producía un efecto contrario: cuanto más criticaba Ricky, la gente más iba a comprarlo. El nombre del disco quedó reflejado en la letra de Ahogado en alcohol:

¿Sabés? Me estoy sintiendo mal. Y doy mil vueltas sin girar
el sol calienta sin quemar. Tal vez hoy deje este lugar.
Creo que estoy tocando fondo. De mis actos no respondo.
Se desdibuja mi sonrisa. La angustia hoy me marchita.
Ahogado en alcohol. Ahogado en alcohol...
Perdí otra oportunidad. Me ves, no puedo ni hablar.
A vos no te voy a engañar. Pensé mi mente anestesiar.
Creo que estoy tocando fondo...
Ahogado en alcohol. Ahogado en alcohol...

En el mes de mayo, el Chino y Huevo consiguieron que el grupo cruzara los Andes para presentarse por primera y única vez en Santiago de Chile. El 15 por la mañana arribaron al aeropuerto chileno y fueron trasladados a un lujosísimo hotel en una combi. En calidad de invitada también viajó Meche porque Ricky quería que registrara todo con su cámara, ya que ella se había recibido de videasta en la Escuela de Cine de Avellaneda y acababa de comprarse una cámara para filmar. El festival se realizó en el Microestadio Monumental de Colo Colo, y se vendieron seis mil entradas para ver a la banda de Ricky, a 2 Minutos y a Bebés Paranoicos, un conjunto punk local.

Por la noche, cuando los Flema arribaron al microestadio para ofrecer su show, se encontraron con que cientos de carabineros poblaban las afueras, y muchos punks se enfrentaron a estos con palos y piedras. Sin embargo, nada grave sucedió -sólo uno que otro detenido- y por suerte el festival transcurrió en paz. Ricky subió al escenario totalmente careta porque sólo bebió agua y cerveza Liberty antes del set. La razón de su buena conducta era clara: Meche estaba cerca para controlarlo.

La vuelta a Buenos Aires trajo sólo la alegría de haber tocado en otro país, ya que aquí las cosas seguían de la misma manera: Flema era mala palabra para los dueños de las rockerías porteñas. A todo eso, unos meses más tarde se sumó una pálida para los integrantes de la agrupación: el 5 de noviembre asesinaron a un amigo de su entorno. Su nombre era Charly Mijangos. Nunca tocó con ellos pero siempre estaba haciéndoles compañía. Durante un tiempo cantó en un grupo llamado Barrabás. Charly, por lo general acompañaba a Flema para todos lados y además ayudaba a levantar los equipos, a armar y a desarmar. Lo mataron una tarde en la Villa Tranquila y sus amigos todavía sostienen que fue de rebote. Acercó con su auto a un amigo de su barrio hasta esa zona marginal para que hiciera su transa. Ese muchacho tenía una deuda con los punteros y, como no se hizo cargo del asunto, aparentemente como represalia ellos intentaron robarle el auto. Charly se resistió y le dispararon a sangre fría y lo mataron. Ese hecho afectó demasiado el estado anímico del cantante, ya que encima su banda estaba sin tocar hacia rato en Capital.

Lo extraño de 1998 fue que aunque Flema prácticamente no tocó en vivo, de igual manera tenían presencia en los medios que difundían rock. Estuvieron en el programa de Mario Pergolini poco después que sacaron Resaka, fueron dos veces a un programa en

Canal 7 que se llamaba La página del rock, les realizaron un mini reportaje en MuchMusic y además estuvieron en Canal 13. En realidad, fue Ricky solo hasta el canal de Constitución. Resulta que la novia del Chino trabajaba en la producción de Forum y por su intermedio consiguieron que Espinosa se prestara para un caso de un chico que era reprendido por su madre porque escuchaba los discos de Flema. En realidad, era porque las letras de Ricky hablaban sobre drogas y el muchachito tenía hermanitos más pequeños que podían escucharlas de rebote. De alguna manera, el músico pasó a ser como el abogado defensor del niño y Luis Moreno Ocampo, quien presidía el caso.

Resultado: Moreno Ocampo no le prohibió al niño que escuchara Flema pero sí que lo hiciera con un walkman, así sus hermanitos no escuchaban las letras. A Ricky le gustó ir a Forum porque quería salir en Canal 13. Le pagaron cincuenta pesos por salir al aire y lo llevaron y trajeron a su casa en remise. El programa se emitió un lunes al mediodía. Y la publicidad del fin de semana adelantaba lo que iba a suceder ese día. Mostraban una bandera de Flema e imágenes de Ricky mientras anunciaban lo que se iba a ver. En definitiva, el Negro se cagó de risa por salir en un canal "serio" y por otro lado lo vio como una manera de promocionar a su banda.

Hacia fin de año, Ricky abandonó por completo su tratamiento de rehabilitación. A los integrantes de la banda les dijo que le habían dado el alta. Incluso hasta el propio Fernando no podía creer lo que le estaba diciendo. "El médico se equivocó. ¡Cómo te va a dar el alta! Eso es mala praxis. ¡Qué vas a estar curado!", le dijo cagándose de risa. Sin embargo, Ricky se mostraba contento y exclamaba una y otra vez que no era más drogadicto. Igual le seguía la corriente a Fernando y también sonreía por detrás como dándole un poco la razón pero sin hacerse cargo. Y como era de esperarse, el Negro no tardó mucho en recaer. Tanto sus padres como los amigos y los fans de Flema sabían lo que Ricky estaba haciendo, pero Meche ni enterada... hasta que un día se enteró y se pudrió todo.

CAPÍTULO VII

Proyectos paralelos

1

Flemita

Con el objetivo de participar en un compilado de bandas punk, a principios de 1996 Ricky Espinosa grabó las voces, las guitarras y el bajo de dos temas, acompañado por Pepe, el entonces baterista de Flema. Las canciones elegidas fueron Ella está tatuada y Nihilismo, que salieron en el compilado Punk Rock Colección, editado por Triple Sello. Dentro del contrato de la grabación del disco figuraba una cláusula en la que decía que con la salida de dicho material también debía realizarse una presentación en vivo de los temas, por lo cual Ricky se agrupó junto al Hongo (ex bajista de Sin Ley), Marcelo Lorenzo (batería) y Miguel Viñuales (guitarra) -los dos últimos eran integrantes de Disculpen al Nono, una banda de Olavarría-. Al final sólo se reunieron para ensayar porque la presentación del compilado no se realizó, por lo tanto Miguel como Marcelo siguieron con su grupo. A principios de 1997, y con la idea de difundir canciones de grupos punk poco conocidos que le acercaban sus demos y de tocar algunos temas más experimentales, el Negro se calzó la guitarra -después de muchos años sin hacerlo en vivo-, se quedó con el Hongo en bajo y convocó a Pablito Martínez (ex Flagelo, de Gerli) para la batería. De esa manera se formó Flemita y juntos empezaron a tocar en vivo por todos los lugares posibles, obviamente cuando Ricky no tenía compromisos con Flema. "A la hora de hacer música, las individualidades desaparecen y si la persona que está a mi lado capta el sentido de la música, da lo mismo que sea un miembro de Flema que de Flemita. Flemita es una excusa para poder grabar letras de bandas que son poco difundidas y editar materiales más seguido, ya que por contrato con Flema sólo puedo editar un disco por año", declaró el líder punk al fanzine Tiempos metálicos. A los pocos meses, el nuevo grupo de Ricky también participó de otro compilado que se llamó Palo y a la Bolsa. Que no estás y Cheto puto fueron los dos temas que figuraron en la lista.

Casi hacia fin de año, Flemita comenzó a grabar su primer cd: Underpunk. Para el mismo incluyeron veintiún temas con covers de

Mal Momento, Sin Ley, Prisión Preventiva, Flema, Embajada Boliviana, además de temas propios que tenían por ahí sueltos, como No existís, canción que Ricky escribió luego de pelearse con uno de los responsables del sello Sick Boys, por presunta estafa a Flema:

Con tu sonrisa falsa y palmadas en mi espalda
quisiste atraparme y no pudiste hacerme nada.
Tu lucro me molesta, tu mujer apesta,
me cago en tu contrato, chupa-sangre, come mierda
Para mí estás muerto. Para mí estás muerto.
Para mí estás muerto, vos, tu jermu y tu sello
Me cago en vos!!!
Mucho prometiste y nada cumpliste.
Quisiste robar todo pero todo lo perdiste.
Tu sello no me importa, yo estoy en otra historia,
a los larvas que no pagan me los paso por las bolas.
Para mí estás muerto, para mí estás muerto.
Para mí estás muerto, vos, tu jermu y tu sello.

El disco estuvo en la calle el 16 de diciembre y lo editó el sello independiente Xennon Records, al mando de Sergio, quien todavía cuenta con su local en la Galería Colón, en pleno centro de Quilmes.
En 1998, Flemita volvió a participar de un compilado punk en el que se incluyeron los temas Acelero y Ella está tatuada. Y, hacia fin de año, Xennon le produjo el segundo y último disco que el grupo de Ricky y de su aliado el Hongo lograron editar. Se tituló Raro? Raro tenés el orto, y contenía fotos de mujeres obesas posando desnudas o con diminuta ropa interior. Y en la parte inferior de la portada aparecía una advertencia: "Contiene letras y fotos que podrían dañar la moral y buenas costumbres". Esta vez la distribución estuvo a cargo de DBN (Distribuidora Belgrano Norte), que además realizó la difusión del material discográfico. Hubo una cosa que llamó la atención en la placa: grabaron dos covers de Sin Ley, uno de los Rolling Stones en castellano (Mientras caen la lágrimas) y los demás pertenecían a Ricky. La canción Extractus ex infernus estaba escrita al revés y era una supuesta adoración al demonio. Después aparecía Nihilismo, esta vez grabado oficialmente en uno de sus discos. "En esta letra de alguna manera me autodefino", señaló el cantante punk a una revista del palo cuando

apenas salió el cd a la calle. La letra decía así:

Solo en la cama/no tengo nada que hacer.
Y ahora qué? Y ahora qué?
abrazo la almohada/no tengo una mujer.
Y ahora qué? Y ahora qué?
Duro en la cama/y sin nada que beber.
Y ahora qué? Y ahora qué?
Tengo la birome/y no tengo un papel.
Y ahora qué? Y ahora qué?
Nada por hacer!!
Nada en qué creer!!
Nada por perder!!
Y ahora qué?
Si desaparezco/nadie se va a enterar.
Ni mamá/ni papá.
Un grano en la arena/solo uno en un millón.
Solo estoy/solo estoy!!
Nada por hacer...

Tanto Nihilismo como otra canción llamada No me gustan los jipis también formaron parte del compilado Invasión 99 -a diez años de la salida de Invasión 88-. Ricky luego criticó duramente a Lee Chi, productor de dicho material: "Es una estafa porque quisieron hacer creer que iba a ser una especie de Invasión 88 y nada que ver. Hace diez años nos convocaron junto a otros grupos que recién salíamos a escena. Mostraron una nueva camada. ¿Qué hace Flema en Invasión 99 si hace diez años que existimos?", remató enojadísimo.
Todo esto coincidió con el alejamiento de Pablito Martínez de la banda. De inmediato, Ricky tomó contacto con David, un flaco de zona sur que acababa de dar un paso al costado de Sin Ley por una cuestión de enojo con sus compañeros.
Con el nuevo baterista se presentaron en vivo alrededor de un año y pico, hasta que Diego Piazza, fan de Flema y baterista de Mal Necesario -fueron soportes del grupo de Ricky-, se transformó en el nuevo capricho del Negro para que se hiciera cargo de la batería de Flemita. Diego, antes de su incorporación en el grupo, grabó en Vida Espinosa, el disco solista que Ricky sacó de manera independiente. También al poco tiempo se sumó un primer violero porque el Negro ya no quería sentir la carga de tener que tocar la guitarra y cantar a la vez. Entonces fue Maximiliano Martín -venía

de un grupo de Avellaneda llamado In Vitro- quien le otorgó al grupo arreglos precisos con su viola.
Flemita dejó en el tintero dos proyectos pendientes: el primero era un disco en vivo, pero su grabación se frustró sobre la marcha; y el segundo, un cd con nuevos covers al que Ricky iba a titular Si necesitás una mano avisame que tengo dos.

La palabra de Hongo, bajista fundador del grupo

El debut de Flemita fue poco después de los primeros ensayos. Las primeras veces que tocábamos, el público nos pedía temas de Flema porque lo veían a Ricky arriba del escenario.
A Ricky no le costaba hacer temas: hoy escribía para una banda y al otro día para la otra. Por aquellos años surgió Me voy a suicidar, y toda la gente todavía cree que la escribió en 2002, a modo de despedida. Pero ese tema estaba grabado con Flemita en 1997. Pasa que al final no lo editamos.
Después hubo un par de posibilidades de tocar con Misfits cuando vinieron por primera vez a la Argentina, pero al no tener manager siempre llegábamos tarde y perdíamos las oportunidades. Una vez tocamos con 2 Minutos en Cemento. Estuvo bueno porque probamos sonido a las once de la noche, y mientras estábamos realizando la prueba se escuchaba que la gente coreaba las canciones en el primer ambiente del local, ya que todavía el segundo ambiente que da al escenario estaba cerrado. Cuando finalizamos la prueba de sonido, abrieron las puertas y cuando levantamos la vista vimos una estampida de gente que, eufórica, venía corriendo hacia nosotros. Era un descontrol. Encima no había seguridad. Como éramos banda soporte tuvo que venir la gente de seguridad que estaba en la calle porque una gran masa del público subió al escenario.
Cuando sacamos el disco Raro? Raro tenés el orto, Ricky había conseguido una entrevista en Canal 7 por medio de DBN, la distribuidora del material. Recuerdo que unas semanas antes habíamos arreglado para que nos distribuyeran. Hablamos con Ramiro Amorena, el dueño de la empresa. Yo estaba presente en la reunión y el Negro le contó que había sacado un disco con Flemita, y le preguntó si estaba interesado en distribuirlo. Amorena le respondió que sí, pero que quería la exclusividad. DBN nos compraba y distribuía nuestros discos además de llevar-

nos a un programa de ATC. Nos habían dicho que teníamos que estar en el canal a las once de la mañana porque a las doce en punto grabábamos. Y aunque parezca mentira llegamos puntuales. La cuestión es que estuvimos ahí un buen rato. En un momento miramos el reloj, era la una de la tarde y no había llegado ni Adrián Otero, el conductor. Entonces Ricky tiró la onda de ir a tomar unas cervezas por ahí cerca. Después volvimos y como eran las dos de la tarde y no pasaba nada, subí al auto y fui a dejar a mi hijo a la casa de mi abuela. Cuando regreso, el de seguridad me dice que no puedo entrar porque tenía una latita de cerveza. Les vuelvo a preguntar por qué no y ellos me muestran una bolsa de basura llena de latitas de cervezas que se habían tomado mis compañeros de Flemita. Cuando entro al canal lo veo a Ricky que estaba tirado en el piso totalmente en pedo. Gritaba y bardeaba. Y al final no pudimos grabar porque Ricky estaba tan borracho que decía pavadas o no se le entendía nada. Estaban filmando a los de Catupecu y tuvieron que cortar y empezar de nuevo como veinte veces porque sus gritos retumbaban en todo el estudio. Al final después se enganchó a escabiar birra con Daniel Melingo, que también había ido al programa. Además estuvo hablando un rato con los integrantes de Catupecu.
También nos presentamos con Sin Ley en el Teatro Del Plata, cerca del Obelisco. Fue en 1999. Se armó un quilombo bárbaro con la gente. Los punks le arrojaron una botella de vidrio en la cabeza al guitarrista de Sin ley. Cuando terminó el recital, Santiago Rossi fue directo a buscar al que arrojó el botellazo y se armó la batahola: todos pegándole al chabón que le tiró la botella. De repente cayó la cana y se llevó a un montón de pibes. Ese chabón quedó todo roto y terminó internado en un hospital. Fue gracioso porque el público salió corriendo por la escalera y en el medio de todos también pasaba corriendo Ricky, pero con un palo en la mano.
Tuvimos un montón de proyectos, pero no se dio ninguno porque teníamos que grabar un disco en vivo con Flemita y sacar uno de estudio. En 2001, mi mujer había abandonado un trabajo con retiro voluntario y nos ofreció el dinero que había recibido para que grabásemos el disco de Flemita. Ensayamos cinco veces en La Viga de Lanús para sacar los temas y luego empezar a grabar. Pero era la época en que Ricky había caído de vuelta en los vicios fuertes. Prácticamente vivía borracho. De los cinco ensayos, sólo sacamos dos temas y después todo el tiempo nos la pasábamos bo-

ludeando. Entonces mi mujer se calentó y le dijo que hasta que no se pusiera las pilas no le iba a prestar la plata. Al final no se pudo hacer.
Un día el Negro cayó a casa y con la cara seria me dijo que se iba a matar, que cuando terminara de tocar con Flema en el Teatro del Plata se iba a pegar un tiro en el escenario. Amenazó, pero al final no lo hizo. Esa vez estaba muy en pedo.
El era un pibe muy sensible. Siempre me decía que los padres no lo entendían. Un día llegó a su casa y empezó a romper todo. Entonces el padre llamó a la policía y Ricky se re calentó con él porque lo había mandado preso. Tenía problemas de pareja, de dinero, debía mucha guita.
Otra vuelta cayó de nuevo a casa para almorzar, y cuando terminó de comer escupió un pollo tremendo en el plato. Después dijo que era un gesto de aprobación porque le había gustado la comida... Estaba re loco.
Recuerdo que quería alquilar algo en las Torres Pueyrredón, al lado del Riachuelo, cuando recién se estaban construyendo. Pero un día te decía una cosa y al siguiente se tomaba un vaso de cerveza y se olvidaba de todo. Capaz que conseguía cuatrocientos pesos de un disco y hasta que no se los gastaba no estaba tranquilo.

2

Vida Espinosa

"El disco solista lo comencé a escribir y terminó siendo una obra conceptual. Todo ronda sobre lo mismo, empieza con la vida y termina con la muerte".
(Ricardo Espinosa)

A fines de 1998, Ricky Espinosa entró a registrar seis canciones a El Pozo Ciego, y para esa oportunidad convocó a Diego Piazza para que lo acompañara en la batería. El, por su parte, se hizo cargo del resto de los instrumentos y de la voz. Al final, el disco quedó grabado a medias y nunca lo terminó. Durante algunos meses deliberó sobre cómo podría titular ese trabajo. No tenía bien en claro si lo editaría con su nombre, ya que ningún integrante de Flema ni de Flemita había participado. La cuestión es que el master de esos registros quedaron en manos de Quito, el dueño de la sala.

A principios de 2003, Diego Piazza recuperó el master y en sociedad con el padre de Ricky y el productor Fernando Iñíguez editaron un cd al que llamaron Ricky Espinosa, que a esta altura es reliquia para los punks que son fans del cantante.
El año 1999 trajo como novedad uno de los discos más extraños del rock nacional. Ricardo Espinosa encaró quizás el proyecto más ambicioso de su vida, que consistió en dar vida a un disco solista al que llamó Vida Espinosa y en el que quedaron plasmados los aspectos, pensamientos y profundos dolores internos del propio artista a través de su crecimiento. En cada letra del disco quedó claramente evidenciado su estado depresivo, como en Mi dolor:

Ya no río, es tan fuerte el dolor
No hay manera de parar el temblor
Ya no hay tiempo y me hundo en mi dolor
Sin violencia ni gritos, con mi dolor
Ya no finjo, me sacude el dolor
Y aunque calle me domina el temblor
Y ya nada me saca de mi dolor
Nadie ya me protege, mejor me voy.
Y sin ganas de nada
Ya sin fuerzas me tumbo con mi dolor.

O bien temas como la vida y la muerte, que Ricky reflejó en dos canciones en especial, de carácter autobiográfico:

Pasa, el tiempo pasa
todo lo bueno, pronto se va
Pasa, la vida pasa
Y en un suspiro pronto se va
Quizá siempre sea igual
¿A quién le importa tu soledad?
Quizá siempre sea igual
¿A quién le importa mi soledad?
Quizá siempre sea igual
Ya no me importa, ya no me importa
Ya no me importa, todo da igual
Quizá todo dé igual
Cuando a mi entierro, todos vengan...

(Todo da igual)

Hoy, ni nunca quise ser así
Un error puede hacerme vil?
Hay alguien que sufre por mi
Y yo sí la entiendo.
Hoy, podemos volver a empezar
Dejo el pasado bien atrás
De todo lo que le hace mal
A quien yo amo.
Hoy, y todos los días son hoy
Y todos los días son hoy...
Y todos los días son hoy...

(Todos los días son hoy)

Para la grabación de las quince canciones que formaron parte del trabajo también convocó a Diego Piazza para que hiciera las bases con su bata. Cuenta el baterista al respecto: "Me llamó una vez por teléfono y me dijo que quería sacar un disco. Lo que quería hacer no encajaba con Flema ni con Flemita. Si mal no recuerdo lo ensayamos sólo un día. Algunas letras las compuso en la sala mientras estábamos grabando y un par de temas ya estaban zapados en el ensayo y después les puso las letras. Mientras estábamos grabando, me pasaba que escuchaba las canciones y me percataba de que Ricky tenía un dolor, un resentimiento y una tristeza muy personales. Si no hay letras que hablen de otros. Eran mensajes claros sobre lo que le estaba pasando por dentro".
La grabación se realizó en La Viga, la sala de Lanús a la que Ricky solía ir a ensayar desde los primeros tiempos de Flema. La confianza y el vínculo de amistad que había con Pablo Podestá y Carlos Gardelini, dueños del complejo, fueron cruciales para que Ricky decidiera registrar su solista allí. Además, otro factor importante fue que la sala quedaba cerca de su casa. Sobre la grabación, Piazza señala lo siguiente: "Si al disco se lo escucha con atención, uno se da cuenta de que no está muy bien tocado. Creo que podríamos haber dado más... Lo que pasa es que Ricky me decía: 'Para qué vamos a laburarlo mucho, si después cuando salgamos a tocarlo en vivo vamos a sonar para el orto'. El quería que saliera como estaba en el momento. No le importaba nada".
Vida Espinosa estuvo listo en primavera y como todos los gastos corrieron por cuenta de Ricky, la producción íntegra era suya. Por eso inventó un sello propio al que bautizó Cicatriz discos, en honor

a las numerosas marcas que llevaba en su cuerpo de lastimarse a sí mismo cuando estaba pasado de rosca. Otra cosa que llamó la atención fue el arte de tapa elegida para el cd: utilizó como referencia el disco de los Beatles llamado Anochecer de un día agitado, en el que aparecen numerosas fotitos en la tapa. En este caso, Ricky convocó a muchos de sus amigos y seres queridos para que prestaran sus rostros. En total son veinte las personas que aparecen contándolo a él, que figura en el centro. Algunos de los que participaron de la sesión fotográfica realizada por su novia, Meche, fueron su hermana, Claudia, Sebastián Corona (primer baterista de Flema y diseñador de la tapa), Diego Piazza, sus amigos del barrio, el Mono, Baco y Diego y además fans fundamentalistas de Flema. Con esa idea visual de la presentación de la copia, el vocalista puso indirectamente de manifiesto su simpatía por el grupo de John Lennon y Paul McCartney, a pesar de que nunca lo haya expresado públicamente.

3

Almastone

Poco tiempo después de grabar Vida Espinosa, Ricky no tuvo mejor idea que formar una banda de rocanrol con amigos del barrio. Al principio la bautizó Rithm & blues & Company y los encuentros consistían en zapadas espontáneas y algunos covers de Pappo o de los Rolling Stones. Los integrantes eran: el Monito (en voz), Huguito Lentini (en batería), Luichi (en guitarra) y Ricky (en bajo). Sólo fueron un par de ensayos los que se realizaron en el complejo musical La Viga. A menos de un mes, el cantante de Flema definió el rumbo de lo que tenía en mente y sólo se dedicó a hacer covers de la banda de Mick Jagger, más zapadas stoneras con alguna que otra letra dando vuelta. A partir de entonces pasaron a llamarse Almastone. Y la formación quedó de la siguiente forma: el Monito y Huguito, quien venía de Napoleón, grupo de Gerli, permanecieron en sus respectivos lugares, se sumó Pablo Podestá en el bajo, Ricky se colgó la guitarra junto a Luichi y Carlos Gardelini de vez en cuando también se acoplaba con una viola más. Los ensayos fueron escasos, aunque más que ensayos eran encuentros que consistían en tocar por el sólo placer de tocar el estilo musical que todos los integrantes tenían en común. Vale recordar que Ricky era fanático de los Rolling y que con Flema más

de una vez se atrevió a desafiar a su propio público con algún tema del grupo inglés.
Almastone llegó a grabar cinco canciones a modo de demo en La Viga. Uno de ellos formó parte de la cortina de un programa de rock independiente llamado La Esquina, que se emitió en 2001 por el canal 5 de Lanús, y que lo condujo el autor de este libro y lo editó Meche, la novia de Ricky. Precisamente fue ella quien invirtió el dinero para el tema que fue cortina del programa televisivo. Sólo los amigotes de Espinosa en Gerli supieron de la existencia de este grupo con el que Ricky también planeaba llegar a buen puerto, pero no se pudo dar.

CAPÍTULO VIII

Los conflictos

1

Sin el Chino y Huevo al mando del timón organizativo -habían dejado de lado a la banda-, Flema corría el riesgo de entrar en el caos. Aparte de eso, Ricky se ensimismaba y el alcohol volvía a transformarse en su compañero de ruta casi todos los días.
A partir de 1999, la relación con su novia no iba a ser la misma: las peleas se repetirían una y otra vez. Y todo por culpa de sus adicciones. Y de sus mentiras. Al rockero punk se lo veía por las calles de su barrio con una botella en la mano y diferentes gruppies a sus pies que estaban dispuestas a todo con tal de estar al lado del "héroe del punk".
En el mes de febrero, Espinosa echó a Pablito Martínez, el baterista. Todo fue de a poco: comenzó una noche en la que Flema estaba tocando en Cemento y de repente el encargado de los parches marcó sobre sus bombos los ritmos del tema Cáncer sin el consentimiento del Negro, quien no estaba de ánimo para cantarlo. Cuando Ricky se percató de que el baterista intentaba tocarlo sin importarle su desgano, prácticamente se le tiró encima como un león y le arrojó una lata llena de cerveza a la cabeza ante la mirada de asombro de cientos de personas que no entendían qué estaba sucediendo. La reacción de Ricky no fue casual: desde hacía un tiempo que lo tenía entre ceja y ceja porque el baterista no disponía de mucho tiempo para dedicarle al grupo ya que estaba trabajando, y el Negro pensaba que para tocar en Flema había que priorizar la banda.
A medida que las fechas se sucedían, todo empeoraba entre ellos. Habían viajado a tocar a Villa Gesell con Flemita -la banda paralela de Ricky-, y Pablito tenía que regresar antes a Buenos Aires por cuestiones laborales. Como todos habían viajado en el auto del Hongo, el bajista, Ricky de inmediato culpó al batero por tener que volver a la fuerza. Seis días después se presentaron en Cemento en el Punk Rock Festival, ante mil seiscientas personas. La fecha coincidió con la vuelta del punk al local de Chabán y tocaron bandas como 2 Minutos, Cadena Perpetua, Superuva, Lamento Indio, Doble Fuerza. Esa fue la última vez que Pablito intervino en el grupo de Ricky porque al otro día el cantante lo echó

definitivamente. Pocas semanas después, los amigos de Martínez –unos chicos que tenían fama de "pesados"-, molieron a golpes al líder de Flema, en venganza por su determinación. Sucedió una tarde de mucho calor en la que el grupo de Gerli entró a beber unas cervezas en un barcito llamado Cocodrilos, ubicado en frente del Alto Avellaneda Shopping. Para desgracia de Ricky, los amigos de Pablito estaban en el local jugando al pool. Cuando vieron entrar al vocalista, primero discutieron y luego, al salir del reducto, entre todos lo golpearon hasta no poder. Tanto Fernando como Luichi no formaron parte de la discusión previa porque apenas unos minutos antes se habían ido del lugar, puesto que tenían que pasar a retirar un talonario de entradas por una imprenta de la zona. Recién al otro día se enteraron de lo sucedido. En el fondo, ellos también pensaban que Ricky se había equivocado con haber hechado a Pablito.

Para suplir el lugar de Martínez, el Negro puso en la batería a Diego Piazza, su nueva persona de confianza, ya que había contado con él para la grabación de su disco solista, Vida Espinosa. Además, durante la semana Ricky estaba parando seguido con Diego, quien pasó a ser su compinche número uno. Iba a visitarlo a su casa, se quedaban tomando cervezas en la puerta o bien algunas noches solían juntarse en Pizza Boom, un local que quedaba en la esquina de Arenales y Av. Mitre, de Avellaneda.

La presentación oficial de Piazza como nuevo integrante fue el 20 de febrero, en Rosario. Flema viajó a la ciudad rosarina para compartir escenario con Sin Ley y sus amigos locales de Bulldog. Para ese entonces, en Rosario había mucha pica con los rockeros bonaerenses y por desgracia a los chicos les tocó vivirla de cerca. Resulta que viajaron con una camioneta último modelo, que era propiedad del hermano de Twetty, un colaborador de Sin Ley. Cuando se aproximaron a un barrio marginal en las afueras de Rosario, se detuvieron a descansar por un rato. En eso se acercó un malviviente con claras intenciones de robarles la camioneta, en la que llevaban sus instrumentos y equipos, pero afortunadamente uno de los integrantes de Sin Ley se avivó y le encajó una tremenda trompada al ladrón. Luego huyeron del lugar a toda máquina.

Otra de las novedades de aquel año fue la reincorporación de Gonzalo Díaz Colodrero en la viola (había participado del disco Nunca nos fuimos). Retornó al grupo porque Gustavo Brea no era del encanto del resto de los integrantes de Flema. Según Fernando

y Ricky "no encajaba mucho con nuestro perfil". En realidad lo que más les molestaba era que de a poco quería tomar decisiones dentro del conjunto sin tener peso y además era careta. Dos factores fundamentales para que Ricky se pusiera loco e hiciera que se fuera rápido. Consultado Brea sobre su alejamiento, contó su versión: "Me daba bronca porque yo ponía todo para que la banda fuera para adelante, pero con ellos era imposible por el bardo que había; me fui solo de Flema. Ricky se mandó una cagada por la que no lo toleré más: le tocó el culo a mi novia. Se fue a la mierda. Me calenté y abandoné. Igual no me arrepiento de haber estado. Fue algo muy grosso para mí". Por otro lado, la vuelta de Gonzalo se dio porque un día estaban escabiando unas cervezas en la calle y Ricky le propuso retornar. A todo esto se sumó que el Negro también arregló con Carlos Tórtola para que fuese el nuevo manager del grupo. Era un tipo del palo y tenía contactos suficientes como para manejar las cosas de la misma manera que el Chino y Huevo en su momento. A esa altura, Flema se había reorganizado otra vez. Volvieron a presentarse en Cemento varios fines de semana consecutivos, porque a Omar Chabán se le metió en la cabeza que quería que Flema tocara seguido en su rockería. Las primeras veces, el lugar explotaba, pero a medida que se sucedían los shows iba menos gente a verlos, porque aparentemente el público terminaba cansándose de hacer lo mismo todos los fines de semana. Por eso el grupo dejó de presentarse durante un buen tramo en el local de Monserrat. Para uno de esos tantos shows que realizaron en Cemento, una noche se le ocurrió una idea a Ricky: dejar un cuaderno con una birome en la puerta de la rockería para que la gente diera su opinión sobre ellos. Al día siguiente, cuando el cantante leyó los mensajes que había dejado el público, se encontró con uno que lo hizo emocionar. Un pibe había escrito que gracias a que se enteró que Ricky había estado en un plan de rehabilitación, él también se había puesto las pilas y había largado el alcohol y las drogas. "Con tanto daño que hacen los gobiernos, que yo haya ayudado a salvar a uno le dio un poco más de sentido a mi vida", declaró el cantante en un reportaje sobre el tema.

2

"Seré adicto y todo lo que quieran, pero no ladrón".
(R. Espinosa)

En Arenales 121 de Avellaneda vivía Diego Piazza. Una noche de semana en la que el baterista estaba con otro amigo, cayó Ricky a eso de las diez, y los tres empezaron a beber whisky hasta al día siguiente. Alrededor de las siete de la mañana, el Negro dijo que se tenía que ir. Entonces Diego lo acompañó a la puerta y vio cómo su compañero encaró balanceándose de un lado para el otro hacia la avenida Mitre. Durante el trayecto, Ricky juntó florcitas de los canteros de la calle -como si fuese a regalárselas a alguien- y las guardó en su mochila. Se quedó dando vueltas por el centro de la ciudad hasta que cerca de las nueve de la mañana se encontró con un conocido suyo de Gerli, que era puntero y ladrón. Ricky le propuso que lo acompañara a capital y se quedaron dando vueltas por Constitución. Los dos estaban totalmente pasados de rosca y en apariencias dejaban bastante que desear. En un momento, el Negro paró un taxi porque recordó que había quedado en pasar por el local de ropas Locuras y por Sadaic a buscar sus regalías. Durante el viaje, bajo los efectos del alcohol, se puso a molestar al taxista y a hacer chistes de mal gusto. Entre joda y joda se metió la mano en un bolsillo de la campera de jeans y simuló que tenía un arma: "¡Ehhh, dame toda la plata!", exclamó medio entre risas. El tachero se asustó y le hizo un guiño de luces a unos policías que estaban vigilando en una esquina para que lo rescataran de la situación. Justo en ese instante, y sin darse cuenta de lo que estaba tramando el taxista, Ricky abrió la puerta del auto, bajó con su acompañante y le dijo al conductor: "Voy hasta Sadaic, ahora vengo". En eso sintió un golpe en la cabeza y cayó al piso. Al girar su rostro hacia arriba, vio a tres policías a su alrededor y de repente se encontró con las manos esposadas. "¡Dónde está el fierro! ¡Dónde está el fierro!", lo increpaban una y otra vez mientras lo presionaban contra el piso con sus botas y le apuntaban a la cabeza con sus pistolas. Ricky, por el estado de ebriedad en el que estaba, no se acordaba mucho de lo que había dicho y hecho. Al final cayó preso y para colmo el taxista era un policía retirado que tenía contactos como para entablarle un juicio con muchas posibilidades de ganarlo. Al cantante lo trasladaron hasta una comisaría de Once y estuvo detenido durante un buen rato. Por su parte, el taxista declaró ante la Justicia que Ricky estaba armado y que tenía intenciones de robarle. Pero la realidad decía otra cosa porque la policía no encontró ningún arma en poder del rockero. De igual manera, el conductor del taxi a través de sus abogados le entabló un juicio donde lo acusaba de intento de robo. Cuando lo soltaron de la co-

misaría, de inmediato el cantante salió en búsqueda de un abogado. Pero como no tenía dinero para financiarlo, no le quedó otra que hacer uso del que provee el Estado. Finalmente le otorgaron el beneficio de una abogada, quien al principio se mostró interesada en su caso. Sin embargo, no le iría tan bien con ella: meses previos al juicio oral, ante el que debería comparecer, le recomendó a Ricky que se hiciera cargo de la acusación, puesto que no tenía antecedentes penales y de esa manera quedaría libre con dos años y medio en suspenso. Aparentemente, la letrada pretendía sacárselo de encima lo más rápido posible. Debido a eso, Espinosa apeló a su picardía y recurrió a los medios de comunicación para hacer público su caso. Era claro que le convenía ampararse ante la prensa ya que él era músico y "no delincuente", según sus propias palabras. El diario Clarín fue el primero en publicar algo. Y Ricky aprovechó para dar su versión de los hechos: "La verdad, estoy angustiado. Como distribuyo mis discos de manera independiente, me tomé un taxi para enlazar dos locales. Al pasar por Sadaic, le dije al tachero que me bancara, que iba a averiguar una fecha de pago. Camino unos metros y siento un terrible golpe en la nuca. Era la cana que me preguntó dónde estaba el fierro. Sólo pude contestarle que seré adicto y todo lo que quieran, pero no ladrón. Cuando digo que hago las cosas por amor al arte, nadie me cree. Y ahora tampoco nadie me cree que soy inocente", concluyó con ojos vidriosos y a punto de lagrimear ante el cronista.

A medida que pasaban los meses, como veía que las cosas no iban para atrás ni para adelante con la abogada que tenía en manos su caso, decidió cambiar de letrado y encontró uno que le generó más confianza: esta persona le dijo que aunque lo encontraran culpable, el delito era excarcelable y en todo caso especularían con que pudiera purgar la condena por el sistema de la "probation" y shows a beneficio. Por lo menos encontró un respiro, pero tenía miedo y no podía ocultarlo. Sus propios amigos y los integrantes del grupo se daban cuenta. Ya no solía andar borracho por las calles y prefería manejarse en remises para todos lados porque tenía miedo de que la policía lo detuviera de nuevo. Es que todo era muy claro en su cabeza: si antes del juicio se mandaba alguna macana, su situación podría complicarse. Frecuentemente se manejaba con un remisero personal. El conductor se llamaba Cacho, era un hombre grande y robusto, de lentes, calvo y de voz ronca y serena. Lo llamativo de este hombre era su condescendencia con Ricky, a pesar de que fuese un tiro al aire. Si estaba borracho en algún lado, ya sea en

Morón, en La Boca o en donde fuera, el músico lo llamaba por teléfono, y Cacho, con su Ford Sierra color celeste clarito, lo iba a buscar y lo dejaba sano y salvo en la puerta de su casa. Como Ricky ya no se manejaba en colectivos, en la única zona que se daba el lujo de andar descarrilado por la calle era en su querido barrio, y sólo durante los días de semana. A esa altura, los policías de la Comisaría 6ª de Gerli ya lo conocían y sabían que a pesar de andar borracho y a los gritos por la calle era inofensivo, excepto cuando se zarpaba de alcohol y agredía verbalmente a cualquier persona que pasaba cerca suyo. Para colmo, su noviazgo con Meche de a poco se venía a pique; ella igual solía ir seguido a su casa y allí pasaban encerrados gran parte de los fines de semana siempre y cuando Ricky no tuviera algún compromiso con su grupo. Para esa época, Espinosa cambió su aspecto de la misma manera que lo había hecho cuando empezó la rehabilitación: se cortó el cabello estilo carré y lucía unos lentes enormes para mejorar su vista y de alguna manera su aspecto. Aunque para no desentonar con su identidad punk, se tiñó unos mechones de color platinado que luego los cambió al violeta.

A principios de 2000, Flema realizó una gira que los llevó a Rosario y a Villa Gesell. Fueron los últimos shows en los que Carlos Tórtola asumió su rol de manager porque terminó peleándose con Ricky y por poco lo mandó a la mierda.

3

Reportaje a Carlos Tórtola, último manager de la banda

"Pergolini estaba caliente con Flema"

-¿Cómo surgió la propuesta de Quatro K Records?

-Pergolini quería la obra de Ricky a toda costa. Teníamos que darles nueve master, de los cuales cinco ya estaban terminados. Eran tres discos de Flema, tres de Flemita y tres de Ricky solista. En realidad, iban a reeditar lo que ya teníamos hecho y quedaba por grabar lo que restaba. Nos pagaban treinta mil dólares. Y Ricky hizo un desastre y se fue corriendo.

-¿Por qué?

-No sé. Llegó bastante picado esa tarde. Teníamos que encontrarnos en las oficinas de Pergolini a las cuatro. Estuvo desde las tres y totalmente duro. Fuimos a tomar algo con un tipo que se llamaba

Piero Carpín, el encargado de hacer firmar a las bandas para el sello a pedido de Mario. A Pergolini le interesaba la banda y era más que evidente. Aparte todavía nadie había firmado con él. Todas los grupos estaban a la expectativa. Y él estaba caliente con Flema. A la primera reunión fui solo. Yo sabía que cuando Piero conociera a Ricky, algo iba a suceder. Entonces decidí acordar la plata en el primer encuentro. La segunda reunión tenía que ser con Ricky sí o sí, para que lo conociera personalmente. Como dije antes, Ricky llegó pasado de merca, fuimos a un bar, se pidió un vaso de granadina con vodka. El tipo le preguntó: "¿Está rico?". El escupió un gargajo dentro del vaso y le respondió: "¿Querés? Si sos punk, tomá...".

-El hombre se asustó.

-Y... medio como que se cagó todo. Entonces Ricky dijo que Flema era una mierda, que eran todos drogadictos, que no ensayaban y que no llevaban gente. ¡Lo loco es que venían de meter mil doscientas personas en Cemento el fin de semana anterior! Y al final no quiso firmar: "¡No cometamos el error de firmar! ¡Para qué!", me decía una y otra vez. Me quería morir. Entre otras cosas me quería matar porque se me iba la posibilidad de nueve mil dólares de porcentaje. Cuando Ricky terminó de hablar, Piero Carpín se fue al baño y yo aproveché para hablar con el Negro: "¿Por qué hacés esto, Ricky? ¿No te querés comprar la casa o arreglar la casa para tu vieja?". Pero no le importaba nada. Cuando salimos del bar, me dijo: "Volvamos a las oficinas de Quatro K Records". Para qué... Llegamos a la puerta y me pidió: "Andá al baño de hombres... abajo de todos los papeles con caca dejé la bolsa; agarrámela, por favor". Y yo fui y lo hice. Quizá por eso me querría.

-¿Y en qué quedó lo de Quatro K Records? ¿No se la tomaron con vos?

-Después de esa reunión, me volvió a llamar Piero Carpín y me dijo que fuera a las oficinas otra vez, pero solo. Cuando nos encontramos me dijo que Mario era un tipo muy grosso y no le convenía tener a nadie en contra, menos a Ricky. Era para quemarse. Igual al Negro no le importó un carajo. Cuando salimos le tiré la onda para que se internara y hasta le ofrecí bancar todo por mi cuenta. Se opuso y me dijo que él solo sabía cómo iba a curarse si quería, que nadie de afuera podía ayudarlo. Cuando estaba careta, a todo el mundo le contaba orgulloso que había rechazado treinta mil dólares. Es que él hacía realmente cosas que nadie hacía. Era un punk de verdad.

-¿Qué recordás de las giras que hiciste con Flema?
-Hicimos viajes al interior y fueron los peores momentos de mi vida. Era insoportable. Lo peor que hicimos fue Rosario y Villa Gesell, que fueron seguidos. Llegamos a Rosario, íbamos a tocar con Bulldog, y el manager de esa banda se me acercó preocupado para decirme que habían clausurado el lugar adonde teníamos que tocar. Entonces fuimos y conseguimos un club para no suspender la fecha. Nos cobraron cien pesos, me acuerdo. No tenía escenario ni nada. En la entrada habían unas rejas, un patio y un salón. Se nos puso medio heavy porque teníamos que meter quinientas personas y no teníamos nada. Era Flema. Un quilombo. En un tiro tengo a cien punks tratando de entrar a la fuerza. Tenían palos y me arrojaban bolsas de basura por arriba de las rejas. Y en el medio de ellos quién estaba: Ricky. Todo lo había organizado él. Le grito: "¡La concha de tu madre, Negro de mierda! ¡Qué hacés ahí, loco! ¡Me quieren matar y vos estás en el medio!". Se cagaba de risa... Después en Gesell nos agarramos a piñas. Habíamos ido con un grupo que se llama The Cash. Son dos pibes y una mina que se llama Gladys. Y Ricky le pegó a la mina en el viaje. Llegamos a Gesell y estaba insoportable. Ellos llegaron en la combi y yo en una camioneta. Al arribar a la costa, el resto de la banda no lo aguantaba más. Estaba insoportable: le pegaba a la gente en la calle, se metía en el local de Locuras, agarraba veinte remeras y se la regalaba a la gente que pasaba por la peatonal, le afanaba las ojotas a una pendejita... Era un diablo. Me acuerdo que al lado de donde iban a tocar había un bar con patovicas y él les gritaba "¡putos!". Pasaba el patrullero y no lo metían en cana por un segundo. En un momento que va al agua, pensé: "Este se muere ahogado". Se sacó la remera se la tiró en la cara al bañero, que medía como dos metros y le dijo: "¡Cuidame la remera, puto!". Cuando salió del mar, creí que iba a estar más fresco pero salió peor. Vinieron a hacerle una nota para el canal zonal y rompió una botella de cerveza contra la pared cuando lo estaban entrevistando. Ahí me cansé, lo zamarreé y nos agarramos a piñas. Encima después me acusó de que me había quedado con guita. Eso colmó mi paciencia y dejé de laburar con él.

4

Al retornar de la Costa, Ricky se fue de vacaciones con su novia a Bariloche. En principio, la idea era estar solos para recomponer la

pareja que venía en declive. Ella bancó prácticamente toda la estadía porque el Negro nunca se calentó en ahorrar. Juntos pasaron quince días tranquilos y lejos del bullicio de la gran ciudad. El músico hizo un esfuerzo para no beber ni una gota de alcohol. Logró descansar lo necesario, pero no pudo dejar de lado su pasión por la música. En la ciudad rionegrina conoció a unos chicos de una radio y organizaron una zapada nocturna. De la misma, creó un tema al que bautizó Punk Rock Bariloche, y que luego lo incluiría en sus siguientes shows en Buenos Aires y además formaría parte del disco 5 de copas.
Después de que Tórtola dejó de ser manager del conjunto, Ricky no volvió a confiar en ningún representante. Por eso decidió tomar las riendas de la banda, como lo hacía en los primeros años de Flema. Llegó a la conclusión de que sin manager no perdían un treinta por ciento de lo que recaudaban. Por eso se transformó en una especie de representante de sí mismo. Sin embargo, para realizar shows en el interior o algún recital de envergadura en Buenos Aires, hacía convenios con diferentes productores para que se hicieran cargo, pero sólo para el concierto de turno. Hasta recurrió a Carlos Tórtola para que le organizara alguna fecha. Lo positivo de la decisión de Ricky fue que Flema pasó a ser un grupo totalmente independiente. Y lo negativo, que la prensa prácticamente no les daba bolilla, puesto que no contaban con alguien que los manejara. No obstante, a Ricky nadie le ganaba en orgullo. A mitad de año ideó una nueva placa a la que tituló Caretofobia. Como no tenía dinero, Pablo Podestá, dueño del complejo La Viga, quien también le había grabado Vida Espinosa, le fió toda la grabación. La idea del Negro era pagarle con el dinero de la venta de los discos. Fue así como Podestá cobró en cuotas dos mil quinientos pesos que se le adeudaba. En ese momento, Ricky le dijo: "Por la tardanza te voy a pagar quinientos pesos más", pero él no aceptó. "Un día cae a la sala y me dice que iba a hacer un disco doble porque tenía muchas canciones grabadas -recuerda Pablo Podestá-. Le recomendé que no lo hiciera de esa manera porque le iba a salir más caro. `Si hacés una tirada de quinientos discos, en realidad son mil', le dije. Fue ahí que le recomendé que hiciera dos discos. Y llegamos a un acuerdo: yo editaba el disco, hacía la posproducción y de cierta cantidad de cd que se vendieran, iba a recuperar mi inversión. Volvió un par de días después y me dijo: "Ya está. El disco se llama Caretofobia. Vamos a hacer Caretofobia 1 y 2". Al final, con la plata del primer disco tapamos los gastos del estudio y

terminamos el dos, sólo faltaba masterizarlo y hacer algunas mezclas, pero se grabó junto con el primero. Todo lo recaudado con Caretofobia 1 fue para mí y lo de Caretofobia 2 fue para Flema. También recuerdo que cuando vino me contó que ya tenía en mente las tapas y me mostró con su mano el gesto de fuck you, para Caretofobia 1; y de unos cuernitos, para Caretofobia 2".
Para realizar el diseño de tapas, el líder de Flema recurrió a su amigo y ex integrante de Flema, Sebastián Corona. Le encargó que ámbas portadas del disco las trabajara con radiografías de una mano.
El primer cd contenía dieciocho temas de los cuales resaltaba uno a nivel compositivo:

Me tiro en el sofá a ver televisión,
tomando cerveza, cambiando de canal.
No hay nada que mirar, me aburro un poco más.
Si no puedo elegir no puedo decidir.
El Papa se murió, dijo el televisor;
otra revolución, quizá mañana dos;
videos que pagó una multinacional
y el poncho revoleó una tal Soledad.
La mentira aquí es verdad.
El mejor postor tendrá un espacio para controlar
a los que como yo están frente al televisor.
de canal en canal, todos me dan igual,
Concursos que ganó sólo un espectador.
Qué triste realidad, festejamos igual.
Si no puedo elegir no puedo decidir.

(Es una droga más)

La primera tirada de discos fabricados constó de quinientas copias y se vendió en tan sólo una semana. La gente de Besóticos, encargada de distribuir materiales en forma independiente, fue la que más dinero invirtió de entrada. Probablemente influyó la amistad que existía entre Cristian Aldana -cantante de El Otro Yo y apoderado de la distribuidora- y el vocalista de Flema. Al principio, a Ricky le gustaba el grupo de Cristian y su manera de manejarse a la hora de tomar decisiones para beneficio de su agrupación. Durante un tiempo, el Negro halagó a la banda a través de

reportajes y luego buscó una oportunidad para hacérselo saber personalmente al cantante otroyoiano. Al final terminaron haciéndose amigos y hasta compartieron reiteradas salidas.
Después de la experiencia de haber tocado tantos fines de semana seguidos en Cemento, el grupo prefirió girar por otros lugares durante un tiempito e hicieron base en El Pasillo, de Avellaneda, un lugar que funcionaba como rockería y que además contaba con una sala de ensayo en el fondo. Allí ensayaban cuando no lo hacían en La Viga o se juntaban a tomar unas birras a la tardecita. Con Humberto, dueño del negocio, tenían una magnífica relación porque les daba libertad para hacer lo que quisieran. Se sentían como en casa y llevaban a todos sus amigos. Las noches que el bar estaba abierto, por respeto a la gente que se acercaba a beber algo, se metían en el baño y jalaban merca tranquilos sin correr el riesgo de que la gente los viera y se espantara. Aunque no pasaba lo mismo en su recitales: para esas ocasiones no se ponían límites y hasta se drogaban arriba del escenario con el público de testigo.
El Pasillo era un local chico y por ende fácil de llenar para una banda como Flema. Por lo general, el grupo convocaba a trescientas personas cada vez que se presentaba en el local de Humberto. La última vez que Ricky y los suyos tocaron allí, terminaron clausurando el lugar. Un fan de la banda que estaba totalmente zarpado subió al escenario y sin darse cuenta tocó un cable y se cortó la luz de todo el lugar. Como la iluminación no volvía y el recital no siguió, el público se puso como loco y destrozó toda la rockería. A Humberto no le quedó otra que bajar las persianas.

5

Ricky inocente

Para esa misma época, Espinosa recibió la citación para presentarse al juicio oral por el taxista que lo acusaba de haber querido asaltarlo en la puerta de Sadaic, en diciembre de 1999, que con la carátula de "robo en grado tentativo", al final se realizaría hacia fin de año en un tribunal oral en lo criminal. Los días previos a presentarse ante el magistrado, el músico se encontraba nervioso y su úlcera que lo tenía a la miseria lo hacía sentir aún peor. El juicio se llevó a cabo una mañana calurosa, y su abogado defensor reunió todas las evidencias necesarias para impedir que lo penalizaran. Lo único que se pudo probar fue que Ricky aquella vez estaba borra-

cho; el resto no le jugaba en contra. Por parte del rockero se presentaron dos testigos: uno fue un tal René, un empleado de Locuras, quien atestiguó que aquella mañana el cantante tenía que retirar dinero de discos vendidos, y además localizaron a un hombre que trabajaba de vendedor en una calle de Constitución, quien de casualidad vio y escuchó que el vocalista le comentaba a otra persona que tenían que tomar un taxi e ir a Sadaic y a Locuras a retirar dinero. Como si fuera poco, también se comprobó que Ricky estaba asociado al sindicato de músicos. Con las pruebas en la mano, Espinosa quedó absuelto de la causa.

Tras haber quedado esclarecido el caso, el líder de Flema, contento y feliz de la vida, retomó sus actividades como de costumbre. Volvió a su casa, abrazó a sus viejos, llamó a su novia para contarle que todo había salido bien y luego se juntó un rato con sus amigos del barrio a tomar unas botellas de vino en El Expreso bar, de Gerli.

De a poco se acercaba fin de año. Faltando sólo una semana para Navidad, Meche le comunicó a Ricky que estaba invitado a pasar la fiesta en su casa con el consentimiento de sus padres, quienes por fin accedieron a abrirle las puertas de su hogar al novio de su hija luego de cuatro años de noviazgo. Cuando el cantante recibió la noticia no salió de su asombro. Él sabía que a pesar de su imagen y de sus problemas con los vicios, le sobraban cualidades para caerles bien a los padres de su novia, pero ellos hasta entonces lo habían ignorado.

A la reunión fue radiante y de aspecto prolijo. Los primeros momentos resultaron un poco tensos, pero al correr el tiempo todos se fueron relajando y se charló de todo un poco: sobre música, política y cuestiones sociales entre otras cosas. Incluso Ricky contó algunos chistes -especialista en el tema- y le puso un poco de humor a la cena de Nochebuena.

A raíz de haber compartido la Navidad, todo parecía ir mejorando en la pareja. Como todos los años, la fiesta de fin de año se festejó por partida doble porque el cumpleaños de Ricky justo caía el 31 de diciembre. Motivos más que suficientes para que todos los familiares o amigos de los Espinosa se reunieran en su casa. Meche, como de costumbre, también solía participar de los festejos y pasaba esa noche al lado de su novio.

En enero de 2001, Flema junto al grupo Superuva realizaron un viaje por una semana a Mar de Ajó y alquilaron un colectivo en conjunto. Como Meche acompañó a Ricky durante ese viaje, al

cantante no le quedó otra que hacer buena letra. Hacia mitad de mes, la pareja retornó a la costa pero para vacacionar. Estuvieron en Aguas Verdes, unas playas tranquilas y propicias para novios. Por las noches, salían seguido e iban hasta el centro de San Bernardo. Por desgracia, una vez discutieron, Ricky se ofuscó y decidió salir solo. Amargado por la pelea, se desbandó por completo y entró a beber a un par de bares y luego continuó escabiando en la calle. La policía, que andaba custodiando la zona, lo encontró sospechoso, parado en una esquina oscura, y de inmediato lo subieron al patrullero, lo llevaron a la comisaría por averiguación de antecedentes y lo encerraron en una celda hasta media mañana. El reencuentro de la pareja fue para peor, porque los reproches mutuos aceleraron el mal clima entre ambos y terminaron regresando a Buenos Aires otra vez en crisis. Sin embargo, el noviazgo continuó pero las peleas y los alejamientos cada vez durarían más tiempo. A todo esto, se sumaba que Ricky había tomado la decisión de pelear hasta las últimas consecuencias para ver a su hijo, Lucas, que ya tenía cinco años. Algunas versiones de amigos del cantante coinciden en que eso a Meche mucho no le gustó porque sabía que de esa manera él tendría contacto nuevamente con Valeria, la madre del niño.

6

El reencuentro de Ricky con Lucas fue una tardecita en la Plaza Alsina de Avellaneda. El cantante le pidió al Mono que lo acompañara porque estaba un poco nervioso ante la situación. Se tomaron un remise y cuando llegaron a destino se encontraron con Valeria quien, parada cerca de un árbol, observaba con atención a la criatura que jugaba muy entretenido a unos pocos metros. Ricky se emocionó cuando vio que su hijo llevaba puesto un gorrito de Boca, porque además de ser hincha del Porve siempre simpatizó con el club de la ribera. Enseguida se acercó hasta el pequeño y miró sorprendido el parecido que había en el rostro de su hijo con el suyo cuando era chico. Se quedó hablándole como si se tratara de un amigo y no pasaron muchos días para que volvieran a estar juntos. Luego de este primer encuentro, Ricky se quedó entusiasmado con la idea de seguir compartiendo momentos con Lucas. Por lo general lo pasaba a buscar y solían pasear por Gerli. Hasta le compró un monopatín y se la enseñó a usar. Su primera misión fue hacerlo hincha del Porve. Y con el tiempo lo consiguió.

En febrero, el grupo del Negro tocó en La Reina de Villa Gesell. El mismo día que llegaron, por la tarde, todos los integrantes de la banda fueron a la playa. Ricky estaba pasado de alcohol y se puso a nadar. Apenas llegó a la orilla, les avisó a sus compañeros que se iría nadando hasta Uruguay. En un momento no hizo pie y estuvo a punto de ahogarse. Lo salvó de milagro un amigo del grupo que sabía nadar y que se dio cuenta de que el líder de Flema se estaba hundiendo entre las olas. Era claro que todavía no había llegado su hora.

Pasaron varias semanas hasta que Ricky se volvió a ver con Meche. En su intento por reconquistarla, la llamaba por teléfono no menos de cinco veces por día. Ella, por su parte, solía ponerle límites y le demostraba que las cosas no estaban del todo bien.

Los amigos del cantante punk sabían que él estaba mal con Meche porque era un clásico que cuando estaban distanciados se quemaba los brazos con cigarrillos y aparecía por cualquier lado con mujeres de turno. Tuvo un romance con una chica que se llamaba Vanesa, pero luego la dejó y ella se puso de novia con Luichi, guitarrista del grupo. A su vez, desde hacía varios meses que se veía con otra chica de nombre Laura, que tenía quince años y vivía con su padre en La Boca. Al poco tiempo se mudó a la calle Osvaldo Cruz, en el barrio de Barracas. Cada vez que se peleaba con Meche recurría a ella para consolarse. Al principio la iba a visitar a su casa y hasta la llevó a Gerli y se la presentó a sus amigos. Por ese entonces escribió una canción llamada Tiempo de amar, que en una parte de la letra especificaba lo siguiente: "Prender fuego en la nieve no lleva a ningún lugar". En otras palabras, Ricky se refería a la situación con Meche, en clara alusión a lo que estaba viviendo, por eso buscaba algo en otra mujer. Al cabo de un tiempo, el cantante prácticamente se instaló en la casa de Laura y hasta desaparecía durante semanas de la de sus viejos. Retornaba a su hogar sólo cuando se amigaba con Meche.

Sin proponérselo, Laura pasó a ser su novia ante los ojos de toda la gente que lo rodeaba porque lo veían siempre con ella. Con Meche estaban más tiempo peleados que amigados, ya que de las cuatro semanas de un mes estaban bien sólo una. Sin embargo, Meche nunca supo que existía otra chica en la vida de su novio, pero Laura sí de la existencia de Meche. Ricky, para que Laura no lo presionara, le daba a entender que ya había terminado su noviazgo, pero en realidad nunca fue así. El músico manejaba las dos relaciones como podía y no le quedaba otra que buscar la complicidad

en los integrantes de Flema y Flemita para que lo cubriesen y no trascendiera su doble vida. "Todos sus amigos sabíamos sobre Laura. La madre de Ricky a veces me llamaba y me preguntaba: '¿No sabés dónde anda Ricky?'. Yo sabía que estaba en lo de Laura, pero igual le respondía: 'No sé, no lo vi'. Aparte Ricky me decía: 'No digas dónde estoy'. Si te lo pide un amigo, punto. Es tema terminado. Igual los padres sabían más o menos que andaba con esta mina, porque era el tiempo en el que Ricky menos estaba en su casa. Y desde que lo conozco nunca estuvo viviendo fuera de su hogar, salvo esta vez", contó Fernando Rossi en una entrevista al respecto. Pero lo más gracioso era cómo se manejaba Ricky dentro de la casa de su novia adolescente. Según Fernando, "el padre de ella era más chico que Ricky: tenía treinta años. Era como un amigo, bah, como un amigo que le cogía la hija y además le tomaba el vino. Una vez fuimos con los chicos y estaba el padre de la piba. Ricky nos dijo: 'Pasen, siéntense'. Nos atendió como si fuera su casa. 'Ahora hacemos la comida', dijo después. Y el padre de Laura le pidió antes de irse: 'Ricky, hacé lo que quieras, pero por favor no me tomes este vino que tengo en la heladera'. Y el Negro le respondió: 'Está bien, está bien'. El tipo cerró la puerta con llave y lo primero que hizo el turro fue ¡agarrar el vino! Me confió que tuvo un par de encontronazos con el padre. Pasa que ella lo dejaba hacer lo que quisiera. Escabiaban juntos. Iban por la calle y le pedía que fuera a caretear monedas para comprar vino y ella lo hacía. Y, como la merca estaba muy cara, juntaba monedas para comprar pastillas. Era más barato y duraba más. Tomaba Reynol y Rivotril. ¡Lo que sería Ricky enrochado y tomando vino caliente por la calle! También a menudo aspiraba poxirrán en bolsitas de plástico".

7

El 16 de marzo, Flema festejó sus catorce años en Cemento junto a Bulldog, Superuva, Doble Fuerza y Embajada Boliviana. Para ese show, que fue especial, el Negro se encargó de organizar todo con lujo de detalles. Rastreó a todos los que formaron parte de Flema en la década del ochenta y los invitó a tocar un tema a cada uno. Juan Fandiño, el creador de Flema, no pudo ir, ni tampoco Fernando Cordera, que fue el primer cantante, los únicos que se hicieron de tiempo fueron Sebastián Corona, primer batero, y Alejandro Boffelli, uno de los primeros bajistas. También participaron

todos los músicos que pasaron aunque sea una vez en la formación durante los '90.

En un momento de la fiesta, Ricky apareció con una torta en la mano y los fans que estaban apostados en las vallas que daban al escenario escupieron la torta a modo de código punk, que significa aprecio. Luego el vocalista se comió una porción sin ningún problema. Todo lo sucedido aquella noche quedó registrado en un video que Ricky llevó una tarde hasta la casa de Alejandro para verlo juntos.

8

Las confesiones de Ricky a Cacho, su último remisero

"El día que me mate, le voy a dejar una carta a Meche"

-Cacho, ¿cómo conoció a Ricky?

-Fue cuando trabajaba en una remisería en Lacarra y De la Serna. Todos en el barrio lo conocían y yo sabía que tocaba en un conjunto, pero sólo nos saludábamos. Solía juntarse con sus amigos por ahí cerca, charlábamos un rato y así empezó a viajar conmigo. A veces me pagaba en el momento y otras no. Como lo bancaba, nunca me defraudaba.

-¿Por qué confió en él?

-Porque Ricky era así. No hacía falta tener mucho tiempo de amistad para que se ganara la confianza de la gente. Era entrador. En realidad era un pibe macanudísimo. Cuando estaba un poquito pasadito, me decía: "¿Te puedo pagar mañana?". Yo le respondía que sí. Si ya lo había llevado y no le podía decir que no. Me decía: "Mirá que mañana vamos para tal lado. Hoy es miércoles. El lunes te pago". Por ahí me pagaba el martes o un día antes aparecía con el dinero. Además de entrador era un caradura.

-¿Adónde lo llevaba?

-Lo llevaba muy seguido a Once. Creo que entraba a una galería sobre Pueyrredón, antes de llegar a Bartolomé Mitre. Después, al centro de Morón. Sé que iba porque le vendían compactos y remeras con su nombre. A los recitales no quería llevarlo porque iba con unos cuantos y era para lío.

-¿Cómo hacía para manejar a Ricky cuando estaba descontrolado?

-El tenía su lado bueno, como también sus locuras cuando estaba

pasado. Más o menos lo dominaba porque le demostraba que estaba enojado cuando él bardeaba a la gente. Le hacía entender que era mi trabajo y que por cuidar un cliente iba a perder dos. Si no me escuchaba, me enojaba de verdad. Por ahí habíamos quedado en encontrarnos una tarde y no lo llevaba. Me llamaba por teléfono: "Estoy en tal lado". Y yo le decía: "¡Te dije que no te voy a buscar!". Y no iba. Cuando se le pasaba el descontrol se disculpaba. Tenía una memoria bárbara. Por causa de su descontrol lo dejé de llevar un tiempo. Porque una vez que veníamos de Morón arriba de la autopista vomitó en mi auto. Paramos arriba de la autopista y limpiamos. Bah, limpió él porque yo estaba re caliente. Mejor no me hagas recordar eso... Por ahí le decía cosas a la gente de los autos que pasaban y a veces hacía chistes y los hacía reír. Yo les hacía señas a los conductores para que no le dieran importancia. Nunca permití que llegara a algún choque con otra persona. Inclusive si se ponía jodida la mano, me abría y doblaba una calle antes. No lo hacía sólo por él sino por mí también. Otra anécdota: un día íbamos por la autopista y me dijo que quería cagar. Bajamos y lo llevé debajo de la autopista. Ahí se puso a hacer sus necesidades. Luego arrojó el calzoncillo detrás de una columna y le alcancé mi franela del auto para que se limpiara. Esas cosas hacía Ricky.

-¿Qué le contaba? ¿Le hablaba de su relación con Meche?

-A pesar de todas las peleas que tenían, él la re quería. Ella se daba cuenta de todo. Y él era un bardero. Tenían sus peleas, y Ricky después se hacía mucha mala sangre. Se ponía muy mal. Pasaban dos o tres días y él sabía los horarios en los que ella lo llamaba. Entonces tenía que estar en la casa sea como fuere para atender el teléfono, más allá del estado en el que estaba. Si no llegaba, la llamaba por teléfono de donde estuviese. Cuando estaba pasado de rosca, yo le recomendaba: "No la llames a Meche ahora que en la forma que estás cualquiera se da cuenta". A veces me hacía caso pero por lo general la llamaba igual. Y ahí era cuando Meche se enojaba otra vez. Pasaban cuatro y cinco días y él insistía en ir a verla. Porque en realidad él la quería mucho. Y hasta último momento fue la piba que más quiso.

-Pero se sabe que él tuvo otra novia a la par de Meche.

-El podía salir con cuatro o cinco chicas, a la que vivía en Barracas la apreciaba. Pero su amor siempre fue Meche. Lo que pasa es que Ricky deseaba tener con ella otra vida, pero ella no quería saber nada hasta que él primero se rescatara. Ricky me confió que quería

irse a vivir con Meche. Aparte, cuando ella iba a los recitales me decía: "Hoy me tengo que portar bien porque está Meche". Como era conocido en su ambiente, las pibas se le acercaban y le pedían autógrafos. Lo perseguían, y él las invitaba a tomar algo por ahí. Inclusive no era que se aprovechaba por ser el cantante de Flema sino que eran las mismas pibas las que se le regalaban. Una vez lo fui a buscar a Once y estuve esperándolo un rato largo. Cuando salió, estaba con dos pibas y un pibe. Eran de Burzaco. De ahí los llevé hasta Av. Santa Fe, los dejé en un bolichito y me vine. Me llamó como a las diez de la noche para que lo fuera a buscar. Volvimos con las dos pibas. Una sería menor de edad y la otra un poquito más grande. Menos mal que las dejamos en la estación de Avellaneda porque él las quería llevar hasta Burzaco. Y las pibas también. Yo me atajé: "¿Hasta Burzaco? ¿A esta hora? Ricky, vos sabés que tengo que terminar de trabajar, tengo que ir a casa. Me espera mi familia". Al final lo convencí. Si las llevaba hasta Burzaco, él iba a tener que pagar todo. Después se iba a quedar sin un mango, como siempre. A veces cobraba algo de dinero y yo le hacía recordar: "¿No quedaste con tu mamá que le ibas a llevar plata?". Y él me decía: "¡Ah, sí! Llevale esto a mi mamá y decile que me guarde esta otra parte".

-Alguna vez habrá llevado a Laura. ¿Ella conversaba con usted?

-Sí. Me encontraba entre la espada y la pared porque la piba me preguntaba cosas: "¿Ricky sigue saliendo con la novia que tenía antes?". El le diría que se peleó y que no la veía más. Vaya a saber... Yo eludía la conversación porque no sabía qué decir. En cambio Meche, como era una piba seria, prácticamente ni hablaba arriba del auto. Inclusive ni él jodía. Por ahí se mandaba algún bolazo pero hasta ahí nomás porque Meche lo tenía cortito.

-¿Cómo era la relación de Ricky con los padres en los últimos años?

-El cuando andaba sin tomar y sin darse vuelta, se llevaba bien con los padres; cuando estaba dado vuelta, los viejos se embroncaban por las macanas que se mandaba. La madre se mortificaba mucho. Me llamaba y me preguntaba dónde lo había dejado. A veces le mentía y le decía que estaba en lo de Meche. Hasta que él les confesó que estaba saliendo con la piba de Barracas. Y ahí yo ya podía decirles la verdad a sus viejos. Recuerdo que lo llevaba y traía muchas veces hasta la casa de la piba de Barracas. Siempre me pedía que le retirase discos de su casa y que se los llevara a lo de la chica.

-¿Le expresó que no tenía más ganas de vivir en alguna oportunidad?

-Muchas veces habíamos hablado de eso. Porque él era muy sentimental. Hablábamos de lo más bien y de repente se ponía a llorar. "Lo que pasa es que a mí nadie me quiere", decía. Una vez, después de una pelea que tuvo con Meche, me dijo que se iba a matar. Y yo le dije: "¡Vos que te la das de tan vivo con las minas me decís que te vas a matar por una mujer! ¡Por qué no te dejás de hinchar y te dedicás un poco a vos! ¡No te das cuenta de que el problema no es Meche sino vos! ¡Cómo querés alquilar una casa e ir a vivir con ella en el estado en que te encontrás!". Y él me preguntó: "Cacho, ¿vos para qué vivís?". Yo le respondí: "Trabajo, voy a mi casa, tomo lo normal". Ahí me dijo: "Esa es tu vida: hablás de tus hijos, hablás de tu mujer que tiene un carácter feo, fuerte. Meche es parecidísima a tu mujer por el carácter que tiene. Tu vida es para tus hijos y para tu mujer. En mi caso, mi vida es para Meche, pero son más los días que estamos separados que juntos. Ella es mi vida, como también las drogas y las bebidas. Hoy por hoy me da lo mismo morir. Lo que quise, más o menos lo logré, que es cantar para Flema, tener un poco de merca y estar con Meche. Ella ya no me da bolilla. Pero no te preocupes, porque el día que se me ocurra hacer eso les voy a dejar una carta a Meche y a mi mamá, y te voy a dejar una carta a vos". Era claro: quería llegar a algo con Meche. Al no llegar a nada decía que se iba a matar.

-Se deprimía demasiado...

-Sí, a tal punto que ese día habló de matarse.

9

Destino: Bahía Blanca

El 23 de junio por la noche, los Flema partieron en un micro de larga distancia hacia Bahía Blanca para tocar al otro día. Los había contratado un muchacho de allá, apodado Palito, que era productor y conductor radial de un programa llamado Choripán rock. El viaje fue caótico y Ricky, que fue acompañado por Laura, como siempre dirigió la batuta. Junto a Luichi se bajó una botella de whisky mezclado con el jugo de naranja de la máquina expendedora del micro. Durante parte del viaje generó pánico entre los pasajeros particulares: fumaba, gritaba, cargaba a la gente y se paseaba por el pasillo con la botella bajo su brazo. Motivos por los cuales los

pasajeros se quejaron infinidad de veces ante el chofer. Pero como mediante el diálogo con el rockero no se llegó a nada, el conductor del micro se detuvo en Olavarría, llamó a la policía y los integrantes de la banda cayeron presos. Para sorpresa de los propios policías, Ricky empezó a regalarles discos. Y entre los uniformados resulta que dos conocían a Flema y encima tenían hijos fanáticos del grupo. Al final, los mismos oficiales terminaron pidiéndole que les firmaran autógrafos. Como todo se solucionó rápido, el grupo retomó el viaje hacia Bahía. Llegaron al mediodía y lo primero que hicieron fue ir al gimnasio del Club Universitario, en donde tocarían esa noche. Al Negro en el fondo lo que menos le importaba era conocer el lugar. Apenas ingresó en el gimnasio se encontró con que estaban probando sonido las bandas locales que serían sus soportes: Ser Ebrios y Mamados. Así y todo, su voz sobresalía de la de los integrantes de los grupos: "¿Qué gusto tiene la sal? ¡Salado!", gritó eufórico pidiendo de ante mano que alguien le consiguiera algo para aspirar. Había un grupo de chicos amigos de las bandas bahienses que observaban asombrados al líder de Flema. Se entendía que fuese así porque era la primera vez que lo veían y además había muchos mitos sobre la personalidad del astro punk.

Los organizadores trasladaron a los músicos en una combi hasta el hermoso hotel Los Angelitos, en la calle Chiclana, pleno centro de la ciudad. A la tardecita volvieron al gimnasio para probar sonido. En la calle, un grupo de fans se acercó para que les firmaran autógrafos pero como unos patovicas se lo impedían, el cantante discutió con ellos para que dejaran que sus simpatizantes se acercaran. Luego, antes que empezara el concierto todo el grupo se metió en los camarines y Ricky se tomó su tiempo para maquillarse. Llevaba una remera de Almafuerte para contrarrestar la mala onda entre tribus punks y metaleras, ya que se había enterado que el grupo de Ricardo Iorio tocaría en el mismo lugar al otro día. En un momento se agachó y se le cayó un pin de la campera. Cuando lo levantó vio que a su lado estaba Palito, con quien recién se había presentado: "Tomá, te lo regalo, porque si se me cayó es porque quiere estar con vos", le dijo convencido, y lo sorprendió por completo.

Cuando finalizó el recital, los integrantes de Flema salieron a pasear con sus fans por el centro de la ciudad y bebieron toda la noche. Ricky se pasó de rosca y terminó extraviando su billetera, pero recién se dio cuenta al mediodía, cuando el resto de sus compañeros de grupo ya habían emprendido el regreso a Buenos Aires. En cambio, él prefería quedarse con Laura para ver el show de Almafuerte. Por la tarde, fue con su chica hasta el gimnasio porque quería saludar a Iorio. Cuando llegó al lugar, el cantante estaba charlando con Marcelo Caputo, su manager. Ambos estaban parados al lado de una rastrojera mientras esperaban que sus plomos terminaran de bajar los equipos. Ricky se acercó entusiasmado porque hacía mucho que no veía al vocalista heavy y tenía ganas de darle un abrazo. Pero como el líder de Almafuerte no estaba de humor porque hacía muy poco tiempo que su esposa se había suicidado, apenas dialogaron unos minutos. Como Ricky percibió que no había mucha onda, se despidió y siguió su rumbo con Laura por las afueras del gimnasio. Mientras deambulaban por allí, vieron que un grupo de metaleros estaba tomando mate dentro de un control de seguridad. El Negro se mandó con su chica y pidió que les convidasen unos verdes como para entrar en onda. Enseguida se puso a charlar con dos chicos llamados Marcos y Chelo. No tardaron en entrar en confianza y les preguntaron si sabían de algún lugar para hospedarse de garrón durante un tiempo. Tuvieron tanta suerte que consiguieron que esos pibes los invitaran a su vivienda, que quedaba en Brown al 400, un lugar muy conocido en Bahía Blanca. Le decían El Bulo y era una casa tipo PH que contaba con tres habitaciones y algunas camas. Allí, al fondo del zaguán, solían reunirse todas las tribus rockeras para copetear por las noches. Rápidamente, Ricky se hizo amigo de todos los que solían visitar el lugar: Guli, Ramón, Punkie -integrante de un grupo llamado Pendejo-, Valeria, Gina, Memo, Analia y V8 -con quien discutía seguido pero siempre en joda-.

A los pocos días de instalarse en El Bulo, el cantante de Flema quería que Laura regresara a Buenos Aires para poder hacer la suya. Aunque con ella la pasaba de primera, prefería que se fuera porque la chica se había escapado de la casa y su padre no sabía dónde estaba. Entonces el Negro buscó la manera de convencerla y la hizo volver.

Como Ricky no podía vivir sin la música, un día fue al ensayo del grupo de Punkie y zapó con ellos durante un largo rato. Palito se sumó en la batería y llevó a su novia porque era fanática de Flema. Ricky le puso nombre a la banda: Bahía Black, y hablaron de programar alguna fecha, cosa que nunca se dio.

Al Negro le costó conseguir el dinero para volver a Buenos Aires. En uno de sus intentos, llamó por teléfono a Meche para que le

mandara plata, pero ella se negó rotundamente. Finalmente, Guli le prestó parte de lo que necesitaba y además recibió la ayuda de un integrante de Flemita que le mandó dinero por correo. En la despedida, los chicos de El Bulo le expresaron que tenía las puertas abiertas para cuando quisiera regresar.
Su vuelta a Gerli implicaba llamar a Meche y decirle que ya había regresado. Discutieron durante un par de días porque ella estaba enojada, pero luego se reconciliaron. Algunos fines de semana, el rockero solía acompañarla a trabajar de noche porque ella filmaba grupos para un programa de televisión en un canal de Lanús. O si no se juntaban con el Hongo, bajista de Flemita, y su esposa, porque existía una magnífica relación entre las dos parejas. Por otro lado, el Negro aprovechó para tocar algunas veces con Flema o su banda paralela. Una tarde, Carlos Tórtola lo llamó y le ofreció telonear a Misfits el 26 de julio en su visita a la Argentina. Llegaron a un acuerdo y Flema hizo de grupo telonero en Hangar, ante tres mil personas. Ricky, en pleno recital, se bajó los pantalones como de costumbre.
A principios de septiembre, nuevamente aparecieron las peleas entre Ricky y su novia: algo de nunca acabar. Entonces él aprovechaba para verse otra vez con Laura. Para esa época, Flema había sacado a la calle Caretofobia 2.
Como Ricky se la pasaba deprimido porque su relación con Meche no marchaba, un día fue hasta Retiro a sacar un pasaje para retornar a Bahía Blanca. Para colmo, hacía poco que había fallecido de sida su amigo Piktor, cantante de Pepe Albano y el Reviente, y ese era otro motivo que tenía a mal traer al líder de Flema.
Llegó a destino un miércoles a las nueve y media de la mañana y se dirigió directamente a El Bulo. Cuando los fans del cantante de Flema se enteraron de que Ricky estaba de vuelta en Bahía, muchos se acercaron con comida y cartones de vino. Él se ponía contento porque tenía para beber, pero la comida pasaba inadvertida. Al transcurrir los días, lo poco que comía lo vomitaba. Los chicos de El Bulo estaban preocupados porque no se alimentaba y porque aparentaba sentirse mal. Una mañana se levantó y exclamó: "¡Uy, me cagué!", y como los chicos no le creían se metió la mano en el pantalón y la sacó llena de diarrea. "¡Vieron que no me creían!", les dijo, y frotó su mano sucia en la pared. Los chicos estaban horrorizados, pero igual le demostraban cariño y Ricky les expresaba que se sentía cómodo con ellos. Como la mayoría de los pibes eran fanáticos de Olimpo de Bahía Blanca, le pidieron por favor que se sacara una foto con la remera del club, y él accedió.

Con el líder de Pendejos arregló para realizar un recital en conjunto con Flemita para el 9 de septiembre; de esta manera quería retribuir la camaradería que todos tuvieron con él. Entonces llamó por teléfono al Hongo, le comunicó lo de la fecha y le encargó que viajara con el resto de los integrantes. Y así se hizo nomás. Al día siguiente, por la tarde salieron un rato a pasear y fueron hasta el zoológico y regresaron porque Ricky quería ver la final de la Copa Libertadores porque el club grande con el que simpatizaba era Boca. Y al final, el equipo de Bianchi ganó la copa y el Negro se sumó a los festejos que se llevaban a cabo en la Plaza Rivadavia. Mamado como estaba, fue centro de atención entre la masa de gente de riguroso azul y amarillo, y nadie podía creer cómo logró zafar de que lo llevaran a él entre los que la policía detuvo. Después volvió a El Bulo y se tiró a dormir en el piso en posición fetal. Durante la semana, el líder de Flema hizo un acústico en vivo en el programa radial de Palito porque cumplía años su programa. Al conductor le regaló dos compactos de Flema y dijo al aire antes de disponerse a tocar: "Feliz cumpleaños, Choripán!". Llegó el sábado nuevamente y esa noche se presentaba Attaque 77 en Josué, un pub refinado. Todo el grupo que paraba en El Bulo fue a pasar el rato. Ricky saludó a Ciro Pertusi e intercambiaron palabras. Cuando el conjunto subió al escenario, el cantante de Attaque dijo en el micrófono: "Un aguante para Ricky de Flema que está acá". Mientras duró el concierto, Ricky molestó a medio mundo porque tenía mucho vino encima. Cargoso como estaba, intentó manotearle el traste a Vicky, la novia de Palito. Entonces Palito se agreteó y lo zamarreó: "Ricky, dejate de romper la pija. No bardees a la gente que te quiere. Bardeá a los pelotudos que están acá, que son unos giles". Espinosa se disculpó, se metió en el medio de la gente y revoleó trompadas para todos lados pero no pasó nada grave. A los pocos días, de golpe volvió a Buenos Aires, llamó a los integrantes de Flema y planeó tocar en Cemento a la brevedad.

10

Era vox pópuli dentro del ambiente rockero que al vocalista de Flema le fascinaba la música stone. No se comía ni media ante lo que pudieran opinar sus pares punks que siempre le criticaron su postura. Ricky, cuando no salía con alguna de sus novias aprovechaba para ir a ver a alguna banda rolinga a Cemento. Fue así que compartió camarines con La 25, con Los Gardelitos (que en

una de sus canciones mencionan a Flema) y con Los Villanos. En realidad con estos últimos desde hacía bastante tiempo que se relacionaba. Y como había tanto feeling entre el cantante de Flema y Niko, líder de la banda villana, coincidieron en ofrecer juntos dos recitales los días 5 y 6 de octubre en el Teatro del Plata, a sala llena y sin ningún enfrentamiento de tribus. Por otro lado, hacía varios meses que Flema no tocaba en Cemento. Hasta que el 30 de noviembre se produjo la vuelta al escenario del local de Chabán como soportes de los Dead Kennedy, banda emblemática del punk que visitó nuestro país. En los diarios se anunció al grupo norteamericano junto a una banda sorpresa, pero con una A de anarquía. El público flemático cazó el mensaje y de inmediato se corrió la bola de que los teloneros serían los Flema. Como era de suponerse, Cemento se llenó y la gente coreó más los temas de Ricky que los de la propia banda estadounidense. El se puso muy contento por eso. Sin embargo, nada de lo que tuviera que ver con su vida artística podía llenar ese vacío interno con el que convivía por esos días. Y los que lo conocían de cerca se daban cuenta de eso.

CAPÍTULO IX

Camino al cielo (o al infierno)

Voy a irme, lo sé
me despido, ya ves
no hay razón de estar así
no me llores, prometeme
que en mi ausencia estarás bien
prometeme que estarás bien
y al mirar al cielo azul
me recordarás
me recordarás...

(Ricky Espinosa, Vida Espinosa)

1

Durante la última época de Flema, los integrantes del grupo punk no se veían muy seguido. Cada uno hacía la suya: Diego pasaba más tiempo con Analía, quien estaba a punto de dar a luz a su primogénita, Maricela; Luichi iba asiduamente a Caballito para encontrarse con Vanesa, su novia (una ex chica de Ricky); Fernando dejó de vivir en Larrazábal y luego de un breve paso por las Torres Pueyrredón se instaló en una casa cercana a la cervecería de Quilmes -estaba refaccionando su vivienda de Gerli-; Gonzalo andaba más bien con los amigos de su barrio, y Ricky alternaba sus días entre su casa y la de Laura, en Barracas. Si los chicos se reunían, sólo era por cuestiones musicales: de vez en cuando para ensayar, arreglar alguna fecha o emprender algún viaje. De todos, Ricky y Diego eran quienes más se mantenían en contacto durante la semana.

Planear el verano 2002 no había sido cosa sencilla. Los primeros días de enero fueron a Rosario -hacía casi dos años que no se presentaban en esta ciudad-, ya que habían sido invitados por Bulldog para tocar en The Edge, un galpón ferroviario ubicado en el corazón del barrio Funes. El lugar prácticamente explotó por la cantidad de gente que se congregó desde temprano para alentar a Ricky. Por otro lado, Flema tenía problemas con los bolicheros de la costa Atlántica, quienes se oponían a llevarlos a tocar porque el

Negro tenía la costumbre de hacer lío cuando iba para allá en los veranos. De todas formas, el rockero se las ingenió para presentarse en otros sitios con su conjunto.
El 1° de febrero ofreció un show junto a 2 Minutos, Bulldog y Argies en Hangar, bajo el ciclo Verano 5. Y aunque la entrada salía sólo cinco pesos no se reunió demasiada gente para verlos en escena.
También les surgió la posibilidad de realizar una gira que los llevó por el sur y otros lugares del interior. Máximo Bueno, manager de Bulldog y titular del sello independiente Pinhead Records, se encargó de la organización. Fue así que Flema se dio el gusto de tocar en Río Gallegos dos noches seguidas a mediados de mes. Diego, Fernando, Maxi Bueno y el Grunge, un colaborador ad honorem de la banda, pararon en un departamento prestado. En cambio, Ricky y Gonzalo se hospedaron en la casa de uno de los integrantes de Nadaxnada, la banda local que tocó por las noches con ellos. Los shows se llevaron a cabo en un bar llamado Súper Domo. Como el escenario era precario y no tenía altura, hubo conexión directa con la gente que se congregó para ver de cerca a su banda preferida.
Para el primer recital, Gonzalo, el violero, estaba tan borracho que insólitamente se acostó a dormir en el piso del escenario con su guitarra a cuestas, mientras sus compañeros seguían tocando y cantando. El público sureño, que no estaba acostumbrado a ver semejante cosa, creía estar apreciando un cuadro surrealista. Por tal motivo, al otro día Fernando mantuvo una fuerte discusión con el violero. Luego Ricky intervino y también repudió la actitud del guitarrista. Es que Flema siempre tuvo como norma "tocar o tocar a pesar de estar zarpados de drogas o de alcohol". Por eso lo que hizo Gonzalo tampoco lo toleró el resto de los integrantes y al llegar a Buenos Aires el guitarrista fue separado de la banda por decisión unánime.
Como El Pasillo de Avellaneda seguía cerrado, Flema volvió a realizar sus ensayos en el complejo musical La Viga. Aunque en realidad se juntaban poco y nada, porque Ricky era consciente de que cuando salían a tocar a algún lado, siempre estaban dados vuelta. Raras veces se mostraban dentro de sus cabales. Si al Negro se lo veía lúcido sobre un escenario sólo era porque Meche andaba cerca: y eso últimamente no sucedía porque la pareja se encontraba distanciada desde hacía rato. Por ese entonces era Laura quien pasaba más tiempo al lado del cantante y a ella no le importaba

demasiado si su chico estaba borracho o lúcido porque por lo general los vicios eran compartidos. Cuando Ricky estaba aburrido se tomaba el 100 para pasar aunque sea el rato con los dueños de la sala de Lanús. Entraba y se quedaba largas horas dentro de la vivienda que Pablo Podestá tenía en el mismo complejo. El líder de Flema amaba la música y sólo en ese ambiente se sentía cómodo. Allí también se encontraba con Resorte, su amigo y líder del grupo Humano Querido, o con el Piyo, un personaje que, como él, siempre andaba merodeando el sitio.
Bajo efectos de estupefacientes, las paranoias de Ricky saltaban a la vista en 2002. Es que se había hecho incontrolable otra vez, y si se amigaba con Meche, que era contado con las manos, se perseguía pensando que ella lo iba a encontrar arruinado y con alguna gira nocturna encima. Como Meche solía telefonear a la sala para arreglar alguna cita con su novio en los tiempos en que la relación estaba viento en popa, Ricky, cuando estaba zarpado, perdía noción de la realidad y se horrorizaba pensando que su chica llamaría en cualquier momento. También alucinaba con que ella iba a caerle de sorpresa. Entonces se encerraba a oscuras en alguna de las salas y le decía a Gardelini: "¡Ahí viene Meche!", terriblemente asustado. Nadie podía hacerle entender que ella no iría a buscarlo. Otra vuelta, en la que también estaba zarpado de falopa, le juró a Luichi una y otra vez que lo perseguían seres que sólo él veía: "Estoy viendo duendes. La gorda esa me quiere pegar. Que no me llame Meche porque me agarra un ataque al corazón", decía, temeroso, mientras temblaba como una hoja.
Cuando se veía con los integrantes de la banda, a menudo les pedía cinco pesos prestado con la excusa de que se tenía que amigar con Meche. Pero resulta que no se arreglaba y gastaba el dinero que le habían dado comprando vino en algún almacén de turno. Al final, terminaba bebiendo solo por ahí, porque ya ni los amigos de su barrio toleraban pasar el rato con él cuando estaba borracho, ya que se tornaba insoportable, por lo cargoso y agresivo.
El lugar de Gonzalo en Flema lo ocupó de inmediato Maximiliano Martín, un joven guitarrista que se desempeñaba en Flemita desde hacía un tiempo. Ricky quería que se sumase porque era virtuoso, pero a su vez le generaba una preocupación: el muchacho era tímido y no era del palo. Sin embargo, el flaco sorprendió a todos cuando debutó con soltura en Cemento el viernes 15 de marzo, día en que Flema festejó sus quince años de vida. A esta fecha le siguieron otras en La Plata y el sábado 13 de abril tocaron en Casa

Babylon, un famoso antro rockero cordobés. Allí dieron un recital caótico para la prensa local pero fascinante para la opinión de la monada punk.

Como era costumbre en los recitales de Flema, subieron los fans al escenario mientras Ricky estaba cantando la canción Nunca seré policía. Pero en un momento pasó algo nunca visto en un concierto de rock: a Huguito, un amigo de la banda que había viajado con ellos, una mina que se había levantado le estaba realizando sexo oral arriba del escenario, a un costado de los músicos. Todos los presentes fueron testigos de esa escena erótica, que después se trasladó a los camarines, cuando los integrantes de Flema finalizaron el show. Al día siguiente partieron rápidamente a San Juan, en donde sólo tocaron y de prisa retornaron a Buenos Aires por otros compromisos.

De vuelta en casa, Ricky firmó contrato con Fernando Iñiguez, de Heaven Records, para la producción del octavo disco de Flema, 5 de copas. El líder del grupo tenía pensado guardarse la plata que recibiría para luego emprender un viaje a Brasil con Meche, si se amigaba en serio en algún momento. Además tenía deudas con punteros que lo abastecían de drogas. El contrato incluía un monto de dinero por la salida del compacto y además la edición de un disco, cuyas canciones Ricky había grabado con Diego Piazza en 1999 pero nunca logró producirlas. Fernando no estaba de acuerdo con que un sello volviera a editarlos (Caretofobia 1 y 2 los hicieron por su cuenta) porque pensaba que iban a obtener poco en regalías después del adelanto monetario que en general suelen recibir las bandas. Luego de poner el gancho, el cantante de Flema recibió ciento cincuenta pesos que se los deliró el mismo día saliendo de joda por ahí. Pasadas unas semanas, recibieron trescientos cincuenta pesos más y entraron a grabar. Mientras tanto, algunos fines de semana ofrecían recitales por distintos lugares como para conseguir algo de efectivo. El viernes 19 de abril retribuyeron a Bulldog la fecha de principios de año en Rosario y organizaron para tocar sólo los dos grupos en el Showcenter de Haedo. El local estuvo repleto de público que se dispuso a poguear casi toda la noche. Esa fue la última vez que el grupo rosarino compartió un escenario con Flema.

El álbum 5 de copas se grabó en Ayacucho 490, Capital. Si bien Ricky casi todos los días estaba descontrolado, todo transcurrió en paz. Y eso que el disco se ensayó sólo dos veces antes de entrar a registrarlo. Pero a diferencia de las placas anteriores, esta vez el

vocalista, quien siempre se caracterizó por ser puntilloso en las grabaciones, dejó que cada uno de sus compañeros hicieran lo suyo con sus instrumentos. De esta manera, 5 de copas fue el único cd que se realizó en un clima de armonía y sin discordia entre los músicos.

Ricky estaba muy contento con la formación actual de la banda, puesto que todo estaba saliendo redondo en Flema: conseguían fechas seguidas y encima estaban sonando mejor que lo habitual por la energía que transmitía Maxi al resto desde su inserción. En el nuevo material discográfico aparecerían dos canciones de Fernando y de Luichi, respectivamente. Las veinte restantes las compuso Espinosa. Una de las letras más notables del disco la llamó El final. Este tema refleja claramente los sentimientos del cantante en aquel momento de su vida:

En la vida no hay futuro, el presente es el final
la alegría no es eterna, siempre es triste al final.
Vas cayendo día a día, esperando el final
y aunque siempre des la mano, quedás manco al final.
Ves tus sueños que se escapan mientras llega el final.
La esperanza no es salida, el fracaso es el final.
Nubes grises sólo un día, siempre es negro el final.
Alguien puede engañarte cuando menos lo esperás.
Alguien puede traicionarte cuando menos lo esperás.
Mis palabras son amargas, más amargo es el final.
Si el principio fue en vano, no es en vano el final
quedás solo al final
ves tus sueños que se escapan mientras llega el final.
La esperanza no es salida, el fracaso es el final.
Si el principio fue en vano, no es en vano el final.

El viernes 17 de mayo surgió la posibilidad de grabar el primer disco en vivo de Flemita, pero sobre la hora se frustró. Se iba a realizar en CBGB, una cueva rockera situada en Bartolomé Mitre 1552. Y en el aviso que publicaron en el diario figuraban como invitados los grupos SNIF, Todo Por Ahora y Tetradictos. Aquella noche todo estaba listo para dar comienzo en el lugar, que estaba colmado de gente. El Hongo y Diego ya habían probado sonido sin Ricky y recién cuando finalizaron fueron hasta Gerli para levantar al líder y volverse pronto para CBGB. Eran las diez de la noche y en el semáforo de la esquina de Bartolomé Mitre y Montevideo, un

patrullero los interceptó porque el policía que manejaba les vio caras de sospechosos. En realidad, la cana estaba realizando un procedimiento por la zona porque unos ladrones acababan de robar un negocio. Y justo los Flemita cayeron en la redada sin tener nada que ver. Se acercaron hasta el auto del Hongo, hicieron bajar a los chicos y los pusieron contra la pared. Luego revisaron el coche y encontraron marihuana esparcida debajo de los asientos delanteros. "Háganse cargo, háganse cargo!", decía una y otra vez uno de los oficiales. Como nadie dijo nada, fueron trasladados hasta la comisaría de la zona, que desafortunadamente era la misma por la que Ricky pasó en 1999, cuando lo apresaron en la puerta de Sadaic. Estuvieron detenidos por averiguación de antecedentes. Luego de un breve interrogatorio les extrajeron los cinturones y cordones y los metieron en el calabozo. Adentro todavía perduraba una inscripción que el vocalista había hecho tres años antes en una de las paredes. Se leía: "Ricky Gerli". Mientras tanto, afuera los policías estaban mirando por la tele El manosanta, la película de Alberto Olmedo. A la madrugada, un grupo de fans que se enteró de lo sucedido porque uno de ellos vio cuando los arrestaban, organizaron una sentada frente a la comisaría para que liberaran a los chicos, pero fue en vano. Recién los largaron cuando se hizo de día. Y eso que el jefe del operativo conocía a Ricky desde hacía años porque por lo general custodiaba en la cuadra de Cemento. Pasado el mal trance, la noche del domingo Ricky viajó con Flema a Campana porque tenía pautado dar un show allá. Al otro día volvieron a internarse en la sala de grabación con la intención de finalizar la labor con 5 de copas.
Para el sábado siguiente, que era 25 de mayo, Omar Chabán organizó un festival al que llamó Patria Punk y en el que participaron Flemita, 2 Minutos, Doble Fuerza y Bulldog.
Esa noche Ricky estaba triste y se lo comentó a Florencia Pérez Fernández, una cronista que se acercó a los camarines para hacerle un reportaje por la fecha patria para el programa Costumbres argentinas, que conducía Ezequiel Abalos en FM La Tribu. Esto fue lo que respondió Ricky:
"Patria Punk es utópico porque el punk no tiene banderas, no es patria. Es igual al arte, que no tiene cerebro ni neuronas. Por lo menos el nuestro. Cuando era chico les daba pelotas a las fechas patrias pero porque mis viejos me ponían la escarapela argentina. Después, cuando crecí, empecé a interiorizarme de las cosas y me di cuenta de que son sólo números del almanaque. Igualmente, hoy

tengo puesta una remera con la bandera Argentina. No te voy a negar una cosa: de chico amaba a San Martín, a Belgrano, Sarmiento; eran todos iguales. Después cuando leí un poco de política argentina me di cuenta de que eran todos enemigos entre ellos y que se cagaban a tiros como ahora. La única fecha que hoy significa algo para mí es el 2 de abril, pero a nivel traición del ejército hacia el pueblo. Después están la fechas de cumpleaños de mis seres queridos. Después está el 11 de septiembre, el Día del Maestro, porque se murió Sarmiento, que era un vende patria, qué sé yo... podés amar la patria pero odiás a los que vendieron la patria. Para mí la patria son mis seres queridos, aunque sea uno chileno, otro boliviano. Si tengo un amigo de otro país va a ser un ser querido mío, no tiene nada que ver con la bandera, lo que pasa es que todo eso es una movida política para separar a los pueblos... Estoy serio hoy, ¿no? Bah, me parece a mí. Si digo que estoy bien es una manera de decir. En realidad, estoy defraudado, desilusionado, descorazonado por confiar en la gente. Hoy creo que el último disco, el nuevo disco de Flema que estamos grabando, habla mucho de eso. Cada disco que saco refleja el momento en el que estoy".

2

Los primeros días de la última semana de mayo, Ricky parecía estar un poco mejor de ánimo. Se distanció de Laura y se reinstaló en su casa. Les aseguraba a sus compañeros que se arreglaría con Meche a toda costa. Con ella habló el lunes por la tarde desde un teléfono público y trató de convencerla para que se vieran el sábado siguiente. Ese mismo día se había juntado en una pizzería a comer con Cristian Aldana de El Otro Yo, quien lo invitó a grabar el tema Punk para su disco Colmena, en el que quedó sellada la amistad entre los dos cantantes.
El miércoles a la tardecita, Ricky apareció drogado y borracho por la esquina de El Expreso, un bar en Gerli. Estaban todos sus amigos del barrio tomando unas cervezas tranquilamente. Ricky llegó y se puso a molestarlos y ellos lo dejaron solo y al Negro no le quedó otra que irse para su casa.
El jueves 30, el cantante punk se levantó cerca del mediodía y partió para al estudio de grabación en el centro. Esa tarde grabaron las últimas voces del disco de Flema, que era lo único que faltaba. Apenas llegó, conversó con Luichi y luego fue a comprar una botella de alcohol fino a una farmacia con cuatro pesos que tenía encima.

De nuevo en la sala, con Luichi prepararon su antiguo brebaje -mezclaron alcohol con Tang- para serenarse antes de registrar las voces. A su vez, unos músicos que también estaban dentro del lugar, antes de irse les regalaron una botella de vino tinto recién descorchada. Ellos dos, contentos de la vida. Enseguida que empezaron a mezclar las bebidas a Ricky le pegó fuerte. De todas maneras, concluyó profesionalmente con su parte del trabajo. Al estar todo listo, el vocalista partió con Luichi hacia Avellaneda. Durante el viaje, bebieron un poco de vino arriba del colectivo 24. Se bajaron a dos cuadras de la casa de Luichi con la intención de quedarse un rato allí, aprovechando que la madre del guitarrista estaba en Mar del Plata. Media cuadra antes de llegar a los monoblocks del Barrio Güemes, se encontraron con un grupo de pibes conocidos de Luichi y se quedaron charlando alrededor de media hora. Antes de partir, les dejaron la botella de vino semivacía y ellos le siguieron dando duro al alcohol fino. Sobre la marcha, cambiaron de planes y se dirigieron primero hasta la casa de Fernando, en Gerli, pero el bajista no estaba y los chicos debieron cambiar de rumbo. Por esas casualidades se encontraron en la calle con Hugo, un amigo del grupo. Con él se pusieron a tomar unas cervezas y se quedaron charlando un rato. Luego el chico se fue y a Ricky y a Luichi se les ocurrió ir a golpearle la puerta al puntero de la cuadra para que les habilitara merca, de esta manera pretendían rescatarse un poco de la borrachera. El puntero se negó porque los chicos no tenían dinero para pagarle. Prefirió decirles que no tenía nada para ofrecerles. Entonces no les quedó otra que retirarse de la zona y dejaron la botella de cerveza vacía en un canasto de basura. Inmediatamente partieron para la casa de Ricky, porque el músico quería levantar unos compactos de Kiss y además devolverle un pulóver a Luichi que le había prestado hacía unas semanas. Mientras iban caminando por las calles de Gerli, el líder de Flema gritaba insistentemente por el club de sus amores: "¡Dale Porve!, ¡dale Porve!". Al llegar a su casa, Ricky se puso la remera del club de sus amores, como hacía siempre cuando estaba arruinado, luego hizo un llamado telefónico y minutos después partió con Luichi de nuevo a la calle a gritar por El Porvenir.

Eran las siete y media de la tarde. Sus amigos del barrio, que estaban tomando una cervezas en República del Líbano y De la Serna, cuando vieron que el cantante se acercaba fisurado, rajaron de la esquina al instante. En eso, Cacho, el remisero, pasó con su auto y Ricky lo vio. Le hizo señas para que se acercara y le suplicó que lo llevara junto a su amigo hasta los monoblocks. Cacho accedió, pero antes le hicieron dar un par de vueltas por los suburbios. El motivo consistía en conseguir algún kiosco que les fiara cervezas y así dejar de beber el alcohol fino. Incluso le pidieron prestado dinero al conductor, quien se negó diciéndoles que no tenía. "Está bien, no importa. Total nos queda un porquito de alcohol fino en una botella, lo mezclamos y le damos a eso. Otra no nos queda", se consoló el vocalista.

Luego de dar vueltas en vano, el remisero se cansó y les dijo a los músicos que tenía que continuar trabajando. Entonces el Negro le pidió que los dejara en la calle Güemes. Allí se bajaron y subieron al departamento de Luichi, situado en un quinto piso, en Amaro Giura 1379. Primero bebieron una sobra de ron que Luichi tenía en una cristalera y luego se bajaron lo poco que les quedaba del alcohol. Para conseguir mejor gusto, el violero cortó un limón, lo exprimió y lo mezcló. El sobre de Tang que sobraba lo tiró a la basura. Siguieron bebiendo algo más que encontraron por ahí y fueron hasta la habitación del guitarrista. Allí Luichi contaba con su entretenimiento de todos los días: el Playstation. Conectaron el aparato y se pusieron a jugar un rato. Luichi se sentó en una silla y Ricky se acomodó en otra, a su lado. El televisor estaba inclinado sobre una mesita que daba a la ventana. De repente, Ricky exclamó: "¡Me voy a tirar! ¡Me voy a tirar!". Corrió el televisor y se lanzó por la ventana al vacío. Luichi, estupefacto, sólo atinó a lanzar sus brazos por la ventana para intentar agarrarlo, pero el cuerpo ya estaba incrustado en el césped de planta baja. El guitarrista se asustó y bajó las escaleras corriendo. Al llegar a la calle, vio que Ricky aún estaba vivo pero no se movía. Sólo se oían sus quejidos, como si le doliesen diferentes partes del cuerpo. Unos vecinos que presenciaron la tragedia llamaron de inmediato a los bomberos y ellos se comunicaron con el hospital... La ambulancia tardó a razón de media hora en auxiliar al cantante de Flema, quien fue trasladado de urgencia al Hospital Fiorito. Luichi, desesperado, lo primero que atinó a hacer fue tratar de ubicar a Fernando, a quien encontró en su casa de Quilmes. Tratando de controlar sus nervios, le contó como pudo lo sucedido al bajista y le rogó que lo acompañara hasta la casa de Ricky para comunicarle a sus padres la tragedia. Después de contarle la desgracia a la familia de Ricky, partieron raudamente hacia el hospital con la esperanza de recibir una noticia alentadora. Pero no fue así, Ricky había expirado mientras lo trasladaban en la ambulancia.

3

A las diez de la noche, en la esquina de Lacarra y Casacuberta, pleno corazón de Gerli, los padres de Ricky se encontraban abrazados y llorando la desdicha de haber perdido a un hijo. Junto a los Espinosa estaba la madre del Mono, amiga de la familia, tratando de consolar a quienes no les quedaba otra que juntar un poquito de fuerzas para conseguir un lugar donde velar al rockero. Claudia y Daniel, hermanos del cantante, también colaboraron en la búsqueda. Recién al otro día se pudo hacer algo porque primero tuvo que intervenir un médico forense. Además, se allanó la vivienda de Luichi en búsqueda de evidencias y fue interrogado. Hasta ese momento, en la Comisaría 1ª de Avellaneda se instruían actuaciones por "averiguación causales de muerte". Recién cuando todo quedó aclarado, los familiares del líder de Flema hicieron los trámites con una casa de velatorios que quedaba en la esquina de Lacarra y Carabelas. La noticia de dónde sería velado comenzó a tomar dimensión pocas horas después. Sus familiares avisaron a los amigos, quienes iniciaron una cadena que se expandió por todos lados.
La terrible noticia del fallecimiento del cantante había conmocionado tanto a su familia como a sus seguidores. Desde el mediodía del viernes, las inmediaciones de la casa de velatorios se vio plagada de punks con crestas, borcegos y cadenas colgadas de sus cuellos, bebiendo vino en tetrabrick. Cuando los dueños de la empresa se encontraron con ese marco en la calle, de inmediato bajaron sus persianas y comunicaron a la familia Espinosa que habían cambiado de parecer y que no estaban dispuestos a prestar sus servicios por temor a los desmanes, por lo que los padres de Ricky se vieron obligados a buscar otro lugar pero no tuvieron éxito. No quedó otra que velarlo en un domicilio particular y el primero en ofrecerse fue el hermano de Ricky, quien vivía a unas diez cuadras de allí. El cadáver del cantante fue velado en el patio de una casa humilde, una noche helada colmada de amigos, fans y familiares que apenas se resguardaban del frío con una estufa a querosén. La cara de Ricky, maquillada y torcida con una mueca habitual que reflejaba constantemente su estado de ebriedad, sobresalía de una mortaja blanca, a la sombra de un crucifijo plateado y de unas pocas palmas y coronas baratas. Dos chicos que vivían en El Bulo y que habían compartido momentos inolvidables con Ricky en Bahía Blanca, llegaron a tiempo para despedirlo a cajón abierto. Tanto

Meche como Laura, sus dos últimas novias, sufrieron un desmayo. Esa misma noche, Meche se enteró quién había sido Laura en la vida de su novio. Cacho, el remisero, fue hasta el lugar para despedir a Ricky pero al llegar a la puerta no tuvo agallas para entrar porque conocía a sus dos novias y tenía temor de que alguna de ellas le preguntara por la otra.
Entre los pocos músicos conocidos que se acercaron hasta el velatorio estuvieron Niko Villano y Cristian Aldana, quien le dejó una muñequera dentro del cajón y con todo su dolor expresó en voz alta y entre lágrimas: "Se debe estar cagando de risa de las coronas, de la gente llorándolo. Esta es su última broma".
El sábado por la mañana se trasladó el cuerpo al Cementerio de Avellaneda. Numerosos simpatizantes del cantante se acercaron para despedirlo. A sus pies colgaba una bandera del club de sus amores: El Porvenir. Su familia prefirió no enterrarlo y eligió en cambio depositar sus restos en un nicho, que es el 31 E y está ubicado en el tercer piso de un pabellón verde llamado Juan XXIII. Allí, todos los 30 de mayo se produce el mismo ritual: centenares de fans se acercan para conmemorar la fecha del aniversario de la muerte del músico. Algunos le hablan, otros le dejan sus ofrendas y entre todos comparten algunas birras y uno que otro vino en homenaje al último punk que hubo en nuestro país, un tal Ricky de Flema, nihilista y defensor de sus convicciones hasta el último día en el que se fue sin decir adiós a la edad de treinta y cuatro años.

CAPÍTULO X

En la memoria

1

Mario Pergolini, conductor de Cuál es?, FM Rock&Pop

"Nos bancábamos mutuamente... era parte de nuestra relación".

-¿Qué recuerdos tenés de las visitas de Ricky a tu programa de radio?

-Yo tenía una relación que iba más allá de los programas. Porque él a veces venía y se quedaba cuando tenía las emisiones nocturnas. Siempre le daba una mano cuando estaba por sacar un disco, porque nadie le daba bolilla. Sus historias siempre eran caóticas pero no influían en nuestra relación. Cuando me visitaba, no bardeaba mucho. Se quedaba sentadito y charlábamos. Yo le decía: "No te conviene decir tal cosa y tal otra...", y hacía caso. Creo que él venía más que nada porque sabía que aquí se iba a sentir contenido. En la calle era un bardo, un descontrolado. Me acuerdo hasta de tener que ir a sacarlo de una comisaría; como había estado antes acá, me avisaron y lo fuimos a buscar porque tenía que ir a dar un concierto.

-¿Dónde quedaba la comisaría?

-Por la zona de Constitución, la Comisaría 16ª, debajo de la autopista. Ricky tenía que tocar en Cemento, te hablo de dieciseis años atrás, y nadie lo encontraba. Yo terminaba el programa e iba a salir de gira con mis amigos. El estaba adentro porque había armado quilombo en la calle. Fui con dos amigos a rescatarlo. Luego lo dejamos en Cemento y finalmente pudo hacer el recital.

-¿Vos lo invitabas o solía caer de imprevisto a la radio?

-Caía de sorpresa y yo lo hacía subir al estudio. Pintaba la re onda cuando nos encontrábamos. Yo me la jugaba porque a lo mejor él no llegaba en las mejores de las condiciones, pero mis amigos no eran muy distintos... Serían de otra clase social, pero no eran muy diferentes de la realidad que él estaba viviendo. En la época que nos conocimos, yo tampoco era un pan de Dios. O sea, más o menos curtíamos la misma historia con distintas realidades sociales.

-¿Qué te había llamado la atención en él?

-Por el tipo de radio que es Rock&Pop, estamos acostumbrados a ver muchos pibes de bajos recursos y con poca preparación. Ojo, no lo digo mal... Y comúnmente los que venían lo hacían desde un lado de "bueno, yo ya me las sé todas...". Sin embargo, Ricky era todo lo contrario: el tipo sabía que tenía que aprender cosas, que había un camino a seguir, que cuando hacía bardo sabía que lo estaba haciendo, y si yo le explicaba algo él intentaba entenderlo. Eso me agradaba del pibe. Además, era muy respetuoso. No era el bardero loco que está todo el tiempo delirándote; si yo le decía que se tranquilizara, se ubicaba de inmediato.

-¿En qué época se vieron más seguido?

-Hasta mitad de los noventa, y es la época que más disfruté, la que más tiempo lo acompañé o él se acercaba a visitarme a la radio.

Yo le daba una mano a Ricky, y él era fiel. Lo demostró una vez en la que saltó por mí ante una gente y tranquilizó el ambiente. Nos bancábamos mutuamente... era parte de nuestra relación.

-A ver si entiendo: ¿te quisieron boxear y Ricky saltó por vos?

-Sí. Y de repente apareció otro y dijo: "Este pasa Flema, es del palo...". Por suerte terminó por salvarme. Eso sucedió en un recital en Cemento. Recuerdo que Ricky se puso delante mío como para protegerme, me defendió. Y eso que no éramos ni parecidos, pero el tipo se ve que me apreciaba.

-Ricky era depresivo, ¿solía comentarte intimidades sobre su vida?

-No. Siempre me decía: "Mirá, a mí nadie me da bola y yo vengo acá porque vos me das bola. ¿Me puedo quedar y charlamos un rato?". Y yo le contestaba: "Bueno, está bien". A veces se quedaba a dormir en un rincón del estudio porque venía de gira. Cuando terminaba mi programa lo despertaba y le decía: "Chau, Ricky, me voy". Por lo general, le daba unos mangos para que llegara a su casa porque nunca tenía ni una moneda.

-¿Para vos era un pibe inteligente?

-Era un flaco con poca preparación, eso era indudable. Aunque no quiere decir que no haya sido inteligente. Creo que tenía graves problemas de depresión y de soledad. No sabía cómo canalizar eso. Se sentía injustamente marginal. No sé si le agradaba tanto serlo. También me parece que le daba bronca no poder hacer nada por salir de esa marginalidad. Era muy franco al hablar, otra cosa que me caía bien de él. Viste cuando alguien te causa cariño, uno piensa: "Bueno, yo te puedo cuidar...". Eso me pasaba con Ricky.

-Entonces lo veías como a una persona desprotegida.
-Claro. Siempre estaba golpeado: se agarraba a trompadas con alguien o le pasaba algo. Hablaba mucho de Gerli, su barrio, de lo que hacía. Cada cual cuenta su mundo para que lo conozcan. El no contaba cosas concretas. Me decía que le era complicado, que era adicto y todo pero que le era difícil cambiar. Aunque nunca me contó cosas muy personales. Igual te quiero recordar que esa también fue una etapa muy especial de mi vida. Bastante que salí vivo. Siendo muy diferentes en muchas cosas, teníamos afinidad. Igual, en 1991 yo empecé a salir de todo el descontrol. Si él venía así, yo me ponía serio y marcaba distancia. Después, cuando estuve mejor y la pude pilotear solo, él venía, pedía una mano y se la daba. El era consciente de que en la radio, si estaba tranquilo, tenía un lugar en donde lo iban a escuchar; nadie le iba a romper las pelotas por nada del mundo. Conmigo trataba de caretearla cuando caía borracho. El entendía que la única puerta que tenía a lo masivo era yo; otro no lo dejaba entrar.
-¿Le recomendabas cosas?
-Le decía que se cuidara, como se lo aconsejaría a cualquier pibe que todo el tiempo viene medio cruzado.
-¿Te costaba contenerlo cuando lo veías mal?
-No es lo mismo tener veinte años que treinta. Cuando tenía veinte, podía pasar por otro lado. Una cosa fue cuando nos conocimos, que yo tenía veintidos años. Y otra fue cuando yo ya estaba casado, mi carrera había ido por otro lado y me decía a mí mismo: "Puedo elegir". Si lo veía mal, lo frenaba. Y Ricky igualmente insistía: "Me voy a comprar otra petaca". O "Comprame un whisky, comprame un pelpa", mandaba el turro. Y yo lo retenía: "No, pará, te voy a dar un café". Y el tipo aceptaba el café. Me respondía: "Bueno, está bien, a vos te acepto el café, así charlamos igual". Todo el tiempo intentaba el feeling conmigo. Pasa que era medio incontrolable. Un par de veces le ofrecí laburos y me dijo: "No, yo soy músico". Bah, recuerdo que ese tema salía en nuestras charlas. Me contaba que siempre solía responder eso cuando alguien le tiraba onda para salir a laburar. Bueno, actitud de rockero no le faltaba.
-¿Cuándo y cómo te enteraste de su fallecimiento?
-El mismo día que sucedió. Me llamó alguien por teléfono para decirme lo que había pasado. Si no nos veíamos, me enteraba cosas suyas de esa manera. La gente que andaba a su alrededor sabía que yo de vez en cuando le daba una mano. Si me enteraba que estaba

mal, yo iba, como cuando lo fui a buscar a la cárcel. En Cuál es?, nunca pasé un tema homenaje a alguien que haya fallecido, y el día que él murió lo hice. Me dio lástima que se matara. Sinceramente me puso mal. Flema es una banda de culto con Ricky vivo o muerto.
-A tu criterio, ¿era un verdadero punk?
-Yo creo que si punk es hacer una música que cuenta cosas que te suceden y lo expresás aunque no sepas hacer música, vos sos un punk. Por lo menos desde el sentido musical y poético es punk. Un tipo que cuenta cosas de su barrio, de la sociedad o de lo que sea, de la mejor manera que puede, sin que nadie le haya dicho cómo hacerlo, es punk. Así lo hicieron The Clash, Sex Pistols, New York Dolls. Algunos se superan musicalmente y terminan como The Clash y su disco The Sandinistas, o Die Toten Hosen, que ahora viven en un departamento lindo. En sí, como extracción esencial es punk. Los Flema eran parte de una corriente honesta que contaban las cosas que les pasaban. Después está lleno de cosas pelotudas como la de cagarse a trompadas todos los días. Eso no me gustaba de Ricky, la actitud de chico de quince años que se caga a golpes por la sola razón de ser pendejo.

2

Omar Chabán, dueño de Cemento

"Fue un héroe del rock"

Le decía a Ricky que no tenía que ser tan destructivo, que el arte no tiene que ver con la destrucción. El siempre se reía. Me acuerdo una vez que me mostró marcas de cigarrillo en el cuerpo. También le había afectado mucho lo que le pasó en Sadaic con el taxista. Estaba muy paranoico en esa época. Nos llevábamos muy bien. Por eso lo hacía tocar en mi local. Después, con el quilombo de la clausura de Cemento, durante un año y pico no se presentó. Con el tiempo, me llamó. Había salido una nota en el suplemento en la que él decía que yo no los hacía tocar. Ahí fue cuando ideé un método para que regresara el punk a Cemento: "Prohibido tachas y borceguíes por disposición policial y municipal"... Y a partir de eso se pudo controlar el ambiente. Cuando el Chino y Huevo los representaban, metían bastante gente; estaban más organizados. También hubo épocas en las que los bolicheros transa-

ban con Ricky directamente. En el último tiempo nos manejábamos así porque le convenía en guita. Ricky desconfiaba mucho de los representantes. Por suerte, conmigo nunca tuvo problemas. Le dejábamos la puerta para que la manejara su gente. El confiaba en mí. Una de las cosas jodidas era que muchas veces sacaba guita de entradas anticipadas y se la patinaba. Me acuerdo que llegó a tener problemas con el grupo porque sacó dinero anticipado y lo gastó en cuestiones personales. Y no siempre andaban bien sus fechas, entonces salían perdiendo todos; no se cubrían los gastos.

-Hablame sobre la personalidad de Ricky.

-Era muy anárquico con respecto a su clase social. Eso era muy interesante en él. Era muy crítico porque pertenecía a una clase social baja, por definirlo de alguna manera. Una anécdota: una vez había un policía en la barra chupando y él se puso a putear a la cana. Así y todo, después se hicieron medio amigos. Pero él tenía una imagen tan en contra de la policía que no podía darse el lujo de hablar con un cana. Tenía ese tipo de preconceptos, muy anárquicos. Aquella situación fue muy cómica. ¡El puteando a la cana y había un rati ahí a su lado, y tomaron juntos una cerveza! El policía era bueno, una persona grande que tuvo buena onda con Ricky. El siempre se reía. Siempre se estaba riendo y haciendo autocríticas.

-¿A qué te referís cuando decís que era autocrítico?

-Era de criticarse mucho y de tirarse abajo. Era medio masoquista. Se llevaba a sí mismo al límite. Era autodestructivo.

-Aparentemente lo conocías bien...

-Lo respetaba mucho porque lo consideraba un artista de verdad. Hablaba bastante conmigo. Muchas veces pasa que la gente putea en contra de todo el mundo y vienen acá y hablan bien de nosotros. Con Ricky sucedía lo mismo. Porque nunca tuvimos problemas de guita con nadie. Eso generaba confianza y respeto entre nosotros; bah, creo que me respetaba. Si alguien no te paga, vos te cerrás. Si no hay problemas económicos sos más abierto. El se llevaba mal con sus manager. Tampoco era tan fácil manejarlo.

-A lo mejor Ricky te respetaba en serio.

-Un respeto irónico. Siempre jodía con eso. Todo en forma de chiste. Si hasta me nombraba en una canción. Yo no me cansaba de reprocharle cosas que veía mal. Por ejemplo en eso que te decía que era destructivo. Si tenía algo positivo, que era la responsabilidad. Tenía cosas de Luca Prodan. Podía estar mal pero cuando salía a escena estaba bárbaro. Y siempre salió a escena. No todos

lo hacen. Una vez, el padre del Mosca de 2 Minutos estaba muy enfermo y su hijo estaba deprimido por eso, al punto que no pudo dar el show. Tuvimos que salir nosotros a cantar. Con Ricky nunca pasó eso. Podía estar muy dado vuelta pero hacía el show igual. Además, defendía mucho a su público. Vendía entradas baratas.

-¿Su público era el más violento dentro de la movida punk?

-En la primera época. Igual el punk es muy abierto. Tampoco el punk es lo que transmiten los del Obelisco. Eso es el extremo. Tenía un público muy mezclado. Ya en la etapa del Prohibido tachas y borceguíes, empezó a venir gente un poco mejor vestida, tipo Ramones. Una cosa extraña: Vendían más en la puerta que anticipadas.

-Vos llegaste a decir que Flema metía bastante gente en Cemento.

-Durante dos años metieron mucha gente. En el homenaje a Ricky, explotó. Metían entre ochocientas y mil personas seguro. A veces más. Dependía mucho de cómo estaban armados los festivales.

-Ricky tenía muchos invitados y hacía entrar a sus fans gratis, ¿vos te oponías?

-Pasaba eso, pero yo enseguida lo metía para adentro. La última época estaba más profesional y se iba al fondo para que no lo asediaran; si él estaba afuera, todos querían entrar y se armaba quilombo. Hubo épocas muy quilomberas en la puerta de Flema. Después se tranquilizó. Adentro nunca tuvimos quilombos. Salvo algún punk que se zarpaba.

-¿Ricky era habitué de Cemento?

-En general venía pasado. Venía borracho e imbancable. Cargoso e hincha pelotas. Mangueaba guita. Siempre venía con remise, producto de la paranoia con la cana. A veces no tenía guita para pagarlo y le prestábamos a cuenta.

-¿Hablaba de sus cosas?

-Poco. Hablaba de Meche. Venía con el tema de si lo había dejado o no la mina. O contaba que estaba mal con ella. Con esa chica sufría mucho. El hacía cagadas, por supuesto, pero ese tema lo angustiaba, en especial durante el último tiempo. Para ese tipo de cosas no era introvertido, no tenía pudor de divo.

-Musicalmente Flema era muy desordenado.

-Fue cambiando. En la época que estuvo más ajustada, que fueron los dos o tres años anteriores a su muerte, estaban sonando bien. Era un grupo divertido. El se tomaba su tiempo en maquillarse. Para mí en 1998 fue la mejor banda del año porque sonaba muy

ajustada y todo salía muy cuadradito. Ellos habían roto esa especie de cosa elemental del punk. Lograron una musicalidad un poco más abierta. No era esa cosa punk cabeza boluda, re ingenua.

-¿A qué te referías cuando dijiste que Ricky tenía características anarco?

-Era anarco naturalmente. Se notaba cuando nos poníamos a hablar. Tenía labia para eso. Y era muy leído. Para mí tenía una gran formación intelectual. No sé qué. Yo creo que venía por el lado del padre, porque contaba que el padre leía mucho. Ricky era muy inteligente, muy astuto. En cambio Luca Prodan era más boludo. Ricky tenía la viveza criolla que Luca no tenía. Era muy callejero y curtido.

-¿Por qué pensás que la prensa criticó tanto a Flema en su momento?

-Porque tenían una imagen de Ricky mezclándose con el público bardero. También porque sus letras eran extremas. Hasta los músicos de otros grupos tenían una imagen jodida de él. Imagen negativa, porque Ricky era extremo. El quedó como parte del rock de los ochenta. Tenía esa imagen idílica del rock destructivo, heroico. ¡Mirá, te lo comparo con Luca Prodan! Tenía mucha relación con lo que fue Luca. Ricky no tenía límites. Pero lo extraño de él era que tenía gustos muy aristócratas. No tomaba cualquier remise, ni pedía cualquier bebida aquí en Cemento. Quizá se iba a comer a un buen restaurante donde se gastaba toda la guita. Tenía eso de clase social baja: muy generoso con los demás. Regalaba guita a la gente después del show. Tiraba la guita por ahí.

-Por lo que decís, pareciera que no tocaba por el dinero.

-No, al revés, tocaba por plata. Era sano frente al público. En ese sentido no tenía el cinismo de los músicos. Ellos venden una imagen frente al público pero después necesitan guita.

-¿Ricky se llevaba un dinero razonable después de tocar en Cemento?

-No mucho. A excepción de los 14 años o algún que otro festival que se hizo, no se llevaba muchísimo dinero. Le rendía más cuando se manejaba sin representantes.

-Cuando te entersate de su muerte, ¿pensaste en un suicidio o en accidente?

-Pensé que se suicidó. Varias veces me dijo que lo iba a hacer. El era suicida. Cuando hablábamos, teníamos confrontaciones y él tenía actitudes suicidas. Que se quería matar, no sé cuándo ni cómo. Y en esa época no estaba en problemas con la novia. La semana anterior a lo sucedido, estuvimos hablando en la oficinita que tengo en Cemento. Se lo veía bien. Para mí lo que pasó no tuvo que ver con la realidad. No es que estaba mal y pasó eso. Todos sus amigos dicen que no estaba en el peor momento. Quizá tomó mucho y se fue con el peso del cuerpo. El tomaba fuerte, lo hacía para darse vuelta.

-¿Flema era una banda punk con todas las letras?

-Ya estaba desvirtuado. Tanto Fernando Rossi como los otros chicos no se vestían como punks. Era una mezcla de música callejera. La palabra punk quedó por esa cosa de la música. Creo que eran una asimilación nacional. Una mezcla de rock que no era rock. No era punk tradicional. Un punk con identidad nacional, callejera.

-En nuestra charla, mencionaste a Ricky y a Luca, ¿cuál era más personaje?

-Los dos eran personajes con carácter distinto. Hay que pensar que Luca marcó el rock nacional. Todo lo que vino después fue gracias a él. Ricky tenía una característica definida. Luca era más abarcador. Ricky se definía por la crítica social, era de determinada clase social y se confrontaba con gran parte de la sociedad. Era un personaje nacional. Luca y Ricky eran de diferentes épocas. Ricky llegó un tiempo después, ya con influencias de Luca Prodan.

-¿El paso de Ricky en el rock argentino puede marcar algo importante?

-Sí, porque primero era de verdad. No todos los rockeros lo eran. Sus actitudes no se desdecían con lo que hacía. No tiene que ver con lo de la guita que hablábamos antes. El era sincero en su juego. Llegó a un grado sublime con su banda dentro de ese estilo. Logró una dinámica con su público. Sus shows eran más de lo que podés exigirle a una banda de rock. Además, se renovaba. Tenía letras cómicas con lo que dio una vuelta de tuerca a la seriedad que ponía el punk hasta ese entonces. Evidentemente, Luca Prodan y Ricky Espinosa. No creo en Tanguito, que era un boludo. Estos dos eran de verdad. Ricky no se la creía la del rock. Criticaba al rock. Sus letras en general eran buenas. A Flema le faltaban tres años más para trascender, pero en su juego. Mismo en la calle, a Ricky lo reconocía todo el mundo. Hacíamos dos metros y alguien se le abalanzaba. No era un tipo políticamente correcto. Ninguna estrella tiene que ser buena. El era pobre pero tomaba su pobreza en joda. No envidiaba a los ricos. No se la creía. Ricky fue un héroe del rock.

3

Cristian Aldana, cantante de El Otro Yo

"Era un alma en sufrimiento pero en vida"

-¿Cómo se dio tu amistad con el líder de Flema?
-Sonó el teléfono en casa de mis viejos y empecé a hablar con un pibe que decía que era Ricky de Flema. Yo no lo conocía personalmente, sólo al grupo. En ese primer llamado me dijo que le gustaba El Otro Yo, que le gustaba mucho Mundo, que era el disco que habíamos editado en 1995. Esto pasó en 1998. Primero hablamos un poco de nuestros grupos, después me habló de cosas que le pasaban con algunas canciones mías. Al principio la charla fue esa, y de paso tanteó si yo era un agrandado o un pibe común de barrio como él. Los dos nos tiramos buena onda y de golpe parecía que nos conocíamos de toda la vida.
-¿Y cuándo se vieron?
-Lo encontré en una oficina en Santa Fe y Rodríguez Peña, cuando le llevé discos a Tórtola para que los distribuyera. Esa vez, yo estaba esperando para cobrar y parecía que no me podían pagar. Ricky escuchó que no había guita para mí. Entonces se acercó y me dijo: "¿Qué pasa? ¿No te van a pagar? ¿Necesitás plata? Yo te presto". Yo lo miré y pensé: "¡Qué loco este chabón que ni me conoce y me quiere prestar dinero! Le dije que no se hiciera problema, que iba a estar todo bien.
-¿Y qué pasó después?
-Me invitó a tomar un jugo de naranja, porque sabía que no bebo alcohol. El chabón justo estaba haciendo rehabilitación. Estaba limpiándose de los efectos de los excesos. Yo creo que a mí me veía como el otro extremo de lo que era él. Fuimos a un bar a la vuelta. Pedimos un par de jugos y estuvimos charlando un rato. Me decía: "Vos que no tomás alcohol...".
-¿Iba a visitarte a las oficinas de El Otro Yo?
-Sí, y siempre traía una gaseosa; nunca venía con cerveza. Yo le decía: "No me cabe que vengas a chupar acá. Sabés que esta todo bien pero no me copa. Si querés eso, hacelo con otros amigos que tengas". Siempre fuimos muy sinceros con la relación que tuvimos.
-¿Estaba como desorientado ante el mercado discográfico?
-Yo notaba que le chupaba un huevo el mercado; era muy punk. Realmente era un auténtico punk. Creo que en un momento como

que quería despegar, ya que se daba cuenta de las posibilidades que tenía para llevar adelante su carrera, porque era un tipo muy inteligente. También dio para que se autoeditara. Hacía todos negocios que en realidad eran más de amistad. Y la gente, como lo quería, a pesar de toda su locura, confiaba y lo bancaba. Así logró llevar su proyecto de la última etapa. Estuvo bueno porque estaba activo con todo eso: salía, dejaba discos en Locuras...
-¿Alguna vez discutieron por ser diferentes?
-Por ser diferentes no, pero hubo una vez que cayó a la oficina que teníamos en la calle Ayacucho y nos peleamos. Con nosotros trabajaba una chica que se llamaba Elizabeth y lo quería mucho. Ricky apareció re loco, hizo quilombo, empezó a delirarla. Y yo me calenté, ¿viste cuando te calentás con un amigo?, y le dije: "¿Vos, loco, sos pulenta?, yo también soy pulenta, ¿qué querés, que nos caguemos a piñas?". Estábamos en la puerta a punto de boxearnos. Y le dije: "¡Hijo de puta, andate a la mierda, forro, ya te dije que no me cabe que vengas así, loco; venís a hinchar las pelotas!". Se fue y pasaron tres días en que ambos nos quedamos medio mal. Viste cuando te peleás con un amigo, decís "la concha de la lora, qué pelotudo". Después no sé si me llamo él o yo, la cuestión es que hablamos por teléfono y nos arreglamos. El chabón siempre me decía que me quería mucho, pero no era que se quedaba en eso nada más; me abrazaba y me decía: "¡Yo te quiero, Cristian!"... Después de aquella pelea nos amigamos por teléfono, al día siguiente pasó por la oficina, nos abrazamos y todo bien. Es que yo lo quería al chabón, lo que pasa es que él a veces... bah, había que aceptarlo como era. El me aceptaba, yo tampoco soy perfecto; nos aceptábamos mutuamente. Y bueno, nos cagábamos de risa igual, cuando nos poníamos a charlar nos divertíamos. Después hubo como un intercambio cultural: nos prestamos libros.
-¿Qué libros se prestaron?
-Yo le presté uno que se llamaba Las siete leyes espirituales del éxito y él a mí uno que se llamaba El hijo del diablo. Después nos juntábamos y me comentaba sobre lo que había leído. Recuerdo que estaba bueno el libro que me prestó, ¡la locura que tenía! Hablaba mucho de como era él. Ricky era muy... ponele cuando había sacado el disco, bajamos a la calle y se cruzó con un viejo y le dijo: "Tomá, te regalo mi disco". El tipo lo miraba sin entender, y él insistió: "No sé, es una mierda pero te lo regalo". Lo hacía porque se le cantaba el orto. Era muy de dar sin importar qué recibir a cambio. Y el libro que yo le había dado hablaba de todo eso,

y cuando surgía la conversación sobre esos textos decía: "Sí, yo soy así como dice el libro". Como que había sacado una conclusión.

-¿Compartían salidas?

-Sí, fuimos al Village Recoleta a ver una película que él ya había visto, fue en esa época que habíamos hecho el intercambio de libros. Se llamaba Happines. Estábamos viendo la película, que estaba buena porque tenía algunas partes emocionantes, y de golpe Ricky se puso a llorar como un loco con lo que estaba viendo. Había cosas del filme con las que se identificaba y lo hacían llorar. Es que él era un alma en sufrimiento pero en vida.

-¿Y después qué hicieron?

-Hasta ahí todo bárbaro, la pasamos joya. Cuando salimos del cine, me dijo: "¿No me llevás a casa?". Y le dije: "Bueno, dale, a mí no me cuesta nada; yo tengo que ir para Temperley, así que no hay problema". Estábamos en viaje, eran como las dos de la mañana y de repente me dijo: "Pará, antes de ir para casa tengo que pasar por lo de un amigo, ¿me hacés la segunda?". "Y bueno, dale, si está todo bien", le contesté. Me llevó a un almacén que quedaba en una esquina en la que habían un montón de chabones escabiando. Yo pensé: "¡No, dónde me trajo este chabón!". Y le dije: "¡Acá nos cogen, nos van a afanar todo!". Y él me respondió: "No, no, son unos amigos míos, bancame un toque". Se bajó y no sé qué hizo. El asunto fue que volvió a la camioneta y yo estaba re caliente, y se lo expresé: "Ricky, sos un forro, la pasamos bien, vamos al cine y me utilizás a mí, que soy re careta para hacer la historia, me ponés en peligro de que me afanen". "No, pero son amigos míos", replicó. "¿Te parece que son amigos tuyos los que te venden droga? ¿Cómo es la onda? ¿Son amigos tuyos? Si te hacés mierda con ellos". Y no se quería bajar del vehículo. Me decía: "Perdoname, perdoname"; y yo: "No, sos un forro, ¿por qué abusás así de mi amistad, me estás faltando el respeto, me traés acá, me metés en un quilombo...". Y él insistía: "Perdoname", por favor. No se quería ir, se ponía denso, no se quería bajar. Nuestra discusión parecía esa cuando estás de novio y te peleás con tu pareja. Al final se bajó y yo me quedé mal. Todo eso como que me distanció de él. Me sentí engañado, porque el chabón me dijo una cosa y resulta que era otra; me tiró para atrás, me quedé muy mal.

-¿Y cómo se amigaron de nuevo?

-Cuando lo volví a ver tuvimos una conversación sobre el tema, me pidió perdón y se me pasó el enojo. Para mí que él repetía todo el

tiempo la misma historia. Supongo que con Meche también vivía algo similar: "No lo voy a hacer más, no lo voy a hacer más", diría. Comentaba que mi forma de ser era parecida a la de su novia. Siempre le recomendaba que fuera libre, pero que se cuidara, porque cuando vos querés a alguien no querés que esté mal. Creo que él siempre medía a las personas y trataba de llevarlas hasta el extremo, al punto de que le terminaba diciendo: "Flaco, te re cago a piñas". Todo el tiempo le buscaba el borde a la gente, a ver hasta dónde daba, y cuando encontraba el borde, aflojaba. Porque quien lo quería aprendía a perdonarlo. Por eso pudimos seguir siendo amigos.

-¿Qué te contaba de su noviazgo?

-Lo primero que había para él era su novia. Era un garrón cuando estaba mal con ella. Y casi siempre estaban peleados. El pensaba que ella no lo iba a perdonar y se bajoneaba. Recuerdo que se fue a Bahía Blanca a tocar, se quedó a ver a Almafuerte y no volvió. Cuando regresó, a la semana, me contó: "Mi novia me quería matar porque ni la llamé, pero no tenía ni un mango". Todo giraba en torno de ella, pero al mismo tiempo no valoraba su noviazgo porque el mal uso de su libertad terminaba atentando con su relación afectiva.

-Hasta el punto que se fue a vivir con otra chica paralelamente a su noviazgo con Meche.

-Cuando grabamos el tema de Colmena, él estaba viviendo en la casa de una chica en Barracas que era medio ricotera. Yo pasé a buscarlo por ahí. Ella llevaba puesta una remera de los Redondos. Cuando nos fuimos, le pregunté: "¿Está qué onda?". Y él me contestó: "Tengo la ricotera, tengo una stone por ahí y tengo la dark...".

-¿Cómo surgió la idea de que Ricky participara en un disco de ustedes?

-Siempre que venía a la oficina me decía que estaría bueno hacer alguna canción juntos. Era difícil lograrlo, hasta que un día hice un tema y me pareció que daba para hacerlo juntos. Lo llamé para invitarlo y se puso contento. Fue en un momento medio loco, porque antes habíamos tenido como un encontronazo, justo en mi cumpleaños de 2002, el 5 de mayo.

-¿Otra vez se pelearon?

-Ese noche habíamos tocado en El Borde, de Temperley, y el chabón apareció para saludar. Me regaló un pañuelo stone. Estaba solo, borracho, descontrolado y puteaba a la gente. Después,

cuando estaba en el baño del camarín cambiándome, él se metió detrás mío. Me decía que me quería. Yo le decía: "Pará, dejate de joder, estoy en pelotas, van a pensar que somos putos". "No importa, no importa, vení", decía el loco. ¡Nos cagábamos de la risa y estaban todos ahí afuera! Hubo un momento en el que se puso tan pero tan denso que le hizo chistes de mal gusto a María Fernanda, mi hermana, y ella lo mandó a la mierda. Entonces Ricky se calentó y se fue dando un portazo. Nosotros subimos a tocar y cuando empezamos a hacer el tema Alegría, que a él le gustaba, de repente vimos que la gente lo levantó en alzas y lo puso sobre el escenario. Empezó a cantar y se cagaba de risa. Yo entonaba: "Alegrííííía..."; y él, desde el otro micrófono, gritaba: "Cocaííííína...". Entonces dije: "¡Noooo, qué hijo de puta!". Cuando finalizó el show nos amigamos de vuelta. Al rato me pidió que lo llevara hasta su casa porque estaba borracho. Yo estaba cansado, pero no me costaba nada porque tenía que ir para el centro. Sólo me tenía que desviar un poquito.

-¡Uy, no me digas que otra vez se mandó otra de las suyas!

-Se sentó en el asiento de atrás. También venían unas amigas y la madre de Ezequiel, el baterista. Ricky estaba re loco y no paraba de bardear. Le tocaba el culo a una de las chicas y las hacía enfurecer. "¡Pará, nene! ¡Qué te pasa!", le decía la chica indignada. Y él le respondía: "Nada, nada, te estoy haciendo unas caricias". Yo me cagaba de risa y le daba charla para que se cebara hablando conmigo y no delirara a la gente, porque yo lo llevaba de buena onda, pero quería que se comportara. En un momento llegamos a Barracas y empezamos a dar vueltas porque no se acordaba dónde quedaba la casa de la ricotera.

-¿Te habló alguna vez de su hijo?

-Sí, y una de las cosas más grossas que pasó fue la vez que apareció acá con él, poco antes de haber fallecido. Era igualito a él, pero en chico. Me contó toda la historia, que la madre vivía en la villa y que veía muy poco al hijo. Fue un sábado por la tarde que cayó. "Tengo un hijo, es un quilombo tener un hijo. Está bueno igual", decía sonriente. El nene era divino, se reía igualito a él. Ricky parecía un padre inexperto. Pero al mismo tiempo lo veía entusiasmado. Me acuerdo que le convidé un yogur al nene. Estuvo bueno porque sentí que compartió una intimidad conmigo que para él era importante. La madre tuvo la iniciativa de que se acercara al hijo. Por lo menos es lo que me contó.

4

Ricardo Iorio, cantante de Almafuerte

"Se encargó de unificar al público punk con el heavy"

A Ricky lo conozco de muy chico, desde antes de que sea músico. El tendría catorce años. Sólo sabía tocar la marcha peronista. Le chocaba mal a todos. ¡Y era un hijo de puta! ¡No le importaba nada! Atormentaba a la gente. Lo conocí en Don Torcuato, en una reunión que se hizo en la casa de un pai y su hijo había hecho la reunión ahí. Estaba lleno de umbandas y de locos como nosotros. El hijo del pai tenía equipo y guitarra, y a Ricky le cabía esa movida porque no tenía posibilidades de comprarse o utilizar un equipo como el que tenía ese pibe. Después ya lo vi de grande, con Flema. Me acuerdo que cuando grabaron se metió en un colegio que había al lado del estudio e hizo desastre.

La idea de que yo participara en el disco Si el placer es un pecado... fue suya. Ricky venía a Cemento y a Obras a saludarme. Se destacaba de los demás. Era un tipo muy contestatario. Si ves a una persona grande y corpulenta actuando así, medio como que entendés que tiene medios para ser así. El en cambio era chiquito e igual iba al frente. No le tenía miedo a nadie. Asimismo se ligaba tremendas trompadas, pero aguantaba igual. Boxeaba y no le importaba ser boxeado.

Tengo todos los discos de Flema. Apenas los sacaba me los traía a los camarines. Siempre me impresionó el sarcasmo de sus letras. Eran increíbles. Si sus letras las hubiera utilizado Palito Ortega en sus melodías, hubieran sido un éxito. Pero él no era un careta. Era un tipo auténtico.

Ricky marcó con su música y hoy las nuevas generaciones se van sumando a su propuesta. Tenía una personalidad muy parecida a Miguel Abuelo cuando era joven.

Flema tocó muchas veces. Y hay muchos que se han burlado de la propuesta de Ricky pero no han tocado la cantidad de veces que él con su grupo. El difundía su obra por todos lados.

Nuestros encuentros eran ocasionales, a nivel que no era una amistad de vernos todos los días. Pero siempre lo consideré un amigo de la música. Lo mismo que Larralde o Rubén Patagonia. Hay una letra que me pareció buenísima cuando la escuché, decía: "Los romanos tomaban vino o se tomaban todo y si yo tomo me

mirás así". Después: "Todos garchaban y si yo me cojo a tu hermana... no me digas nada, yo no fui el primero...", algo así.

-¿Qué te pareció su disco Vida Espinosa?
-Reflejaba lo que era él, pero tendría que prestarle más atención ahora que vos me lo mencionás. El se encargó de unificar al público punk con el heavy, y eso que siempre hubo pica entre ambas tribus. Igual creo que el destino maneja ese tipo de cosas. Si ese nexo no se dio del todo, con el tiempo se va a dar por lo que significó el mensaje de Ricky en vida.
-¿Te tomó por sorpresa su muerte?
-Sí, porque nunca lo consideré un fiambre. A pesar de su descontrol era un tipo con vida. Yo no lo conocí íntimamente. A grandes rasgos de lo poco que estuvimos juntos, me pareció que podía suceder, pero de ahí a que pase era otra cosa. Los poetas y todos los artistas tenemos un fuerte instinto de autodestrucción.
-¿Qué conocías sobre su vida?
-Ricky era un tipo inteligente a su manera. A la inteligencia se la mide desde lo que uno va recorriendo en su vida y cómo va actuando frente a las cosas que se presentan. Si uno mira el entorno que tuvo desde su niñez hasta que fue grande, el Negro fue un tipo inteligente. Desde el lugar que ocupaba en su banda, lo veía muy autodestructivo. Cualquier poeta lo puede juzgar de diferentes maneras. No lo toma como a una persona que se quiere matar sino como a alguien entrando en un trance. No lo veía mal en lo suyo, era un buen líder. Con todos los discos que sacó con Flema y Flemita queda claro que lo suyo funcionaba. Lo que lo hace más grande es que no le interesaba el éxito, sólo el poder expresarse. Siempre hizo lo que quiso y nadie le decía las cosas que tenía que hacer. Elegía lo que le convenía, lo que creía correcto. Ricky es alguien a quien debería tomarse en cuenta por expresarse desde lo independiente. Mis más sinceros respetos al finado.

5

Por Willy, guitarrista de Bulldog

"En Rosario se relacionaba con los más punks, con los poxirraneados"

De entrada nos dimos cuenta de que Ricky era un personaje fabuloso, muy especial, muy extrovertido y muy dado si le caías bien. Y

nosotros tuvimos la suerte de caerle bien. Tocábamos bastante seguido con Flema y Sin Ley. Es más, decíamos que éramos la trilogía del punk rock. Era más o menos el año 1995 y recuerdo un lugar rosarino en el que nos presentamos que se llamaba Morrison y estaba hasta las bolas. Esa misma noche Ricky me dijo: "Ahora te voy a invitar a un lugar de allá, a ver qué te parece". Nos invitó a tocar con ellos a Cemento, fue nuestra primera vez. Cuando llegué para probar sonido estaba Ricky tomándose una birra en la barra y me preguntó: "Y, ¿qué te parece esto?". Después eran encuentros en camarines y botellas de por medio.
En Rosario Ricky se relacionaba con los más punks, con los poxirraneados, era un tipo que siempre encaraba a la gente.
Una vuelta estábamos en Florencio Varela y el público estaba muy picante. Antes de subir nosotros se robaron los equipos. Escuchamos roturas de vidrios y vimos cómo los chabones se los llevaban. De repente cayó Ricky: se abrazaba con uno y con otro y, como lo respetaban, devolvieron todo. Igual había un ambiente de pelea entre la propia gente y Ricky se ponía al frente de todo. A pesar de sus estados de ebriedad, lo recuerdo como a una persona copada y de constante humor.
Ibamos mucho a la casa de los hermanos Rossi, en Larrazábal, Gerli. Era como el punto de encuentro. Ahí la pasábamos bárbaro y nos cagábamos de risa. Tomábamos cervezas y escuchábamos música. Solíamos ir antes y después de los recitales. Esa casa era un descontrol. Por ahí Ricky estaba doblado y se caía en la cama en la que estábamos nosotros. De repente sentíamos algo caliente y era él que estaba meando en el colchón.
Cuando Ricky llegaba a Rosario siempre se lo veía muy excitado. La última vez que lo vi se bajó de una camioneta en una plaza y me dijo: "¡Aguante los Sex Pistols, Willy!". Cuando lo miré lo vi con un tetrabrick blanco en la mano. El flasheaba con mi casa que es una especie de local. Yo lo llevé hasta la costanera y me preguntó indignado: "¿A dónde me traés, Willy?, ¿qué es esto?". Pasaban los chabones en bicicleta o caminando y lo saludaban. Todos lo reconocían.
En Córdoba casi lo vi pelear. Resulta que después de tocar fuimos a un bar pool que se llamaba Bola 8, que estaba repleto de heavies. Y Ricky entró como diciendo buenas noches, acá estoy. Todos se dieron vuelta y lo miraron medio mal. Entonces Ricky le sacó un vaso de cerveza a un gordo y lo tiró a la mierda. Tuvimos que meternos y pedir disculpas porque o si no se pudría todo. Igual a él no le importaba si tenía que agarrarse a trompadas.

A Ricky le encantaba un tema nuestro que se llama Falsa identidad. Siempre me recalcaba que le gustaba. Después terminó por hacer un cover para un disco de Flemita. Incluso cuando lo tocábamos en vivo, él subía para cantarlo y la gente enardecía, se ponía loca. Lo tenían como ícono. Lo amaban. Era: "¡Ricky!, ¡Ricky!, ¡Ricky!". Y la última vez que tocamos en Rosario, el público gritaba: "¡Flema!, ¡Flema!, ¡Flema!", y a nosotros nos bardeó porque con el Circo calesita, nuestro primer disco que trascendió, empezamos a captar otros públicos. "Che, loco, ¿qué pasa que no los quieren más?", nos preguntó Ricky esa noche. Le respondimos que no importaba, que estaba todo bien. Eso fue a principios de 2001.

Siempre amagó con eso de matarse. Cuento una anécdota: habíamos ido juntos a tocar a un festival a Mendoza. Ibamos paseando arriba de un Siam Ditela, que era del Rata. Pasábamos por un parque que estaba en la cordillera y seguimos subiendo por un camino sobre la montaña. Ricky en un momento le manoteó el volante para que nos cayéramos. No sé por qué. Vivía al extremo constantemente. Siempre jodía pero en el fondo parecía que era en serio cuando se mandaba algo así.

El arte de Flema dejó mucho no sólo en la Argentina. Nosotros estuvimos en Chile y la gente tenía remeras del grupo. Cuando fuimos a Brasil y a Uruguay, también. En todas lados se ven remeras de Flema.

6

Por Niko Villano, cantante de Los Villanos

"Con las personas que le caían bien, él era un pan de Dios. Lo aclaro porque muchos se quedaron con una imagen suya de Anticristo".

Nos conocimos en 1997, a la salida del recital de Sex Pistols en Obras. Para ese entonces con Villanos, mi grupo, teníamos sólo un casete que habíamos sacado por nuestra cuenta. De repente se me acercaron un par de chabones y uno me dijo: "Vos sos de Villanos. Yo soy fanático tuyo. Tengo tu casete: Rock & Roll cabeza. Soy Ricky de Flema". Ahí me cayó la ficha y lo saludé porque yo escuchaba a su banda desde antes. Después todo quedó ahí, hasta que nos cruzamos un par de veces más y nos hicimos amigos. Ricky me

llamaba por teléfono para invitarme a todos sus shows. Yo iba temprano, inocentemente, y al final tocaban como a las cinco de la mañana. Me comía toda la madrugada esperando que salieran a tocar. A los últimos recitales que fui, él estaba con su monedero con pinturas y me pintaba la cara de blanco y me escribía la A de anarquía ¡Qué personaje! Me hacía estar así toda la noche, igual que él. Para los dos shows en los que tocamos juntos en el Teatro del Plata, hicimos como veinte notas, pero salieron sólo dos porque no nos publicaban en ningún lado. Es que Ricardo y yo éramos una química explosiva. Una vez fuimos a hacer una nota a Clarín y no nos dejaron pasar. De repente se escuchó un llamado que venía de arriba y que decía: "Ahora bajamos". Tenían miedo de que hiciéramos quilombo, por eso no nos dejaron pasar. Aquella vez que tocamos juntos fue porque el gordo Tórtola nos manejaba a los dos y encima estaba todo bien. Éramos la combinación perfecta. Al principio pensábamos que el público nuestro y el suyo se iban a pelear, pero al final no pasó nada. Esa vez con Ricardo cantamos el tema Sedado, de los Ramones, que luego Ricky lo grabó para Resaka. Antes a mi grupo se lo encasillaba como stone, pero nosotros mezclábamos de todo. Y él siempre decía que le cabía nuestra onda porque hacíamos rock & roll.

Muchas veces nos juntamos en la sala que ensayamos nosotros, en Alberti y Pavón, y zapábamos temas de Villanos. En 2001 se le había metido en la cabeza que quería hacer un disco a dúo conmigo, porque había salido el disco Páez-Sabina ¡Y cómo no iba a estar el de Ricky y Niko! Estaba loco. Entonces venía y hacíamos temas. Había uno que se llamaba Tirado en la catrera, que ni me acuerdo la letra. Pasábamos horas y al final se iban todos los músicos y quedábamos solamente nosotros dos con Julio, el plomo nuestro que también trabajaba con Flema. Los espantábamos a todos. Éramos imbatibles, no caíamos nunca: seguíamos y seguíamos tocando. Ricky me decía: "¡Lo grabamos todo en un fin de semana. Vos grabás todos los instrumentos y cantamos los dos!". "No, pará, Ricardo, dejate de joder las bolas", le respondía. Venía a visitarme a casa. Cada vez que nos juntábamos era hasta que la muerte nos separe. Andábamos por el Centro. Si nos enterábamos que había alguna fiesta de alguna radio o de lo que fuere, seguro que estábamos ahí. Cuando llegábamos, huían todos de nuestras mesas.

De Ricky me agradaba que fuese una persona pura, en el buen sentido de la palabra. No tenía doble discurso. Lo admiraba y res-

petaba porque era auténtico. Aparte el chabón era fanático de Los Villanos. Yo no lo podía creer. Nuestra relación tendría que haber empezado al revés: yo tendría que haberme acercado primero a presentarme y a decirle que me gustaba su grupo. Soy sincero: no me gusta mucho hablar de Ricky. La verdad es que es la primera vez que lo hago y eso que me tentaron para hablar en diarios y otros medios pero no quise... Hay cosas que son muy internas. Lo extraño mucho. No es que nos veíamos todos los días: hablábamos por teléfono y cuando daba para encontrarnos lo hacíamos. A mí me queda un poco en la melancolía las cosas que hablábamos o planeábamos, como lo del disco que íbamos a hacer juntos. Pero cuando teníamos que meterle pata con eso, daba la casualidad que cada uno estaba en lo suyo y no se podía concretar. Me había invitado para grabar en Caretofobia. Me llamaba todos los días para que fuera a la sala de Lamís, pero yo estaba grabando un disco que al final no salió. Mirá cómo son las cosas. Y pensar que no me coincidían los horarios. Ricky hasta me quería mandar el remise. Es un trago re amargo recordar eso... Cemento era el lugar donde nos encontrábamos más seguido porque íbamos a ver bandas amigas y grupos chicos de rocanrol o punk, como Doble Fuerza, por ejemplo. Me contaba bastantes cosas, pero no solíamos hablar de novias; charlábamos más de la vida, del agite del rocanrol. A veces lo cagaba a pedos porque hacía cosas increíbles hasta para mí. Entonces le decía que se pusiera media pila. O hablábamos de los contratos por los discos. Pero siempre se pegaba palos con eso y hablaba de lo que le parecía injusto. Nos escuchábamos mutuamente. Nuestros demonios estaban en comunión. Y eso producía una relación fuerte. Un par de veces me llevó a su barrio. Conocí a sus amigos de Gerli. Siempre de madrugada. O si no me llamaba a casa bien entrada la noche y me mandaba un remise para que fuera a encontrarme con él. Bocha de veces no aceptaba porque sabía cómo iba a terminar todo: un descontrol. Conocí a su novia y algunas veces que yo lo invitaba para hacer alguna historia, él me decía: "Nooo, pará, Niko, vamos a hacerla con carpa que no quiero que se entere Meche". Y yo le contestaba: "Vamos, Ricky, ¿te pensás que tu novia no debe saber nada de vos?". El la quería pero en ciertos momentos se perdía solo. A Ricky uno lo veía como que iba por la vida sin importarle nada, pero en realidad no era ningún pelotudo. Era recontra inteligente. Que se hacía el boludo para ciertas cosas puede ser, pero no estaba limado y tenía mucha capacidad. Cuando hablaba con él me daba cuenta de que

tenía conciencia de ciertas cosas. Aunque sus demonios terminaban por ganarle. Con las personas que le caían bien, él era un pan de Dios. Lo aclaro porque muchos se quedaron con una imagen suya de Anticristo. Me hizo muchos regalos, en especial remeras de Flema que pintaba él. Había una que decía Nazi fuck off, que la tengo guardada. Yo tenía los discos de Flema y él me los regalaba igual. En retribución, yo le regalaba las remeras de Villanos y él se las ponía orgulloso. Una vez fue a hacer una nota con Carla Ritrovato a MuchMusic y llevó puesta una remera de mi grupo. Venía a ver a Villanos. Yo nunca sabía cuándo entraba. Por ejemplo, estábamos tocando el tema Sedado, de los Ramones, y él subía de golpe al escenario. Ojo que no venía siempre. Era difícil sacar a Ricardo de su hábitat. Le gustaba mucho un tema mío que se llama Más allá, que habla de gente ausente, la que perdés a lo largo de la vida. Esa letra le encantaba. Era un tipo de fierro. Cuando yo tenía algún problema se lo contaba y él me sostenía porque me entendía. Así y todo, me hubiese gustado haber compartido más tiempo. Pero nadie sabía qué iba a depararnos el destino. El fletero nuestro, el pelado Marcelo, es el mismo que los llevaba a ellos cuando tenían que tocar. Me llamó para avisarme que Ricky había fallecido. Luego pasó a buscarme y fuimos al velatorio. Al principio me costó creerlo, pero en el fondo tenía mis dudas. El que conoció a Ricardo sabía que siempre se quería matar, hacer la gran Kurt Cobain, hablaba de esas cosas. "Me quiero matar, Niko... Es así, me pego un tiro y ya está", decía cuando estaba deprimido. Yo le reprochaba con que no me podía dejar solo. Qué sé yo... O sea, no fue una sorpresa que haya pasado. Estaba latente aunque uno no quisiera. Pero Ricky era muy impulsivo. De nuestra amistad me quedan los recuerdos de lo que compartimos. Esas cosas nunca las voy a olvidar.

7

Por Dudú, cantante de Sin Ley

"Flema conservó siempre su condición de banda punk: desde pelearse arriba de un escenario hasta tocar desafinados o temas de los stones".

Me vinculo con el punk rock desde 1985 y a Flema lo vi por primera vez en 1987. Era un festival en el que también estaban Coman-

do Suicida y Enema. Era la época del auge de los denominados anarcoquilomberos, que eran fomentados por Alex, cantante de Enema, una banda de Ezpeleta. Eran alrededor de cincuenta personas que iban siempre a los recitales y se pintaban los ojos de negro sobre nylon y les quedaban las marcas. Todo lo contrario a los anarcopacifistas, que estaban en zona norte. Ese Alex era diez mil veces peor que Ricky. En aquel primer show, en realidad yo fui a ver a Enema y de rebote conocí a Flema. Fue en Avellaneda, en un club que quedaba cerca del mercado de verduras. Después, los vi varias veces más en Capital, tras la salida de Invasión 88. También tocaron en Bellas Artes de Quilmes, junto a Flujo. La fecha la consiguieron a través de una piba que estudiaba allí. Esa vez, Ricky andaba dando vueltas por la plaza de Quilmes. Seríamos en total dieciséis personas como público. El se puso a tomar cerveza con los que fuimos a verlos y luego subió a tocar con el resto de su grupo. Fue un descontrol: terminaron rompiendo los equipos y peleándose entre ellos porque tocaban desafinados. Pensé: "Esta banda es lo más". Los viejos que se paseaban por ahí, miraban aterrados lo que sucedía en el escenario. Los Flema se tuvieron que ir a la mierda. Otra que me flasheó de Ricky fue cuando lo vi tocar con pantalones chupines remangados, remerita mangas corta, pelo larguísimo y botitas de gamuza ¡y eso que era re punk! A partir de entonces, yo también empecé a usar botitas de gamuza. Me impactaba su imagen. Otra vuelta fui a ver a Flema a Shagon, un lugar que quedaba en pleno centro de Quilmes. Hubo razia y caímos todos presos. Nos trasladaron a la Comisaría 1ª. Me acuerdo que Juan, el violero de Enema -también tocaban esa noche-, tenía toda la cabeza teñida de blanco con manchitas rojas, parecía una vaquita de San Antonio. Yo tenía diecisiete años y mis viejos fueron a sacarme. Nos hicieron firmar un acta y después la cana trajo a cuatro de los que estuvieron detenidos conmigo para mostrárselos a mis viejos con la intención de que se indignaran y me castigasen. Cuando formamos Sin Ley, el bajista, al que le decíamos Chaco 14 -porque vivía en Chaco 14, de Don Bosco-, una tarde lo llamó a Ricky para invitarlo a nuestro segundo ensayo. El Negro cayó con Sebastián Corona. Como nosotros teníamos sólo seis temas, Ricky agarró la guitarra, Seba la batería y nos desplazaron.

A partir de ahí nos invitamos mutuamente para tocar. Nosotros organizábamos festivales de punk rock en el Estadio Chico y Flema estaba siempre presente. También era un clásico tocar en el

río de Quilmes. De tanto presentarnos juntos, nació una amistad entre ambas bandas. A Ricky le copó Sin Ley desde aquel ensayo. Le gustaba mucho la personalidad de Curly, nuestro anterior guitarrista. Los dos se parecían en la forma de ser: eran borrachos viejos y se llevaban re bien. Yo siempre iba con el resto de mi banda a la casa de Fernando y Santiago Rossi, en Larrazábal, y era un clásico que Ricky agarrara la guitarra criolla para interpretar temas de Sin Ley. A veces, esperaba que llegásemos para ponerse a cantar. También compartimos muchos músicos a lo largo de la historia de ambos grupos. El primer músico en mutar fue Pepe Carballo, porque a ellos les faltó Alejandro Alsina en un recital en Chascomús. Recuerdo que tocaron temas de Vox Dei y ninguno de su autoría. Después del show fuimos a dormir a una unidad básica. Nos dieron colchones para todos. Como no había luz, utilizamos unas velas. Un par de pibes nos quedamos charlando por un largo rato mientras los otros dormían. Llevamos filmadora y la teníamos encendida en la oscuridad. En un momento escuchamos que uno se despertó y gritó: "Eh, pará, pará, ¿qué estás haciendo?". Resulta que Ricky se había meado encima y mojó al pibe que estaba a su lado. Esa voz quedó registrada en la filmación que aún conservo como una reliquia. Nuestros encuentros en Quilmes consistían en ir a dar unas vueltas por ahí y después cada uno para su lado. O si no era juntarse en casa a tomar unas birras y Ricky se ponía a hinchar las bolas con un piano que yo tenía en el comedor. En una época, yo vivía a dos cuadras de la peatonal de Quilmes y mi casa era el punto de encuentro cuando tocábamos con Flema por zona sur. Ellos se tomaban el tren y nos juntábamos ahí. Luego partíamos con los bártulos. A la vuelta, generalmente a Ricky teníamos que dejarlo en la puerta de su casa y esperar a que entrase porque de lo contrario seguía de gira. En los recitales, un clásico del Negro era hacer subir a Luichi a sus hombros, quien mientras tanto seguía tocando la guitarra. Más de una vez se le fue para atrás y cayó de espaldas al piso. A Ricky lo vi pelear. Fue cuando grabaron Nunca nos fuimos en casete en la Casa Bíblica de Quilmes. Una tarde fui con Curly caminando para allá y en la puerta que daba a la calle del estudio estaban parados Santi, Ricky, Fer, Luichi y Gonzalo. Estaban tomando cerveza y de repente Ricky y Santiago se pusieron a discutir hasta que se agarraron a trompadas. Hacía como treinta y cinco grados y los dos se revolcaban por el asfalto caliente. Se mataron a bifes. Santi quedó con la nariz chorreando de sangre y Ricky con un corte pro-

fundo que no paraba de sangrarle. Después de la pelea hubo cinco minutos de silencio, los dos se miraron a la cara, sonrieron, se abrazaron y Ricky le dijo a Santi: "¿Por qué nos peleamos? ¡Andá a buscar una birra!".Compartieron la cerveza y retornaron a la grabación.
Aquella había sido una pelea de escabio. Y ese tipo de cosas es lo que hace a una banda de rock; si no es todo ficticio. La primera vez que fuimos a Mar del Plata juntos, en un momento paramos en Atalaya, una parada conocida. Un par de pibes bajaron para ir al baño o a tomar algo. Cuando fue el momento de partir, faltaba Ricky. Recién apareció como a los quince minutos. Estaba escabiado y con cuatro cajas de alfajores entre sus brazos. Detrás venía corriéndolo un tipo que gritaba: "Ehhh, vení, pendejo, devolvé lo que te llevaste". Sólo pudo recuperar dos cajas; las otras las comimos en el resto del viaje. Al principio tocábamos las dos bandas para cincuenta personas. Después ellos se hicieron conocidos y tocaban solos o con otros grupos nuevos que vendían entradas. Igual siempre seguimos siendo amigos y participando de sus recitales. No me acuerdo ni de la última vez que tocamos juntos ni cuándo fue mi último encuentro con Ricky. En realidad prefiero no hacerlo. Me quedo con los recuerdos más copados.
Flema conservó siempre su condición de banda punk: desde pelearse arriba de un escenario hasta tocar desafinado o temas de los stones. Eran rebeldes, por eso fueron lo que a mi entender es una verdadera banda de rock. De los años noventa fueron los más grossos del punk. Si yo fuera a Londres y me preguntasen qué banda es la estandarte de la escena punk argentina, sin duda mencionaría a Flema. Ricky estuvo en el momento indicado, hizo lo que tenía que hacer y luego partió.

8

Por Fernando Rossi, bajista de Flema

"Siempre tuvimos dignidad"

La primera vez que toqué con mi primer grupo de barrio fue junto a Flema, en el Barrio Güemes. Ellos ya eran conocidos. Yo observaba a Flema como si fuera Metallica, y eso que no tenía su mejor formación y el sonido era un desastre. Ricky tocaba la guitarra y cantaba, Sebastián Corona la batería, Pebete el bajo, y en

la otra viola estaba un amigo de Ricky, que tocó sólo esa vez. En ese momento le dije a Charly, un amigo nuestro que falleció: "¡Mirá qué banda! ¡Qué bueno sería tener una banda así!".
Cuando ingresé como bajista, todos daban por muerto al grupo porque Ricky se había quedado solo. Cuando me hizo la propuesta, le dije que sí de entrada. Santiago, mi hermano, fue quien me recomendó: "Si no tenés a nadie probalo a Fernandito que empezó a tocar hace poco", le dijo. Un día me citó a su casa y me pasó los temas. Me prestó un casete que era un recital en vivo en Arlequines.
Yo era un principiante, hacía cuatro meses que tocaba el bajo. No es que al Negro le gustaba como yo tocaba el bajo, sólo influyó el feeling. Sé que le caí bien de entrada. Si estuvimos tantos años juntos en la banda seguro que lo afectivo tuvo un papel importante. Sabía que él me quería, lo notaba.
Los músicos que pasaron por Flema nunca protestaron al lado de Ricky; siempre lo hacían cuando él no estaba. El único que le ponía los puntos o le recomendaba cosas era yo, y me escuchaba.
Al principio, él no era tan individualista, pero con el correr del tiempo su chapa de líder lo transformó. Le costaba confiar en la gente a pesar de conocerse por años. Por ahí se encariñaba mucho con alguien, pero en cualquier momento estaba dudando de esa persona.
Uno de los momentos más difíciles que pasé en Flema fue cuando grabamos Si el placer es un pecado, bienvenidos al infierno. Pepe Carballo, batero de ese momento, andaba mal con Ricky y nos llenaba la cabeza con que el Negro nos iba a echar a todos al terminar la grabación. Solía decir que Ricky quería quedarse con toda la guita. Yo no estaba de acuerdo porque confiaba en él, a pesar de que también notaba que se estaba manejando un poco misterioso junto al Chino y Huevo, nuestros manager. Yo tenía dos opciones: me iba con Pepe o me quedaba en Flema. No me fui porque quería a Flema. Aquella fue una lucha entre un líder y otro que estaba tomando demasiado protagonismo. Los primeros años, todo se decidía en común. Después se hizo complicado porque las formaciones iban cambiando. Fue por eso que las decisiones terminaron siendo entre Ricky y yo, los más antiguos.
Siempre hubo mucha fantasía con Flema a nivel gruppies. No es que venían cientos de minas a regalarse como pensaban muchos. Encima las gruppies que tenía Flema no eran iguales a las que podían llegar a tener Viejas Locas. No se caracterizaban por ser

las minas más lindas del rock. Siempre venían algunas minitas que te tiraban onda, pero no muchas. Ricky sí que tenía muchas minas. Las chicas lo llamaban por teléfono a su casa. Todo el mundo lo veía con una mina diferente por semana. En los camarines habían muchas drogas, birras y todos los vicios que uno pueda imaginarse. Muchas minas se asustaban cuando entraban. Todos estábamos duros y ellas eran chiquitas; no superaban los catorce años.

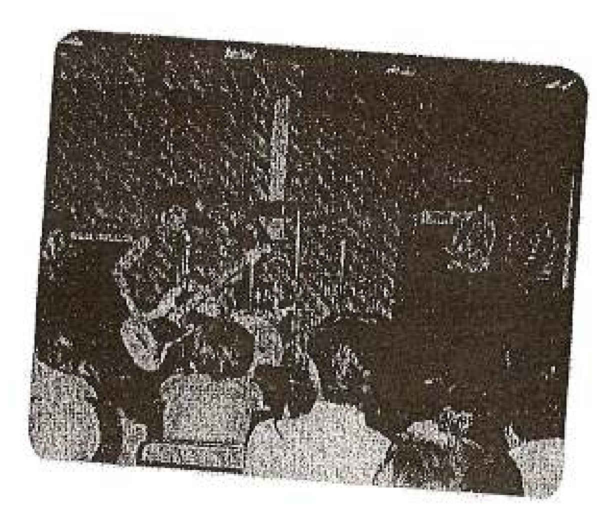
A Ricky, sus seguidores no le recriminaban nada. Una vez Cristian Aldana de EOY fue a tocar con Flemita a Cemento y la gente lo escupió y lo puteó de arriba a abajo. Sin embargo, a Ricky no le decían nada. Es que lo tenían como a un Dios.

Flema fue una banda de verdad a pesar de que tuvo integrantes que duraron re poco. ¡La pasábamos tan bien juntos! Nunca se ganó mucha guita, pero aquellos tiempos no los cambio por nada. Jamás nadie pudo comprar a Flema por dinero ni diciéndonos lo que teníamos que hacer. Nunca nos bajamos los pantalones. Tampoco éramos agrandados como otros tantos grupos punks. Ese orgullo puro de tocar en Flema lo aprendí de Ricky. Siempre tuvimos dignidad. A nosotros mucha gente nos cagó con guita por ser ingenuos, por sólo pretender sacar un disco.

Todo lo nuestro nació de boca en boca y con mucho sacrificio a cuestas. Y eso que nadie nos apoyaba. La prensa recién empezó a darnos bola después de la muerte de Ricky. Si lo hacían cuando él estaba vivo, sólo era porque no les quedaba otra, ya que Flema convocaba gente. Nunca tuvimos palanca de nadie. Los periodistas eran conscientes de que no podían hablar del punk rock en la Argentina sin mencionar a Flema.

El Negro me dejó como enseñanza el valor importante de la amistad. El cumplía con lo que decía. En las malas siempre aparecía. Tenía buen corazón, se notaba que era un chabón con sentimientos. A veces no te decía "amigo" pero te lo demostraba con hechos concretos.

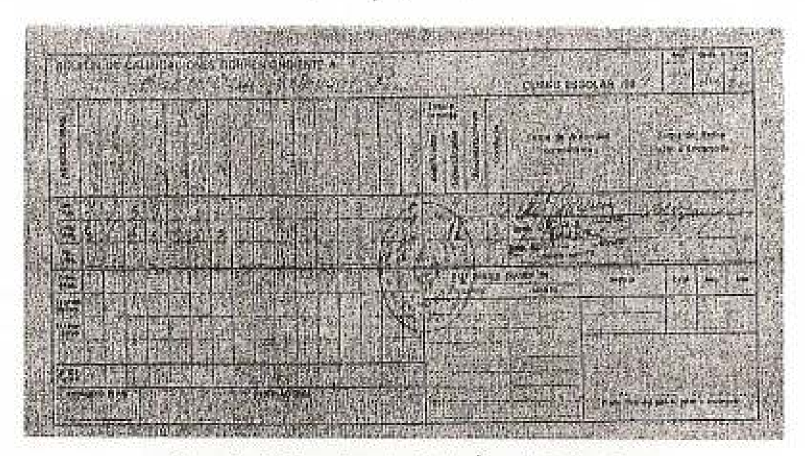
Aquí en la Argentina no hubo alguien que haya sido más de verdad de lo que fue Ricky. Se lo extraña al Negro.



Primera banda de Ricky.
Presentación en supermercado Supercoop en 1983.

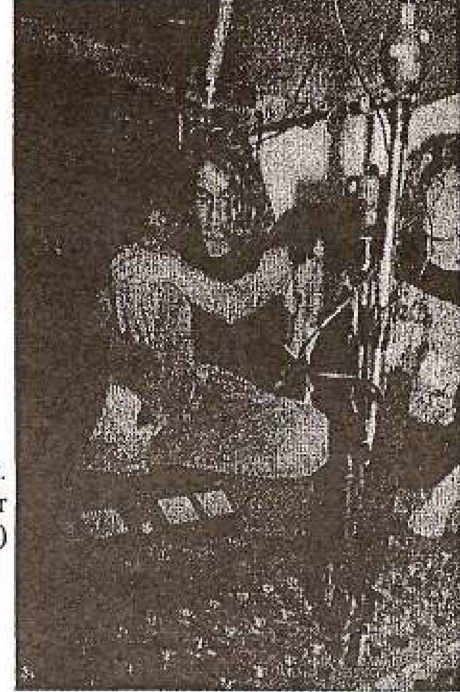


Cuando pasaron a llamarse Armagedón, con un rock más duro.
De izquierda a derecha: Ricky, Cucho, el Enano y Bati.



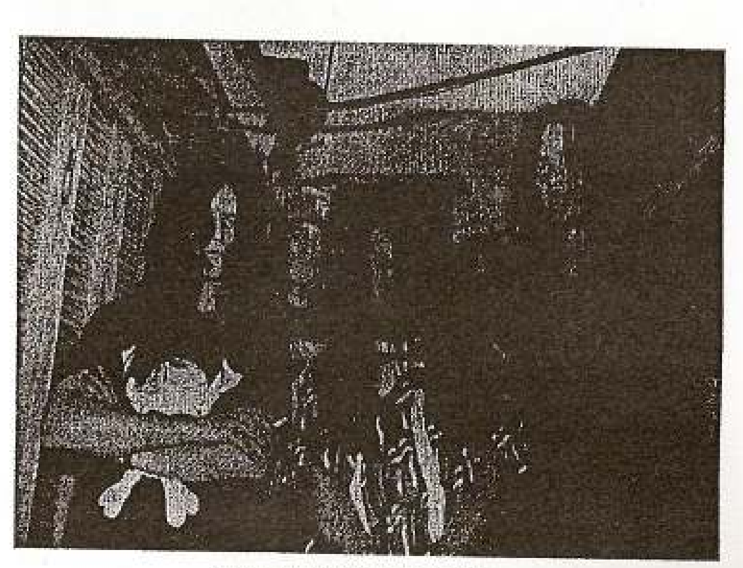
Cuando Ricky abandonó el Ángel Gallardo.
Su primer boletín con una nota en rojo.

La banda heavy.
Ricky, Fabio, Roger
y Juan Falopa (1985)





Sesión de fotos para el disco
Invasión 88



Segunda formación de Flema.
Principio de los '90.



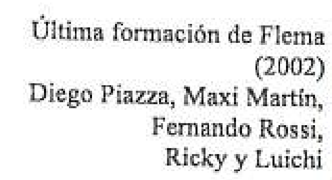
Flema teloneando a Offspring en Parque Sarmiento (1997)



El Negro en la tribuna de El Porvenir.
A su lado el Monito con lentes oscuros
y detrás suyo el Titi, sonriente.

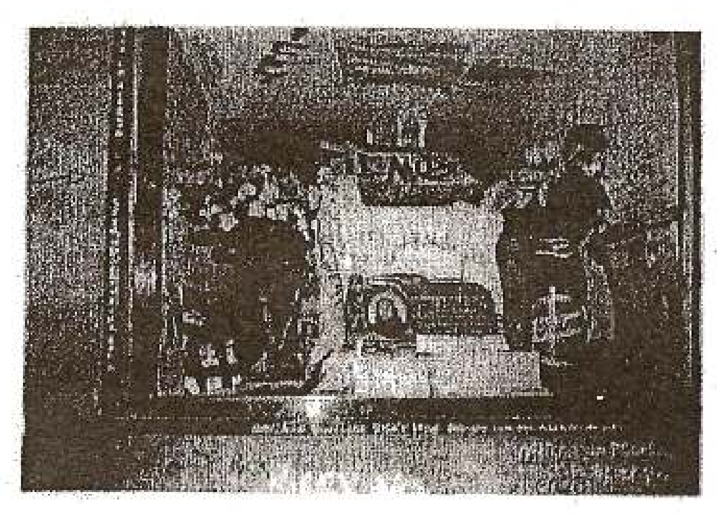


Ricky en sesión de fotos para Fabián Resakka



Última formación de Flema
(2002)
Diego Piazza, Maxi Martín,
Fernando Rossi,
Ricky y Luichi





Ricky de Flema
31/12/66 - 30/05/02
Q.E.P.D.
Cementerio de Avellaneda

DISCOGRAFÍA OFICIAL

FLEMA:

Invasión 88 -Compilado- (1988)
Pogo, mosh y slam (1992)
Nunca nos fuimos (1993)
El exceso y/o abuso de drogas y alcohol es perjudicial para tu salud. Cuidate, nadie lo hará por vos (1994)
Si el placer es un pecado, bienvenidos al infierno (1997)
Resaka (1998)
Caretofobia 1 (2000)
Caretofobia 2 (2001)
5 de copas (2002)

FLEMITA:

Underpunk (1997)
Raro? Raro tenés el orto (1998)

SOLISTA:

Vida Espinosa (1999)

Agradecimientos:

A Jor (gracias por bancarme, amor), mi flía (Juanma, Irma y Rodolfo), Chucho, Pascual de Baobab, los Topos (ex Flema), Mario Pergolini, Eduardo De la Puente, Jorge Lanata, Enrique Symns, Vera Land, el Mono y Titi, Fer y Pablo, Juan Fandiño, Beatríz, Luciana (fanzine), Pato Haimovici, Lucas, Resakka, Magui (ídola total), Paola de Cúál es? y Florencia (Rock&Pop), Diego Perri, Ezequiel Abalos, Florencia Pérez Fernández, Pablo González, Roberto Caballero, Alejandro, Fabio, Palito, Ramiro Guzmán, Susanita, Pablo (el Gato), Gastón, el Chapu, Miss Marian, Juan (remisero), Quique de Benito, Chaucha, Martita Del Pino, Vane Iglesias, Juan Subirá, Oscar Cuervo, Suny, Dudú de Sin ley, Bulldog, Villanos y a todos los que apoyaron este proyecto.

ÍNDICE

Se terminó de imprimir
en el mes de mayo de 2006 en
ediciones baobab
Amambay 3570
C1431GCB - Ciudad de Buenos Aires
República Argentina
Telefax: 011-4542-4179
edicionesbaobab@ciudad.com.ar
www.edicionesbaobab.com.ar

Nos juntamos en el Monumento a los dos Congresos y además de Espinosa estaban Sergio Darwi y Walter Sidotti, de los Redondos; Gabriela Martínez y Gustavo Jove, de Las Pelotas; Fernando Ricciardi, de Los Fabulosos Cadillacs; Mariano Martínez, de Attaque 77; y Gastón Moreira, de Los Pericos; entre otros más que no me vienen a la memoria. Recuerdo que Ricky se sentó en las escaleras del monumento con Gabriela, de Las Pelotas, y charlaron un buen rato.

En 1998 lo reporteé para la revista Cerdos & Peces, de Enrique Symns. Nos juntamos en un bar frente al Alto Avellaneda Shopping. Llegó de la mano de su novia. La última vez que lo entrevisté fue en su casa en el año 2000. Fue para La esquina, un programa de rock independiente que conduje para un canal de Lanús.

Los últimos años de su vida hemos compartido algunas salidas entre cuatro: él con Mercedes y yo con mi pareja. Sin embargo, nunca se estableció una relación de amistad. La última vez que hablé con Espinosa fue una noche de diciembre de 2001. Sorpresivamente me llamó por teléfono porque se había peleado con su novia y pretendía que yo intercediera para que ella lo perdonara.

El 30 de mayo de 2002, Ricky Espinosa falleció -tras haberse arrojado de un quinto piso de un monoblock, en el Barrio Güemes-, y quienes lo conocimos sabíamos perfectamente que eso podía suceder porque llevaba una vida de agite constante.

Ricky de Flema, el último punk trata de ser un reflejo de su vida y obra, que estaban totalmente vinculadas. Es la historia de un rockero de identidad punk, que salió de un barrio humilde y defendió sus principios hasta la muerte.

Luego de haber trabajado arduamente para este libro, que es una labor periodística basada en entrevistas a gente que estuvo cerca del vocalista, finalizo estas líneas deseando que lo disfruten tanto como lo hice yo mientras escribía estas páginas.

S. D.